



Embusterías

del llano venezolano
y otros cuentos de camino

JOSÉ DANIEL SUÁREZ HERMOSO

(Compilación y versión)


ELPERRO
yLARANA

narrativa



Embusterías del llano venezolano y otros cuentos de camino

Narrativa oral

1.ª edición impresa Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

© José Daniel Suárez Hermoso

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Edición

Coral Pérez

Corrección

Coral Pérez

Diagramación

Odalís Vargas

Diseño de portada

Oliver Sánchez

Imagen de portada

Fotografía de Carlos Pineda

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5283-6

Depósito legal: DC2023000598

**Embusterías
del llano venezolano
y otros cuentos
de camino**

Narrativa oral

JOSÉ DANIEL SUÁREZ HERMOSO

(Versión y compilación)

Índice

El delicado arte de embusterear	
ponencia por JOSÉ DANIEL SUÀREZ HERMOSO	15
Don Isidro Fernández: El sabio pescador de la llanura	29
Aquel tesoro del tuerto Aparicio	33
La cuentería de Catalina Sarmiento	41
El Diablo, la muerte y Pedro Rimales	43
Y todo por una potra	55
El día que los burros fueron ricos	65
El cacho del burro en un carnaval llanero	70
El día que miré al Espanto	76
La burra de Mencha Linares	80
La noche de Mencha Linares y la gran cuentería de Valle de Pascua	87
Aquellas morocotas de Hato Paraima	89
Eladio Terife: En el paso real de San Miguel de las bocas del río Cojedes	96
San Alvarado	98
Roso Peñalosa Álvarez: El día que me curó San Alvarado	112

Por dos gallos apureños	114
Alfredo Ramos: La mula del Marqués	121
El Espanto del río Tajao	122
Armando José González Segovia: Una interpretación	126
El Diablo de las espuelas doradas	128
Lo dijo Prudencia Vázquez: El último canoero del río Cojedes	131
El Diablo que secaba la laguna de Pedraza	132
El día que Simón Sánchez le habló del Encanto del Dragón a José de los Santos Mora Pirela, el cronista de Santa Bárbara de Barinas	136
El Dragoncito de Barinas	139
Aquel Dragón de Caldera	142
El urnero de Altamira de Cáceres	148
Isabel Teresa Hermoso Mercado: Sobre el oficio de urnero, la fe y la religión	153
Aquella mujer de la laguna de Pedraza	156
El cocodrilo de Antonio José Casadiego	162
Palabreo sobre los cachos, por un cachero	167
Cacho en la manga: Palabreos sobre Teodoro Heredia y el compa Linares, antes del primer toro de la Reina	169
Después de los toros coleados y con la fresca	174

El Diablo de Acarigua	175
Una cuentería en el playón	178
El Diablo que secaba la laguna de Pedraza pa' verse con una novia	179
El Diablo miedoso de José Pachano	182
El cacho del Diablo y el Manare	191
El cacho del Diablo y el pelo	195
El cacho de la mujer que se convirtió en un pájaro raro	199
La caramilla de huesos	203
Cacho del cristiano y el indio	205
Aquella batalla del cerro San Miguel en las bocas del río Cojedes	208
Amado Lovera: Conversa sobre esa batalla del cerro San Miguel de las bocas del río Cojedes y la bauleñidad	212
La mujer del arcoíris	215
El día que San Rafael pisó Arismendi por mandato de Dios	218
Bibliografía	223
Epílogo: Las fantásticas y maravillosas embusterías de José Daniel Suárez Hermoso por MARÍA DEL ROSARIO JIMÉNEZ	225
Ficha bio-bibliográfica del autor	243

Dedicatoria

Mi agradecimiento fecundo y sublime a todos los cuenteros y embusteros de mi país. Y, muy especialmente, a los investigadores de la literatura oral venezolana por contribuir a la preservación de una literatura patrimonial, y entre todas, la más inocente.

Esa sustancia de vida que soy, agradece a mi Santo Cristo de Olofi; al Santo Cristo del Buen Viaje; a María Lionza de Sorte, en cuyos dominios y montañas vi la luz del mundo; a Santa Bárbara de Changó, Eleguá, Ochún, Orula, Obatalá, Yemayá y Ogún (algunos del panteón africano); a vikingos, jirajaras y bárbaros; a nuestra Señora de las Flores, princesa del universo; y a Santa Teresita de Jesús, por ese manto de luz sembrado en los caminos del espíritu.

Los cuentos maravillosos constituyen una parte del folclore, un todo en sí mismo. Sus temas se hayan recíprocamente ligados y condicionados.

VLADIMIR PROPP

Los cuentos folclóricos no son simples creaturas del azar. Existen en el tiempo y en el espacio, y son afectados por la naturaleza de la tierra donde son comunes, por el contacto social y lingüístico de su pueblo, y por el transcurso del tiempo y los cambios históricos.

STITH THOMPSON

El relato oral —como toda la literatura popular tradicional— es un sistema de signos inserto, a su vez, en un sistema cultural.

PILAR ALMOINA DE CARRERA.

El delicado arte de embusterear¹

Para los cuenteros de la llanura, la embustería y sus discursos críticos es una poética donde todos los días son sus días y son sus cuentos. Porque el embustero va oculto en el corazón de la imaginación y la naturaleza para que sus relatos sean frescos y su risa cálida sea alegre e inocente. El cuentero, como hombre de pueblo, invoca los poderes sagrados del imaginario y el manantial donde reposa el buen humor.

En sus creaciones, hay historias y voces del pueblo que reflejan gestas heroicas y formas narrativas anecdóticas, así como decires populares. Pero también hay en ellos una voz queda que le habla de lo ancestral para que no se pierda la raíz del cuento, ni el origen del arte de contar. Para el cuentero, todas las historias son sagradas, porque en él reposa el primer narrador de la historia, que fue el chamán, quien tenía el poder, por el ejercicio de la palabra, de reunir a la comunidad, de educarla y también de alertar sobre la existencia de la “sobrenaturaleza”. Él viaja al encuentro con Dios y retorna con la palabra sagrada para el acto de

1 Ponencia presentada en el Encuentro: “La resignificación del llano y los llaneros”. Barinas, Teatro Orlando Araujo y el Museo de los Llanos, bajo la conducción de Ana María Oviedo Palomares y Leonardo Ruíz Tirado, con la participación de los portadores patrimoniales Vidal Colmenares, Eladio Tarife, José Vicente Rojas, Anselmo López, Nelson Montiel Acosta, Yarisma Unda y la parranda guariqueña Terrón Colorado. Posteriormente, esta ponencia fue discutida en el foro “La literatura oral venezolana, alternativa cultural e identidad popular”, organizado por Roger Herrera Rivas y Pedro Pablo Linares. Universidad Bolivariana de Venezuela, Caracas, 2012.

curar y aliviar los dolores de la carne y el alma. Por eso, en todo embustero persiste la esencia del arte de curar, o la gloria de los curanderos, de cuya cuentería emerge una literatura esencial y ancestral que alivia las penas del hombre. Por eso, la embustería se hizo cuentos de camino, de remonta, de pesquerías, de encierros, de ordeño, de pactos, de festivos, de cantinas y parrandos, de muertos y aparecidos, de diablos, espectros, espantos, hechizos o embrujos o brujería. Y los hombres del pueblo y los cuenteros han clasificado los embustes en cuentos puritos, de asombro y de parencia.

Me decía el compositor Vicentico Rodríguez, allá en el Plan de Paraima, el 21 de marzo de 2006, que le dijo en una conversa José Pachano, el gran embustero de El Baúl y Guadarrama: que un embuste es “una verdad muy larga”. Y le refirió una historia sobre el arte de narrar, y el tiempo de crear un cuento:

Mira Vicente, hay cuentos que no tienen fin, por eso, uno a veces pasa hasta tres días contando un cuento. Yo estuve en una embustería en el Paso Real de San Miguel del río Cojedes, que conoces, y al que le has cantado en tu poesía. Fueron testigos, Juanito Navarro, Silvio Cancines y el Ermitaño, un hombre que vivía en el cerro San Miguel. Ellos pueden confirmar que duré siete días contando un cuento sobre el caimán que media cincuenta metros de largo, y cuando iba a terminar de contar el cuento, al caimán le crecía la cola un metro más. Yo quería que se terminara el cuento, mire —palabrita de Dios— y el cuento no quería. Porque los cuentos se ponen a veces resabiao, o se enamoran de la gente. ¿Saben cuándo se terminó el cuento? Cuando se acabó el maute. ¡Ha maute pa’ tené tanta carne! ¡Cará! Comió to’ el pueblo de El Baúl, Arismendi y Guadarrama. Y todavía queda un pedacito en el fogón, ¿Y el cuento? No quiere terminarse (Rodríguez V., p. 6).

El universo siempre tendrá la dimensión que le dé el embustero. La palma de moriche, la madre Chía de la montaña, los caminos ancestrales donde los muertos salen a pasear su mejor traje, y a recordarnos que también

vivieron momentos felices y de gloria. El sol, la luna, los astros que vienen a la llanura a bailar joropo. Todo eso es una materia que tienta a un embustero, y la sobrenaturalidad no está exenta de ser la sustancia o la esencia de un humorístico encuentro social.

En todo cuentero se encuentran unidos los límites de la imaginación o los extremos que los invitados a la cuentería no podrán olvidar. Uno de los cuenteros más famoso del río Cojedes, hablo de don Roso Peñalosa Álvarez, afirmaba que él estuvo en las sabanas de Chiverry cuando Dios inventó la llanura del mundo —según Emmo José Suárez, mi padre, también embustero, este es el embuste más grande del mundo—. Y don Roso lo contó en el Fundo la Palmita, en un festivo en honor a la Virgen del Carmen. Contaba don Roso ese día que:

Dios estaba creando el mundo y yo lo miraba por un huequito. Dios no me miraba a mí porque yo era de jumo. Un jumito chiquitico que salía de un comején. El fundó el mundo de una tapara, por eso el taparo es sagrado, y cuando a uno le dicen: “taparo de hombre”, le están diciendo hombre sagrado. Él agarró muchas taparas y las tiró al viento, y las taparas empezaron a cantar como los pájaros, y hasta un parrandón le hicieron a Dios. Y Dios bailaba. Zapateaba sabroso aquel hombre, cará. Y quién no iba a bailar un joropo, un “seis por derecho”, un “zumba que zumba”, o un “pajarillo”. ¿Quién? Y cuanto más, con una creación tan bonita como la llanura en noviembre. Es que eso es una bellosura muy grande. Mire, yo tan solo oí la voz de aquellos labios de Dios y me sentía en el cielo. Un jumito en el cielo. Por eso me descubrió, porque yo volaba y volaba, y a mí se me salían lagrimitas. Todo era chiquitico. Y creo que hasta yo lo era. Porque grande era Dios. ¿Cómo iba a ser yo, grande? ¡Ave María purísima! Grande es Dios. Para Dios yo soy una imagen chiquita del mundo donde se esconden las palabras. Yo creo, mire, palabrita de Dios, que fui el primer embustero de la llanura. Ustedes pueden creer que yo le metí el primer embuste a Dios. Él me descubrió. ¿Y a quién no descubre Dios? Dios me preguntó que si estaba muerto de hambre. Me dijo: —¿Tienes hambre buen hombre? Y yo le dije: —No, mi señor, un maute. Ya tenía siete días sin comer. Al otro día me

volvió a preguntar: —¿Tú tienes hambre buen hombre? Y yo le dije con malicia: —No, un maute señor. —¿Un maute?, me preguntó. Y yo le dije: —¡Sí! Y así estuvo siete días preguntándome y yo aguantando hambre. Al séptimo día, Dios se fue de viaje. Me dije yo: —Ahora si me envainé, quién me manda a sé embustero. El hombre ya iba a caer. Sí, sí, sí..., yo me quedé dormido y muerto de hambre. Y escucho: —Muuuu—, y me despierto. —¿Qué vaina es esta? Siento que me levantan de la hamaca con un golpe tan grande, y me digo: —¿Qué vaina es esta? Eran los toros que estaban jugando pelota conmigo. Sí, sí señor: quinientos mautes me dejó Dios debajo de la hamaca. Me volví a quedar dormido. Y ciento un calorcito sabroso en el lado derecho del pecho: una mujer, una india muy hermosa como de cinco metros. Ella peló los ojos y yo también. Y me dijo: —Soy tu mujer. Y le digo yo: —¿De dónde tú vení? Y ella me dijo: —Yo no sé, quién lo manda a quedarse dormido. Y miró por todas partes y pegó aquel grito: —¡Tengo hambre, mucha hambre! Yo pensaba que yo era el único que tenía hambre en la llanura. Cará, si aquella mujer tenía más hambre que yo, era más embustera que yo. Y le tuve miedo. Ella agarró cinco mautes y los tiró en una braza, le dio vuelta para aquí y para allá. Y se sentó a comérselos. Y me tiró unas greñas que se vinieron pegadas en el cuero. Después que comió me dijo que era Eva María. Y yo le dije: —Yo soy Roso Peñalosa Álvarez. Usted está equivocada. —¿Usted no es Adán?, me preguntó. Y yo le respondí con mucho miedo: —¡No! Adán Contreras vive allá abajo, búsquelo que ese tiene más mautes que yo. Agarré los mautes que me quedaban de los quinientos que me dio Dios y los metí en el morral y me los traje. Y allá está la mujer, meciéndose en la hamaca y esperando para comerle los mautes a don Adán Contreras. Como si uno anda por el mundo recogiendo las mujeres de otro. Es que un pedacito de mujer es un compromiso, cómo será la mujer entera. Es que esto se cuenta y no se cree. (Suárez Hermoso, 2016b, p. 13).

El embustero se limita a plasmar la contemplación y el deslumbramiento que le entrega el mundo. Porque pertenece a una realidad que está más allá de la que vive. A otra naturaleza, más tenue y sumisa que no da miedo y tiene la virtud de tentarlo a crear.

El antropólogo Juan Sánchez (2019) trajo a la mesa de discusión sobre los desarrollos culturales en Venezuela, el 13 de junio de 2004. Unas anotaciones sobre el origen del tiempo y la fundación de los morichales de la llanura. Él se refirió a una conversa que sostuvo con la gran chamana del Amazona. Decía él que le había dicho la mayora que:

Dios pensó y dispuso que el tiempo del universo fuese sencillo y tan noble, que fuese un árbol con raíces grandes. El tiempo era un fruto redondo, de la tierra redonda, que solo podía mirarse en el espejo constante del manantial que descendía del cielo. Y era tan regia la semilla de moriche que crecía en su mano izquierda y manaba agua de vida. Sabía que esa carga era mucho para él. Y recorrió el universo creado, y a cada hombre y a cada ser le entregó su tiempo en una semillita de moriche. Tanto después se metió en su corazón a descansar porque era un chamán arropado por el imaginario y la razón del mundo creador. Los hombres de la llanura tampoco pudieron sostener el tiempo y lo fueron sembrando en todos los caminos. Y nacieron los morichales en el corazón de aquellos hombres y mujeres. Y de aquel moriche nadie habla. Porque allí descansa la palabra de Dios y su pulgar derecho puede estremecernos. No existía el mundo, porque el mundo es una invención de la palabra. De una palabra, y de sus palabras. Y el tiempo de Dios era tan perfecto que el pasar de las horas eran dadas por el delicado sonido de una marimba navegando por el manantial del cielo. El cambio de la semana por el bambú que giraba en la imaginación. Y el pasar de los años, por el cuero de una danta estremeciéndose en el aire de la tempestad. (p. 2).

El trueno profundo de la embustería le develó al hombre que sería chamán. Y su tesoro más grande es el construir y resguardar la memoria firme. Así como el milagroso arte de contar.

La cuentera María de los Ángeles Sequera afirmaba que:

Dios le dio aliento al hombre, aliento de vida y de palabras, en medio de la abundancia que reinaba en el mundo para que le contara a otros hombres sobre la naturaleza y la pusiera más

grande, porque a Dios le gusta la grandeza de las cosas que ha creado. (En Suárez Hermoso, 1989, p. 3).

Y llegaron los años y con ellos la ausencia, pero también la presencia del avvenimiento. Hubo oscuridades y claridades. Y el narrador estaba allí, uniendo a los hombres con su palabra y con el deber de reconstruir la memoria de los pueblos para crear la resurrección y la comunión de los hombres.

Y vinieron otros hombres y otras culturas, y la oralidad fue un acto fecundo y más profundo. Había logrado ser el lenguaje de una comunidad étnica. Y para que no se perdiera la memoria, crearon la cuentería y sus espacios simbólicos, así como una nueva forma de comunicarse y de quererse. Un sujeto simbólico en un espacio simbólico. Donde la embustería convocaba a su reino a los prodigiosos poderes de la imaginación que se encuentran en la esencia del hombre.

Cuando el hombre-narrador-chamán se encontró con otros hombres en su retorno, miró la profundidad del espacio y vio una piedra. Una laja pequeña y allí estaba Dios en el corazón de la centella. Sabía que estaba allí. Por eso grabó su escritura y su tránsito para que todos los hombres sepan que allí está Dios: el de la palabra abundante que narra una gesta.

Y cuando estalla la centella en el llano, Dios nos está contando la fundación de la llanura. Porque allí está él, muy sereno y con su encantadora palabra de narrador.

Su tiempo en el llano fue perfecto y es perfecto. El nuestro, como narrador, es tan solo un fragmento, un recuerdo que se resiste a las tormentas del olvido. Por eso contamos la historia para que el tiempo de las embusterías sea infinito, y el tiempo de la oralidad también lo sea. Alguien tendrá que contarme otra historia.

Para el embustero, el tiempo del cuentero es un tiempo diluido en el tiempo del mundo que hizo Dios. En

cuya naturaleza perfecta grabó su nombre. Por eso cuando vamos a esos lugares sagrados —y toda comunidad es sagrada—, encontramos una palabra, una voz queda que le habla a la memoria con dulzura, y que nosotros salimos a contar para que todo el mundo vea y sienta, o se acerque a nuestro deslumbramiento.

Porque todas las voces de la imaginación y la oralidad llevan la firma de Dios. —Dios llegó pausado, palabrita de Dios que esto es purita verdad—, decía el gran cuentero y embustero del río Cojedes, don Noé Escalona (1998), quien juraba que Dios fundó la llanura después del diluvio universal, y que él estuvo allí para contarlo:

Llegó, removi6 toda la maravilla del mundo, y en la ensenada del río Cojedes hizo un oráculoo y ah6 está, uniendo los vientos y creando ese hábito de vida que fue fresco, tierno y abundante, en medio del colorido y los sabores de la abundancia. Él vio que todo era bueno, tan hermoso que se quedó deslumbrado por un rato. No lo creía, que de aquella sabana que había creado salieran tantos pájaros y garzas de todos los colores. No lo creía. Por eso cuando voy a ese llano que se me pierde en la distancia, yo miro a Dios y lo veo, y me habla y me bendice. ¡Mire, se lo digo yo!, Noé Escalona, palabrita de Dios, que no lo estoy embusteriando. (p. 7).

Toda Literatura oral es buena, fresca e inocente, porque nace espontáneamente en la esencia del hombre, en la sustancia de su ser y en esa forma poético-narrativa universal, que tiene la propiedad de construir el tejido inter y pluricultural de la diversidad étnica del mundo. Y este hecho la reviste humanamente de importancia, porque es una literatura esencialmente humana, cuya naturaleza es una sustancia permutable que tiene la propiedad de multiplicarse y construir sus vectores en el tiempo y en los hombres que vendrán. Porque ella es una sumatoria de voces y de vidas reunidas por el intercambio cultural.

¿Qué hacían los hombres en el Valle del Arcoíris, donde el gran cacique Manaure reunía a todas las etnias para entregarle el fuego y la sal, sino intercambiar palabras, historias y cuenterías que construían el tejido intercultural de nuestra América?

Noé Escalona en su inocencia siempre decía: —Vaya su palabra adelante, o su palabra contra la mía, o su palabra contra la nuestra—. Era el hombre más pobre de toda la llanura, pero el más noble y rico en historias, ficciones y palabras —palabrita de Dios—, siempre decía al iniciar la cuentería:

Llegaba a casa y se iba cuando quería, y cuando se montaba en su caballo sentíamos que algo muy profundo se iba de nosotros, y nos quedaba una tristeza muy grande, porque queríamos saber el final de la culebra maceta en el Arca de Noé (su gran cuento). No volvimos a ver a Noé Escalona. A todos nos pegó su ausencia. Unos dicen que se lo tragó la llanura, que se encalamocó, que su memoria se le hizo vana, tan vanita como una semillita de moriche. Otros que se convirtió en pájaro y Dios se lo llevó al cielo para que le recordara de cómo él fundó la llanura, porque su memoria ya está muy viejecita. Lo cierto es que cuando voy a la llanura yo lo busco en cada mujer y en cada hombre de este llano que me ha visto nacer, como la rama de ese samán. (Suárez Hermoso, 2016a, p. 1).

¿Y qué es una embustería, sino una verdad muy larga? Un cuento oral que tiene cincuenta versiones, tiene cincuenta espacios literarios distintos. Pero también son cincuenta verdades. Porque su espacio literario en una sustancia diluida en una simbólica social, que es esencialmente una relación de intercambio cultural y comunicacional entre un narrador y un receptor movilizado por la narratología.

Este narrador cree en la Literatura oral y se diluye en ella, llevándose su sustancia a la memoria. Pero también el receptor, el participante en la cuentería, construye y revitaliza su imaginario. Y la palabra escrita intenta

agarrarla, dominarla y zafarla de ese gran poder que une a los hombres.

Es en este proceso de literaturiedad, su narratología se revela, y devela que su naturaleza ha construido un discurso ético que argumenta esa forma humilde de mirar el mundo, de construir esa lectura humana de la realidad o de la sobrerrealidad, o esa forma variable que se reviste de la esencia creadora y que nos habla y afirma que es una literatura primaria, inocente y desprotegida.

La Literatura oral por ser esencia del pueblo es anónima, y siempre será anónima, su autoría será una versión de otra versión. Difícil de saber dónde comenzó la aventura creadora, siempre será un ejercicio renovado. Porque en su episteme ella viaja al infinito y allí siempre será una versión del otro, que a su vez es otro, o de uno mismo.

Ningún narrador cuenta un cuento de la misma manera, siempre le agrega algo nuevo a su tejido ficcional y simbólico, sea que su estructura y desenlace lo conduzca hacia la fatalidad o hacia la sorpresa. Donde la imaginación crea formas que deslumbran y construyen su relación con los receptores al incorporar nuevos elementos, tantos en la performance como en la ampliación, o en la reducción de su espacio lingüístico y simbólico. Porque la visión semiológica de su espacio prosódico no deja de ser un discurso que alerta.

En cada narración hay una secuencia de motivos que impulsan y construyen su funcionalidad. Así como el tejido de la trama de los personajes y sus funciones en una forma directa. Porque su imagen es directa y firme en el hilo direccional de su discurso. Y es una literatura social porque su accionar se desarrolla en caminos, solares, ríos y pasos de montañas. Para que su desenlace y sus funciones develen un vector que construye y fortalece su noción de infinito.

La embustería es una reserva patrimonial de civilizaciones y culturas. Y su producción literaria y fenomenología son provenientes de la fuente popular, de los diálogos realizados por los creadores del pueblo que creen en la cultura popular, la recrean y la difunden con respeto de boca a oído, porque su asiento es la memoria de los pueblos.

La cuentería se fortalece en las relaciones comunicacionales sostenidas en caminos, ríos, solares, entierros o faenas, pero también en encuentros urbanos, de “embusterías o cuenterías”, donde la creatividad y la creación de su universo ficcional construyen la naturaleza fenomenológica de su relación comunicacional.

Porque la Literatura oral es constructora de procesos históricos civilizatorios y de desarrollos culturales endógenos por el ejercicio de su didáctica. Estudios transnacionales construyen la interconexión oralidad, expresión oral y literatura oral, y a este proceso le denominan oralitura, pero lo cierto es que los tres procesos culturales van a construir el peso simbólico de las terminologías lingüísticas funcionales. Transformando la estructura vital del espacio simbólico y creando el accionar del personaje dentro de la narración por su trama o tejido ficcional.

La Literatura oral, entre todas las formas y géneros que componen su universo poético y narratológico, al igual que su pensamiento, proviene de una cultura ágrafa, incomprendida académica y socialmente. Pero vista a la luz de la descolonización, esta literatura es valorada por ser una reserva patrimonial donde reposan conocimientos no académicos de suma importancia para la construcción de la identidad de un territorio.

Actualmente, es considerada una literatura marginal o anti literatura. Y a la crítica le es difícil ubicarla estéticamente, porque ella crece al margen de los presupuestos estéticos y críticos, y la relegan a los entornos periféricos

de las sociedades o a esos espacios donde se gestan conocimientos no académicos que le dan origen y la argumentan.

Pero, también, es lenguaje articulado, y de la interpretación de la naturaleza o la sobrenaturaleza nacen espacios, sujetos y personajes simbólicos, capaces de comprender el tejido metaficcional y los diversos niveles de conocimiento de una comunidad étnica, o un grupo social organizado, que en sus relaciones asumen la ritualidad social, cosmogónica y de intercambio fenomenológico como necesidad. Porque esta literatura es esencialmente folclore. Y no deja de ser reconocida como aquella creación que fundamenta su tejido ficcional en la palabra, el imaginario y la memoria.

De igual manera, su forma está sedimentada en la expresión verbal y en el performance que el narrador recrea permutablemente. Porque ningún cuento es igual a otro. Hecho que certifica una serie de variables del mismo cuento. Porque la idea del cuento viaja y se reconstruye en el universo por el ejercicio de la imaginación y de los poderes ficcionales de su imaginario. Ella aborda todos los niveles de la creación narratológica, así como el nivel de la recreación que le permiten la perdurabilidad y la variabilidad de su forma simbólica en la escena, en actos, en encuentros de embustería o cuentería, donde se socializa su diversidad de discursos y estilos. Y en su estructura y forma está presente una signisidad ética manifestada en todos sus personajes, sean héroes o antihéroes.

JOSÉ DANIEL SUÁREZ HERMOSO

Referencias bibliográficas

Directas

- ALMOINA DE CARRERA, P. (2001). *Más allá de la escritura: la literatura oral*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación. UCV.
- JIMÉNEZ TURCO, M. (2003). *El relato humorístico tradicional en Venezuela: una aproximación a su estructura y tipología*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación. UCV.
- MATO, D. (2012). *Cómo contar cuentos*. Caracas: Monte Ávila Editores latinoamericana.
- PROPP, V. (1981). *Las raíces históricas del cuento*. Madrid: Editorial fundamentos.
- (1983). *Edipo, a la luz del folclore*. Barcelona: Editorial Bruguera.
- SALAS DE LECUNA, Y. (1985). *El cuento folclórico en Venezuela*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- SOJO, J. (2008). *Estudios del folclore venezolano*. Los Teques: Ediciones del Gobierno de Miranda.
- STITH, THOMPSON (1972). *El cuento folclórico*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la UCV.
- TODOROV, T. (2008). *Teorías del símbolo*. Caracas: Editorial Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas.

Indirectas

- ESCALONA, N. (1998). “Cuadernos del Fin del Mundo”. Trabajo no publicado. Cojedes: Cinvest.
- RODRÍGUEZ, V. (2014). “Conversaciones con José Pachano: entre la verdad y la mentira”. Trabajo no publicado. Cojedes: Cinvest.
- SÁNCHEZ HERRERA, J. C. (2019). “Encuentro con una chamana del Amazona”. Trabajo no publicado. Cojedes: Cinvest.

- SUÁREZ HERMOSO, J. (1989). “Conversaciones con una cuentera de las Tucuraguas”. Trabajo no publicado. Cojedes: Cinvest.
- (2016a). “El día que se fue don Noé Escalona”. Trabajo no publicado. Cojedes: Cinvest.
- (2016b). “Memorias de un embustero del Charal”. Trabajo no publicado. Cojedes: Cinvest.

Don Isidro Fernández: El sabio pescador de la llanura

A lo largo y ancho de todo el llano se tejen miles de leyendas sobre muertos y aparecidos. Y dicen que el Diablo anda por todas partes, en sus múltiples formas y maneras de presentarse. En los caños, los morichales, los sitios abandonados, las matas, los esteros y hasta en los pueblos. En cualquier sitio y en cualquier época sale. Menos en Semana Santa, porque San Miguel Arcángel lo tiene preso. Y que siempre anda en un caballo negro frontino, grande y bonito. La silla y los aperos y que tienen adornos de plata y piedras preciosas. Los llaneros somos supersticiosos y la soledad despierta la imaginación y convierte la sabana en un lugar propicio para estas apariciones, porque los llaneros no conocemos el miedo.

EDGAR COLMENARES DEL VALLE.

*Para Maura Swaszemberg Fernández,
por ese viaje a la región equinoccial de Guasualito y el Arauca.*

¡Cámara Antonio, ayer estuve Arauca adentro! ¡Palabrita de Dios! Y se me fue metiendo la soledad en el cuerpo. La canoa donde venía traía una zamurada adentro. Palabrita de Dios. ¡Fue más allá! ¡Allá lejos! Yo estaba allí. Mire, pero nunca supe, ni sabré, si aquel que me hablaba era un hombre o era un ánima.

Todavía escucho una voz profunda de espíritu. Y cuando me habla, me deja la memoria vanita:

Mire, cámara Antonio, la canoa va solita por el río. ¿Usted ha visto? Sin canoero. Y sin canaleta. Sin nadie pué. Remontaba y remontaba sabroso aquel mar de agua.

Para mí, la llevaban. Pero ese cipote no se dejaba vé. Yo me persigné siete veces y bajé la vista siete veces. Y le digo algo, cámara, no tuve valor de voltear. Porque si uno llega a mirar un espanto, se asombra para toda la vida. Y se le esgarita la memoria. Imagínense usted, yo esgaritao en esa soledad. No tuviera aquí con usted. Eso es feo, oyó, feo, feo de verdad.

—¿Por qué no se puede ver?

—¡No sé!

—¡Vamos a decirle a lo que vine! Porque el hombre me está esperando. Y yo me voy con él. No sé qué van a hacer ustedes en las apuestas. Ni cómo van a salir de ese promontorio de agua que viene bajando por Arauca. ¡Ave María Purísima! Hasta aquí los acompaño. Allí viene el Diablo.

Miren, por este bongo que nos lleva, y aquel que me está esperando en el medio del río y que nadie lleva. Vine a decirle una encomienda: ¡Tengan cuidado con las apostaderas!, que apostar es peligroso. Ya el Diablo sabe que ustedes van a apostar el alma y los está esperando. Pero quiere que sepan que cuando se reciben los bienes de una apuesta, el que la recibe debe saber, pelá el ojo, ver bien: ¿De dónde viene la fortuna? ¿Y si está comprometida? ¿Cómo se sale de una remonta?

Porque aquí en el llano hay cosas que se ven y no se ven. Y hay fortunas que no son de uno sino de otro: de un difunto, un santo o el Misio. Hay que saber bien. Conocer el persogo. ¿Sabén una vaina peligrosa? ¡Los reales de una apuesta! Porque el llano es como un gran cementerio. Y a cualquiera se lo llevan en los cachos, así no quiera. Por eso, no hay que echarle vaina a nadie. Porque en el sitio más claro sale un muerto y un sapo muerde a un cristiano.

¡Allí viene el agua parejita! ¡Mire como se bambolea el bongo! ¡Agárrense bien y dejen el miedo, que nadie se

muere antes de la víspera! Aquí cabemos todos; si queremos y si no queremos, también. Pero no se puede ir contra las leyes del llano, porque son un régimen divino, sagrado y perfecto.

Les digo algo, nunca apuesten una mujer. ¡Eso es una ofensa muy grande y se paga con la muerte! A ese que me espera en el bongo no le gusta. ¿Saben otra cosa? Aquí en el llano, buenos son los amores robaos. No olviden, que a esos los premia Dios. Son como una tonada de conquista, que curan el cuerpo y curan el alma.

Cuando vean a algún enfermo del cuerpo y de alma, o a alguien que se le haya doblado una mano, un dedo, un picao de culebra o de raya, o alguien enfermo con una culebrilla, ustedes llegan y me prenden una velita. Eso sí, me colocan un amarguito con una pella de chimó debajo de una mata, si es en un camino real mejor, para que la enfermedad se vaya derechito, así como llegó. Para que agarre camino rápido. Para que se vaya. Eso sí, no olviden de rezar siete veces lo que sepan, porque Dios da el pan y da la cobija también. Él es el que sabe. El quita y pone. Oigan bien la oración que les estoy dejando. Abran los ojos y vean lo que les voy a regalá.

Oración:

iMariposa, mariposa, mariposa!

*Allá va la flor de bora
bajando por el Barraco
y pasa un alcaraván
con su lastimero canto.*

Mariposa, mariposa, mariposa

Mañana cuando me vaya

*por las aguas del Arauca
siempre te recordaré
que te llevaba en el anca.*

Mariposa, mariposa, mariposa

*Dímele a la Nube de agua
que hay leche pa' la quesera
porque ya pasó el garcero
también la garza morena.*

Mariposa, nube de agua, luna nueva, mariposa.

Informante: Domingo Navarro Fernández (su nieto).

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Fundo El Merecure, Guasualito, edo. Apure.

* Don Isidro Hernández, gran curandero de Guasualito y El Samán de Apure. Hoy día, un ánima milagrosa en el Cajón del Arauca.

Aquel tesoro del tuerto Aparicio

*Los espantos y espíritus pueden dividirse en cuatro clases:
Los que adquieren figuras humanas, los que aparecen como
animales, los que se manifiestan en forma de luces y los que lo
hacen con ruidos.*

ISABEL ARETZ

Para Isaías Medina López.

Este es el cuento de un gran apostador. De un hombre que le sudaban las manos cuando no estaba apostando. Eso eran chorros de sudor que le bajaban por los dedos. Y era tanto el manantial que le salía que nadie lo saludaba. Él era afamado. Era el brujo de Santa Cruz del Amparo, a quien un gallo preparado por Natalio Pantoja le sacó un ojo en El Muertico, y desde ese día lo cantan en corrios como “El tuerto Aparicio”, brujo entre los brujos. Y peligroso entre los peligrosos. Pero como dice el dicho: a todo cazador siempre se le va la liebre. Y a este se le fue. Y no supo, ni sabrá. ¡Ave María Purísima! Dios nos agarre confesaos.

Esta historia se la oí por primera vez a Catalina Sarmiento en una noche fría y esperando una tempestad. Era una india de las sabanas de Chiverry, bonita y enamorada. Después escuché esta historia en la Chepera:

A mí, que soy un espíritu, me parece que no fue así, que eso no puede sé, que el tuerto le hizo brujería a esa mayora para quedarse con el tesoro. Porque ninguna madre empeña en un juego de barajas a su hija. Porque si alguien tiene corazón es la madre de uno.

Las mujeres de El Amparo dicen que fue él. Porque siete días después, ella apareció muerta en camino de El Estero. Y nadie supo qué le pasó. Todos dijeron que murió de repente. Pero lo cierto, y su palabra vaya adelante, cámara Antonio, ella también tenía fama de bruja. Unos dicen que volaba, y que se fue a pelear con el tuerto el día de los fieles difuntos. Y el tuerto la agarró, la convirtió en una pava. Pero el muy perro no tuvo consideración con ella. Dejó que la pava se muriera de sed. Y cuando regresó su espíritu al cuerpo ya estaba podrida por dentro. No tenía cuerpo. ¡Ese tuerto es malo! ¡Malo de verdad!

Después que la enterraron a Anastasia Gutiérrez, porque así se llamaba, su hija quedó solita en esas sabanas de Borrita. ¡Era valiente esa muchacha, valiente de verdad! Porque para viví en esa soledad hay que tener valor.

Un día salió a soplar unos frijolitos, y llegó un ventarrón tan grande. ¡Una tolvanera! ¡Que aquello era un polvero que ella no se veía! Y se puso a llorar. ¿Y quién no? Si se llevó los frijolitos que tenía en las manos. Era muy pobre, pobrecita. Claro, no tenía a nadie que le die-
ra. Tenía que sé pobre. Pero menos de la gracia de Dios.

Ella era una muchacha muy bella y ya había salido de los quince. ¡Ah muchacha tan bonita, cará! Ella lloró y le dio rabia. Y se dijo: Otro día más sin comé. ¿Qué es una mancha más pa' un tigre? Dios proveerá.

No había terminado de decirlo, cuando salió de aquel polvero un hombre muy apuesto y elegante. Un señor, como se le dice en estos lugares, ¡un señor!, vestido de liquiliqui blanco, botas y polainas negras, espuelas de plata, ensombrerado y con una fusta hermosa.

Ella buscaba y buscaba, pero no veía el caballo por ninguna parte.

—¡Ave María Purísima! ¿Quién es este?

Y saltó asustada. ¿Y quién no? El hombre llega y le sale al paso:

—¡No tenga miedo que he venido a cuidarte!

Ella busca un palo. Porque todo el que vive en la soledad es arisco. Es como un cimarrón que brinca para cualquier parte. Y le responde con mucho valor:

—¿Cuidarme de qué?! ¿De quién?

—¡Cuidarte!, le replicó el hombre.

—¡Aquí los hombres no cuidan a nadie! ¡Las mujeres se cuidan solas! Ustedes son como el lazo: se abren y después se cierran. ¿Diga si no es verdad?

Él se ríe y le dice cantándole una copla:

*La mujer cuando es risueña
no siente la soledad
busca algún alcaraván
para ponerse a pensar.*

Ella lo mira y le responde con más altanería coqueta. Con esa dulzura fresca de la mujer de pueblo, de muchacha del llano profundo:

*Si hablas de ese alcaraván
no sabes lo que yo quiero
yo soy un lirio de mayo
que no lo asustan los truenos.*

En ese momento se presenta otra tolvana, pero esta vez más fuerte. ¡Como ella nunca había visto! ¡Y el hombre desaparece en medio de aquel polvo!

Ella mira por todas partes buscándolo para seguir con la conversa. Porque le gustó el replique. Y porque no había visto nunca a un nombre tan hermoso como ese por allí. Un señor. Y se dice así misma: Mira, María Clemencia, vas a tener que buscarte un hombre. ¡Pero tiene que ser un gran hombre, así como ese! Que vele por ti. Porque no

puedes seguir en estas sabanas de Borrita solitaria como un ánima en pena.

Se dio tres golpes en la cabeza. Recogió los pocos frijolitos que le dejó el ventarrón en el manare. Y guardó un puñito en un bolsillito de fustán.

Lo busca y como no lo encuentra se mete para la casa. Cuando abre la puerta, el hombre está sentado y tomando café en una mesita de caña amarga que ella había hecho, y le dice:

—Me vine adelante y quise hacerte este agrado.

Cuando ella va hacia el fogón..., ella que pensaba acostarse sin cenar, mira que la mesa ahora es más grande, y que tiene un mantel de lujo. ¿Y en su centro? Hay un cochinitillo tierno y recién sacado del horno. ¡Aquello era un olor! ¡Caramba!, que ella no entendía. Frutas por doquier, manjares. Aquello era maravilloso. Ella nunca había visto algo así. Ni tampoco lo creía.

El hombre la mira muy tranquilo:

—Eso siempre estará allí.

Y siguió saboreando aquel café con gusto y mirando la lejanía.

—Esto lo puedes compartir con una hermana, o con alguien que consideres que te tiene grandes sentimientos. ¡No me lo repitas! El tuerto Aparicio te busca. No pases por la encrucijada de caminos, porque puede esconderse y llevarte. Es traicionero. Vete por la orilla del río, que el agua no deja huellas y en su espejo te puedes mirar.

Y se perdió en el silencio de la noche. A ella le dio miedo comer. Se quedó pensando en lo que el hombre le dijo. Al rato, ¡oye un caballo que viene a todo galope!

—Pacán, pa, pacán pa, paca pacán.

Apagó la lámpara y se subió a la troja. Sintió que el corazón no le cabía en el pecho. Tenía miedo, mucho miedo.

—¡Es Aparicio! ¡Es él, así sacude el caballo!

Ella oyó que la bestia se alejaba. Bajó, fue al fogón e hizo café. Y cuando regresó al mesón, el hombre estaba allí. Pero esta vez más elegante. Vestía otro traje. Y tenía otro perfume.

—¡He venido para verte comer! ¡Para acompañarte!

Ella agarró un plato de barro, y cuando se está sirviendo, el plato era de fina porcelana.

—¡Nunca había comido en algo así!

Bajó la mirada y se sirvió aquel manjar.

Él miraba cómo se saboreaba. Luego le sirvió una copa de vino. Ella se quedó mirándolo y le dijo:

—¿Y si uno le da de comer a alguien que odie, qué pasa?

El hombre guardó silencio. Ella fue a lavar los platos a una troja que tenía afuera. Ya no sentía miedo. Ella esperaba la respuesta de él, pero cuando voltea, no estaba.

Ella se acostó plena de sueños y suspiros. Y al día siguiente descendió por la escalera de palo seco. Y vio que la mesa estaba intacta. Es más, lo que se había comido estaba repuesto y fresco. ¡No faltaba nada!

Cuando amaneció, fue a la quebrada a buscar agua y a bañarse. Se desnudó y disfrutó un baño de agua tibia. Salió del pozo y metió nuevamente la mano en la corriente y la sintió tan fría que se vistió con un gran apresuramiento. Empezó a sentir miedo. ¡Miedo de verdad! ¡Temblaba y temblaba! Le tiritaban las carnes. Y cuando terminó de vestirse, que se miró en el espejo del agua, el traje que lucía no era el mismo. ¡Era diferente y muy bonito! ¡Se sentía grande y hermosa!

Ella sabía que el tuerto la buscaba. Que él decía que ella era su propiedad. Que se la había ganado a su madre en una apuesta. En un juego de cartas. Ella llegó apresurada a la casa. Y le provocó tomarse un café. Y cuando abre la puerta, le pegó ¡aquel olor! ¡Aquel olor a café de montaña!, como nunca había oído en la vida. Era divino,

muy divino, tan divino, que se sirvió dos tazas, y con la tercera se le fue pasando el susto.

Ella se dijo, y sintió una voz que le hablaba desde la profundidad de la tierra: Tú no puedes quedarte aquí, de por vida, María Clemencia. Pero tenía susto, tenía pálpito.

—¡Me dan ganas de ir a Santa Cruz! ¿Pero cómo? ¿En qué?

Y no lo había pensado dos veces, cuando tenía un caballo ensillado en la puerta. Nunca supo quién se lo dio. Pero lo cierto es que estaba frente a un hermoso caballo marmoleño. Se paró frente a él, y le dijo:

—¡Llévame al pueblo! Necesito salir de este cementerio. Necesito vencer el miedo. Se montó en el caballo y se fueron por el río, como le dijo el hombre.

El tuerto Aparicio llegó a la casa y la encontró sola y muy abandonada. Pero había un gran olor a carne asada y a perfume fino. Y se dijo: ¡Me están agarrando el maíz salteado!

Por una entró y por otra salió. Y se fue al pueblo con un gran desespero y gritando:

—¡Esa mujer es mía! ¡Y nadie me la va a quitar!

Y partió desesperado por aquella inmensidad. Le daba y le daba espuela al caballo. Y el caballo le dio todo lo que tenía. Cuando llegó al pueblo, miró a la gente alborotada. Le dijeron:

—La muchacha paseó por las calles en un hermoso caballo. Más bonita que nunca, que se miraba y no se creía. Lo grande y bella que está esa muchacha.

Todos la creían abandonada y triste. Pero fueron deslumbrados por el vestido que cargaba. Y para terminarlo de enloquecer, le dijeron que en la tienda de Eleuteria Jiménez había comprado un traje de novia.

Ese hombre se volvió loco. ¡No lo creía!

—¿Casarse con quién? ¡Esa mujer es mía! ¡Yo me la gané! ¡Si me están agarrando el maíz salteado! ¡Yo mato!, ¡yo mato!

Agarró la escopeta, la cargó y salió.

La mujer llegó a la casa y encontró todo como lo había dejado. Pero como toda mujer es muy inteligente y maliciosa, se dio cuenta de que alguien había ido, porque vio el camino pisoteado por un caballo y las huellas frescas de un hombre. Y se dijo: ¡Es él! ¡Yo me la voy a jugar esta noche!

Ella se sentó en la cabecera de la mesa, bien trajeada. Y lo esperó.

Él llegó, abrió la puerta y vio que la casa no era lo que había visto antes. ¡Que todo aquello era un encanto!

Ella le dijo:

—¡Ven! ¡Si usted me buscaba, usted, ya me encontró!

Él se acercó con mucho temor y ella le dijo:

—¡Venga para que coma! ¡Usted vino y yo lo vi! Pero no sé porque usted no me vio. Si yo estaba ahí. ¡Aquí estoy, si no me ha visto! ¡Coma! ¡Si yo soy suya, venga para que pruebe mis sabores! ¡Porque me imagino que usted va a vivir conmigo toda la vida, y debe saber lo que se lleva. ¡Cómo cocino! Porque el amor entra por la cocina, ¿no es así?

Él la miró con mucho temor. Por primera vez en su vida tenía miedo. El tuerto Aparicio estaba temblando.

Ella le invitó de nuevo:

—¡Coma pues! ¡Coma!

Y él empezó a comer. Ella le fue sirviendo de todo, vino y manjares. Él se saboreaba aquel pernil tierno. Se chupaba los huesos. Quería comerse los dedos. Cuando terminó de comer, él vio que aquella hermosa mesa donde había carnes, vinos y manjares, se le fue transformando en oro y plata. Era un hermoso brillante.

Ahora menos entendía. Los ojos se le salían por la ambición. Estaba verdaderamente emocionado. Y al rato siente que su estómago le crece, que se le endurece hasta asfixiarlo. Se le abultaba. Y el vientre se le puso como una piedra y no pudo moverse más. Se fue petrificando.

Y lo encontraron en la cabecera de la mesa. Sentado, con la escopeta al lado. ¿Y frente a él?, un comedor completamente vacío y solo.

Cuando lo abrieron, para saber de qué había muerto, encontraron en su estómago y sus vísceras una inmensa masa de oro, plata y piedras preciosas.

Unos llegaron a pensar que aquello fue un hechizo. Otros, que había mandado a fundir toda la riqueza que había ganado en los juegos, y se la había comido para no dársela a nadie.

De la mujer nadie supo.

Por eso, cuando se va por las sabanas de Chiverry, y aparece una casa sola en medio del espejismo de la llanura, ¡así, de la nada! ¡Si usted abre la puerta de esa casa y se tropieza con esos manjares, ese es el muerto de La Chepera, que lo está buscado para darle el oro y la plata que lleva en el cuerpo! Dicen que camina, y se escucha como un reloj viejo o una máquina de coser muy oxidada.

Informante: Catalina Sarmiento.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Fundo El Tranquero, Chiverry, Libertad de Cojedes.

La cuentería de Catalina Sarmiento

Ese día, día de Santa Rosa de Lima, patrona del Fundo la Palmita de Emmo José Suárez, nos dijo José Clemente Guerra:

Yo conocí a Catalina Sarmiento en su casa de las sabanas de Chiverry. Era una hermosa casa de guafas, barro y muy fresca. Yo la estaba enamorando, y a ella se le ocurrió parte de esta historia que les voy a contar.

Ese día, por cierto, día de Santa Rosa de Lima, ella quería hacer una ternera y me puso una encomienda. De que si le traía un maute que se le había esgaritao en esa sabana tan larga, ella se iría conmigo después de la media noche.

Yo le dije:

—Trato hecho

Y ella guiñó el ojo con picardía.

A las 6 de la tarde llegué con el maute. Ella lo metió para el corral. Y me dijo:

—¡Espérame aquí, que ya me voy a ir contigo, es que la vamos a pasar de lo lindo mi amor!

Y se oía un gentío en la casa. ¿Y a mí?, me daba pena. Al rato la veo que pasa con unos chuzos de carne para el asador de la ternera. Yo me pregunto:

—¡Ese maute si lo mataron rápido! No escuché ni ruido, ni nada.

Y volvió a quedar aquello en silencio. Y empieza ese olor a carne asada, que eso era grande, grande de verdad. ¿Y yo?, imuerto de hambre! ¿Cará, no encontraba qué hacer? Y ella apareció de nuevo, bien vestía y bañaita:

—¿En qué tiempo se vistió y se arregló esta mujer?

Me dice que pase. Yo paso. Miro para todos los lados y no miro a nadie. Veo una mesa de comida con carnes, chapas, quesos y dulces de todos los tipos. Pero no veo a nadie. Y me dice:

—Mi amor, siéntate para que agarres fuerza.

Yo le dije:

—¡Déjame lavarme las manos en esa quebradita del camino real!

Agarré mi caballo, un rucio que lo que pedía era sabana. Y todavía Catalina Sarmiento me está esperando. Unos dicen que ella me quiere mucho. Yo no sé.

Lo cierto, es que yo no volví más nunca a la sabana de Chiverry. Ahora y que sale ahí, en esas soledades, un toro del tamaño de siete hombres. Yo no sé.

Informante: José Clemente Guerra.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Fundo La Palmita, San Carlos de Cojedes.

El Diablo, la muerte y Pedro Rimales

El elemento mágico está presente en los premios y castigos, en los poderes divinos opuestos a los infernales, e igualmente en las formas maravillosas de cómo la justicia divina descubre públicamente al criminal. El cuento mágico, como el religioso, trata acerca de la representación de lo extraordinario y de lo sobrenatural.

YOLANDA SALAS DE LECUNA.

Para María del Rosario Jiménez Turco.

Este es un cuento purito de los llanos, de Luis Lozada “El Cúbiro”:

Resulta que la Muerte estaba encendida en toda la llanura. Y se le apareció a Apulinaria Méndez, una bruja de El Real, bonita y enamorada, que vivía en el totumo de la vuelta.

Esta mujer había curado a mucha gente y tenía mucha fama. No se perdía un parrando. Era bailadora joropera de las buenas. Pero un día se le apareció la Muerte y le dijo:

—Mira, Apulinaria, ya tu tiempo se está acabando.

La Muerte agarró un poquito de tierra y lo tiró al aire. Y fue cayendo poco a poco.

—¿Te das cuenta, hija? Así está tu vida. Te quedan son pocos días. Acomoda tus cosas. Te aviso, porque eres bruja de las buenas y te lo ganaste.

Y se fue.

Era la fiesta de los Reyes Magos. Ella pensó de todo. Y le pegó una tristeza tan grande que se le salieron las lágrimas.

—Dígame eso, dejar el mundo. Ese mundo tan divino. Eso no podía ser.

Le dio una rabia tan grande que sacudió el totumo de la vuelta y dejó una estera de taparas en el suelo, porque no quería morirse.

Se vistió con el mejor traje. Y fiiiiss, se fue volando donde su comadre Josefina Riales, quien tenía dos Hijos: Juan, tullido por un trueno y Pedro José, habilidoso y bellaco.

Ese día habían amanecido sin café, ni azúcar. Ella llega y le dice a Pedro, que era su ahijado:

—¡Mira muchacho! ¿Tú tendrás un huevo de bacilico, de la gallina que tienen en el patio?

Una gallinita Santo Domingo, que habían comprado a un brujo que pasó por Puerto de Nutrias. Él se metió para el cuarto y le pregunta a la madrina como todo mezquino y bellaco.

—¿Y cuánto me va a pagar por eso? Yo se lo diera, pero hoy no tenemos nada. ¡Yo no puedo regalarle eso!

—No te preocupéis por plata, que plata es lo que me sobra, le dice Apulinaria.

—¡Mira, ven, para que mires!

Se levantó el fustán y le mostró un bolsillo que tenía, un bolsillo bien gordo. Le mostró medicitos, fuertes, bambas y una monedita de oro chiquitica.

Él se metió emocionado para el cuarto. Y busca y busca, y no consigue nada.

—¡Qué vaina, vale!

Y la mamá que escucha aquel revoltijo, le grita:

—¿Qué es lo que estáis buscando?

—¡Una vaina que quiere la señora Apulinaria!

—¡Mi comadre, caramba! ¡Aquí está lo que usted está buscando! ¡Un huevo de bacilico! ¿No es así comadre? A mí me da pena venderle eso.

—¡Qué bacilico, ni qué bacilico, esa es una rolo e' ñema!

—¿Tú le vas a vender eso a mi comadre? ¡A tu madrina! ¡No le vendáis eso, regálale eso! ¡Vagabundo!

—¡No, no, tiene que ser comprado comadre!, idéjeme que le pague al muchacho!, le dice. Se volvió a levantar el fustán y le dio 5 bolívares y un medio para que comiera chuchería. Y aprovechando que se fue a comprar, le cuenta a la comadre que la Muerte la visitó, y que lo único que le queda es engendrar un diablillo para que la defienda.

La comadre, que también es bruja, le aconseja que siembre el huevo en taparón. Y que le eche mucha agua con papelón para que esté dulcito con ella y bravo con la Muerte.

Así lo hizo. Cuando Pedro venía de regresó, vio que ella estaba echándole agua al totumo. Y le pregunta:

—¡Madrina! ¡¿Y ahora usted riega ese totumo?!

Y ella le responde:

—¡Sí, para que las taparas salgan grandes!

—¡Ah, ¡qué bueno! ¡¿Para venderla?!

—¡Sí!

—¡Ah, bueno, yo le puedo hacer negocios en el pueblo! ¡Porque esas taparas sirven para comer sancocho sabroso! ¡Y la gente necesita de eso! ¡Ya le traigo café!

Ya estaba cerca la Semana Santa, y Apulinaria había enterrado el huevo de bacilico en el taparón para que naciera el diablillo. Y lo regaba todos los días, porque según ella y los brujos de la llanura, el diablillo nace el Jueves Santo, después de la muerte de Jesús. Lo cierto es que la vieja no alcanzó a verlo, porque ese día, miércoles santo,

día de Jesús en los olivos, se le apareció la Muerte para llevársela. Justamente cuando venía Pedro a traerle café.

—¡Madrina, madrina, abra la puerta!

Y, suáss, se desapareció la Muerte.

—¡Qué bueno que llegó ahijado! ¡Dios me lo bendiga!
Se levantó y del bojotico le dio un real y un medio.

—Esto es para que me traiga un papeloncito.

—¡Ya se lo voy a traer, madrina!

Pedro le dio café a todo el mundo en el vecindario. Y salió a llevarle el pedacito de papelón a la madrina. Y se dijo: Con este papeloncito le arranco los reales.

Pero cuando entró, la madrina estaba muerta.

—¡Mamá, mi madrina se murió! ¡Bendito sea Dios! ¡Se murió!

Él le dijo a la mamá que se encargaba de la madrina, que la bañaba y vestía, y después la llevaba para la casa a velarla. Y así lo hizo. Y empezaron a rezarle, y a rezarle.

Y le dieron lo que ella pidió, la montaron en una balsa y la tiraron por el río de Bruzual hacia abajo, que se perdiera en la inmensidad de la llanura, porque ella había vivido volando por todo eso. Bueno, así lo hicieron. Y aquella muerta iba muy alegre por el río. ¡Cará, es que se dice, y no se cree, alegre de verdad!

El Jueves Santo, Pedro se fue para la casa de la madrina y registró lo que había dejado. Y encontró el fajín entre las ropas que le quitó. Recogió siete medicitos, siete centavitos, tres lochas, un fuerte, un bolívar, una bamba y la monedita de oro, chiquitica y vieja.

Le dijo a su mamá lo que encontró. Pero también le dijo que había escuchado a un muchachito llorando.

Le montó el apero a la burra y salió para el pueblo.

—Con esto debo de comprar café, papelón, sal, maíz, un pedazo de chigüire salpreso, y una velita para mi madrina.

Cuando va pasando por el taparón, escucha a un niño llorando de verdad. Eso le partía el alma a cualquiera. Baja de la carreta y le dice a la burra que se quede quietecita. Y mira a un niño como de un añito, más o menos, sentado, sucio y llenito de tierra. Él le pregunta:

—¿Y por qué lloras?

Y el niño le responde:

—¡Mi mamá, no consigo a mi mamá!

Pedro mira por todas partes y no ve a nadie.

—Vamos a hacer una cosa, déjame ir a casa a buscarte algo.

El niño sigue llorando. Pedro trae un pañuelo para secarle las lágrimas y limpiarlo. Y la gallinita, porque a los niños les gusta jugar con las gallinas y los pollitos. También le trajo el pedazo de papelón que le llevaba a la madrina.

Cuando miró la gallina y probó papelón se calmó. Pedro le secó las lágrimas y el sudor. Y se metió el pañuelo en el bolsillo. Y le dijo:

—Con la gallinita usted juega. Y con el papelón se entretiene.

Cuando Pedro llega al pueblo, mete la mano en el bolsillo para comprar. Y siente que algo lo puya:

—¿Qué vaina es esta? ¿Qué será esto que me cortó? ¿Qué es esto?

Cuando saca la mano, tiene pegado un diamante en el dedo.

Resulta que: las lágrimas del carajito se transformaron en diamantes! Él emocionado, entró a la bodega y le dice muy en la parte de afuera al bodeguero que él tiene un amigo en Santa Elena de Guairén que es un minero y que le trajo una monedita de oro chiquitica. Y que él quería saber cuánto valdría todo eso.

El hombre le responde:

—Esto vale mucha plata. Con decirte que entre la monedita y el diamante te puedes llevar la mitad de la bodega.

—¿La mitad?!

—¡Usted va a tener que venir dos veces o más! Porque ese burro no tiene fuerza para cargar lo que usted se va a llevar.

—¿Verdad? ¡Bueno, vamos a hacer negocio! ¡Y eso es ya, llorando y vistiendo el muerto!

Y aquel hombre empezó a cargar: papelón, aguardiente, pescado seco, carite seco, carne fresca y para la madrina una caja de velas de sebo y bastante papelón. Se llevó cinco cajas de papelón y casabe. Pañuelos de todos los colores y ropa para montar una bodega en el medio de la llanura.

Cuando pasó, el muchachito se puso a llorar. Pedro, como todo bellaco, corrió a atenderlo. A limpiarlo porque sus lágrimas se convertían en diamantes. Lo limpió y se metió el pañuelo en los bolsillos.

Al rato sintió que tenía una bolsa. Le dio un papelón y se fue para la casa a acomodar lo que había comprado.

Al día siguiente estaba el muchachito jugando con la gallina. Le dio otro papeloncito. Pero no se dio cuenta que el niño estaba creciendo más de la cuenta. Y cuando se paró, le estaba dando por el hombro. Era grande, muy grande y fuerte.

Pedro le dio tres papelones. Y fue al pueblo a buscar la otra parte que había dejado. Cuando llegó a la bodega notó que dos cipotes lo miraban feo. Se vino ráapido, ráaaapido, ráaaapido. Y le dijo a la burra:

—¡Vámonos pánfila que nos van a robar!

Y arrancó en una sola carrera. Porque la burra le hacía caso.

—Quiti plas, quiti plas, quiti plas.

Cuando llega al taparón, los cipotes venían cerca.

Cuando llegó. El muchachito le dice:

—Ya yo no voy a llorar más. ¿Oyó?

Y él se sorprende:

—¿Y por qué no vas a llorar más, si llorar es de humanos? Los seres humanos lloramos. Yo también he llorado y bastante.

—¡No, ya yo no quiero llorar más!

Cuando se paró, el diablillo estaba más alto que él, y lo mira con mucho respeto:

—Aquí tienes una caja de papelón.

Le limpió las lágrimas y las guardó. Y le dijo:

—Yo quiero que usted me ayude. Allí vienen unos hombres que me quieren robar.

Los cipotes llegaron y le dijeron al diablito:

—¿Y usted qué hace aquí? Si él no me da los diamantes yo voy a matar esa gallina.

Al hablarle de la gallinita, y ver él que el hombre sacó el machete, el diablito creció como de tres metros. Los agarró y los tiró en cuatro patas. Dejó ciego a Pedro, y se escuchó como si un cuero se sacudiera en el suelo, plaahs... Cuando Pedro abrió los ojos, tenía dos caballos frente a él.

—Ahí tienes esos caballos para que te acompañen toda la vida. Solo que no puedes dejar que se mojen. Porque vuelven a ser los cipotes que te venían persiguiendo. Y ahí sí vas a perder todo.

—¿Y usted qué va a hacer?

—Yo me voy comiéndome los papelones.

Pedro le dijo:

—¡Venga, para terminarlo de secar!

Lo terminó de secar y de repente: ¡plas!, apareció él vestido de liquiliqui, con sombrero, botas y aquel porte. Y le dice a Pedro:

—Por aquí tengo una yegua.

Y, ¡plas!, apareció una yegua bien vestida. Montó la gallina en el lomo y se fue por el camino de Bruzual.

—¡Ahora la llanura es mía! ¡Apúrese que viene un aguacero!

Pedro entró corriendo con los caballos al cuarto donde dormía su mamá y Juan. Les dio pasto y agua con mucho cuidado, para que no se le mojaran. Se enteró de que había una fiesta en Elorza. Y se dijo: Aquí es donde me voy a acomodar. Voy a vender a esos cipotes.

Llegó primerito a la feria. Y colocó los caballos en una enramada al lado de la manga de coleo. Bien tapaos. Y ahí estaban ese par de caballos hermosamente vestidos. Eran dos alazanes, daba gusto verlos.

La reina de la feria se enamoró de uno de ellos. Ella andaba con un viejo rico que la estaba enamorando. Había comprado la feria y el fundo Las Queseras de José Ruperto López. Era un viejo con plata de verdad. Tenía mucho dinero. Y como estaba enamorado, ¿qué no hace un viejo enamorado?, le dijo a la muchacha que se lo compraba y que era su regalo de boda. Y gritó, porque tenía plata de la buena, constante y sonante:

—¿Dónde está el dueño de estos caballos?

—Anda por ahí. Parece que va a colear esta tarde. Le dice una vendedora de conservas.

—¡No, no, aquí no va a colear nadie! ¡Con estos caballos voy a colear yo! ¿Cuánto es?, ¿dónde ese hombre?

—Aquí estoy, señor, le dice Pedro.

—¡Dígame! ¿Qué es lo que usted quiere?

—¿Cuánto está pidiendo por estos caballos?

—Bueno, yooo, yooo. Bueno, estoy pidiendo, chico, como tú te enamoraste, y te enamoraste bien... ¡Cará!, porque esos caballos los tengo para mí, mira la montura. Ahora me tengo que ir a pie. Vamos a hacer una cosa, yo quiero mucho a estos caballos, y sé que usted los va a cuidar. Te los voy a vendé por 400 pesos de plata y cincuenta de oro.

—Va, yo le voy a dar 100 pesos de plata. Y 100 pesos de oro. ¿Está bien? Por cada uno.

—Ah, bueno,

—Sí, va.

—Agárrelos pué.

El hombre buscó la plata, que la tenía metía en una faldiguera y se la dio:

—¡Llévese la faldiguera, si quiere!

—¡No, no, no. A mí no me gustan cosas de otro! ¡Yo tengo la mía!

Agarró y contó las monedas, las metió, y arrancó por el tapón de la manga y se fue en una sola carrera, porque venía un aguacero.

Pero el viejo le dijo a la muchacha:

—Yo no le tengo miedo al agua. En el barro es que soy bueno. En el barro es que tumbo un toro sabroso. Un filo e' lomo. Yo te lo voy a ofrecer mi amor. Además, esta feria es mía, yo la pagué.

Y agarró el caballo y se puso a coleá. De verdad, cuando salió a la manga tumbó el primer toro de la feria. Aquello no cabía un alma. El hombre agarró el toro por el rabo, porque de verdad, el caballo era brioso y era bueno. ¡Cará!, y lo volteó en un filo e' lomo. Ese hombre le dio, le dio. Y coleó.

Tercer toro de la tarde. Serían como las tres. Tumbaba todos los toros. Ya no le cabía una cinta en el liquiliqui. Ese hombre tenía mucha fuerza. Y metía los dos caballos para pasear a la reina.

Cuando están paseando a la reina, empiezan a caer unas góticas de agua. Y de repente se esparrama un aguacero que no hallaban a dónde meterse. Y cuando se dan cuenta, están arriba de dos hombres desnudos en pelota, en medio de ese gentío. Y empiezan a pitar a ese hombre y a decirle vulgaridades:

—¡Vagabundo, sinvergüenza!

Le cayeron a piedras. Lo iban a matar a palo por grosero. Y eso lo aprovecharon los vagabundos para irse.

Pero uno de ellos le vio la faldiguera de oro que tenía y le dijo al otro:

—Yo no me voy de aquí. ¡A mí este viejo me va a pagar esta vaina!

Y se quedaron como pudieron por allá. Desnudaron a unos que venían. Se vistieron con las ropas de esa gente, y vinieron a quitarle los reales al viejo. Pero en la refriega, el viejo hirió con el puñal a uno y lo mató. El otro echó a correr. Y el viejo lo agarró, y se han caído a cuchillo. El otro intenta robar al viejo. Y también lo mata.

El viejo siguió buscando:

—Yo tengo que encontrar a ese cipote que me echó esta vaina. ¿Pero cómo se llama el tipo ese?

Preguntaban y nadie sabía. Y se reían de él. Pregunta a otro, y este le dice:

—Yo no sé. Cuando llegó aquí, dijo que se llamaba Así.

—¿Así?

—Y después, más adelante le dijo que se llamaba Heres. De los Heres de Bruzual. Pero después le dijo a mí comadre, sí, dijo, me lo dijo a mí, que se llamaba Pendejo. Y era de El Real.

—¿Con que Heres Pendejo?

—Así es señor, Heres Pendejo.

—¿Pendejo?

—Sí señor, Pendejo.

El viejo se fue buscándolo por toda la llanura. Cuando ve a la Muerte que viene con la carreta cargada con los muertos que habían caído en la fiesta. Y que a él lo buscaba el gobierno para que rindiera cuentas. La Muerte, que es una bicha muy avariciosa, dijo:

¡Váyase don, que a usted no le toca! Y dejen espacio en la carreta, que yo tengo que llevarme a la vieja Rimales.

Eso lo dijo en Los Rastrojos. Pedro se enteró y se vino corriendo.

—¡La vieja Rimales es mi mamá!

Pasó por Bruzual, Libertad de Barinas y cuando llega a El Real, dice:

—¡No, yo tengo que salvar a mi vieja!

Ve que viene la Muerte en un caballo negro. ¿Y ella?, vestida de blanco. Cuando Pedro va pasando por el taparón, se le aparece el Diablo. Era un hombre bien formado y serio. Y le dice:

—¡Métase en la cueva y con esta cera tapan la boca!

Así lo hicieron. Y escucharon que estaban tocándole a la puerta. Vio por un huequito al zamuro, que andaba buscando bichos muertos, y es el mensajero de la muerte. El zamuro le dijo a la Muerte:

—No huele a carne de muerto.

Y ella se fue. Pedro salió con la mamá caminando para atrás, para engañar a la Muerte. Le cortó el pelo a la mamá, la vistió con las ropas de Juan. Y a Juan con el vestido de ella. Le puso las crinejas, y a la mamá la tapó con cueros de caimán. Y dejó a Juan en la casa.

La Muerte, que lo estaba esperando en el taparón, le pregunta:

—¿Y tu mamá?

—En la casa.

—Suiss. Y aprovechó que Pedro se alejaba y se metió en la casa y vio que era Juan. Y se puso muy brava. Y lo alcanzó y le dijo:

—¡Me engañaste! Era tu hermano y todavía no le toca. Pero no importa, yo la voy a agarrar. ¿Oyó? ¡Yo la voy a agarrar!

Pedro se quedó tranquilo. Pensó que la muerte no iba a volver.

¿No iba a volver?, cuando la vieja estaba celebrando que la Muerte no se la llevó, ¡fuiiiiiiss!, pasó por la ventana, y lo que se escuchó fue el lepe:

—¡Juácata!

Y se fue de repente.

—¡Se murió mamá! ¡Bendito Dios!

Fueron a enterrarla muy lejos. Y Pedro se vino a vivir para el cerro del diablillo donde la Muerte no pudo encontrarlo.

Y así fue cómo el Diablo le dejó una fortuna a Pedro. Y cómo la madre pagó esas consecuencias del desafío a la Muerte. Porque de la Muerte nadie se salva.

Informantes: Arnulfo Quintero López, brujo de Santa Rosa.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Santa Inés de Barinas.

* *Anotaciones para una cuentería en Santa Inés*

En la cuentería del llano no puede faltar un cuento de “Pedro Riales o Pedro el Malo”. Porque él es un personaje proveniente de la picaresca creada por Miguel de Cervantes y Saavedra, cuyo nombre es “Pedro de Urdemalas”. Es más, es el cuento más mestizo que existe, pero lo único que queda de lo español es el nombre: Pedro y sus calificativos. Y aquí en el llano se ha transformado en un anti héroe que desafía, y por la buena suerte es premiado. Esto lo convierte en un ser peligroso, bellaco, vivo y habilidoso en el arte de negociar, llegando a ser amigo del Diablo, quien lo considera su aliado. Él no cuenta con los poderes establecidos por las normas del destino sino por la casualidad, llegando a burlarse de la muerte por su astucia e inteligencia. Es como se dice en el llano: “un hombre que jamás será botaloniao, porque tiene sájita”. Y quién tiene sájita nunca lo matan dormido. Esto lo hace ser caracterizado como un personaje eterno y que jamás morirá. Porque está sembrado en el corazón del pueblo y su fin es burlarse de los ricos. Así como vengar los maltratos del colonialismo. Pedro entretiene por su astucia, y en el desenvolvimiento de su hilo narrativo están acostumbrados los participantes, quienes lo aplauden para celebrar sus triunfos.

Y todo por una potra²

Para Carlos Sandoval.

En una fiesta del río Cojedes, con arpa, bandola y carne asada, mire, palabrita de Dios que no los estoy embustериando, si no me creen esta historia, que se revienten las cuerdas del arpa y se acabe la fiesta. ¡Más nunca! Mire, palabrita e' Dios:

Allí había un Diablo que desandaba de noche y de día. ¡Yo lo vi, cámara! Y también lo vio Teodoro Heredia, el dueño del legendario caballo Furia. ¡Mire, palabrita e' Dios! ¡Y por estos ojos que se ha de comer la tierra!, que ese Diablo se acostumbró a andar con la gente del pueblo. Y se parecía a los hombres. Y vestía como ellos.

¡Y es más! ¡Llegó a desafiarlos! Y hasta le compuso un corrió al Carrao de Palmarito. Sí, a don Juan de los Santos Contreras, el mismo. ¡Le enamoraba las mujeres!

2 La idea de este cuento se la oí a Armando José González Segovia, en una cuentería realizada en el Hato Las Babas, precisamente el día que había fallecido don Eulogio Medina: el gran cuentero del río Cojedes. Hombre valiente y que le gustaba enlazar orejanos. Más de una vez lo miramos desafiar en su caballo rucio a una cimarronera en la sabana de la Mata Carmelera. Ese día fuimos a buscar unos cuentos de familia, y la historia donde murió el General Joaquín Crespo..., historia que nadie nos quiso relatar, porque dicen que les va a salir la burra manía.

¿Y las mujeres?, que son el Diablo en persona, también les gustaba la guachafita, ¡y se enamoraban de él! Aquel Diablo, era un Diablo muchacho. Juguetón y alegre.

—¡Dele largo primo, que tengo ganas de pegar un grito! ¡Omar Moreno! ¡No me dejes morir, padre!

Decían unos, que venía del Matiyure. Y otros, que venía de Bruzual.

Y no faltaba una mujer safrisca que afirmara que el Diablo venía de Mantecal.

—¿Qué de Diablo tienen los hombres de Mantecal?, yo no sé. ¡Yo no sé! Pregúntele a Cristóbal Jiménez, él debe saber.

Lo cierto fue que la gente se acostumbró a él. Pero nadie supo, ni sabrán su nombre. Porque el Diablo es Diablo. Y a él le gusta que le digan así, Diablo.

Unos dicen que para no tener ahijados, porque los ahijados piden mucho, pero ¡era un Diablo rico! Tan rico, que los mautes que tenía no se alcanzaban a mirar. Era dueño de toda la llanura.

Un día lo desafiaron e el Hato El Manteco, de Juan de Mata Suárez. Allí hicieron una fiesta tapá, para que él no supiera. Y, ¿qué es lo que no sabe el Diablo?

No habían pensao dos veces cuando él ya lo sabía. Cará, porque más sabe el Diablo por viejo que por Diablo.

Hay tres cosas que no deben existir en el mundo: la envidia, la ambición y el desprecio. Eso no es de amigos, y entre llaneros, menos.

Los muchachos lo envidiaban. Pero no podían ser como él. Y ¿cómo?, Diablo es Diablo, manque tenga cochochos.

Ese Diablo era tan echón. Que todos los días venía al pueblo en un caballo nuevo y con montura diferente. Era un Diablo con plata y enamorado. Le había puesto el ojo, nada menos y nada más que a Paulina Calatrava, la hija de la viuda del Hato La Chepera.

¡Se enamoraba de mujeres con plata! Pero ellas no eran su suerte. Porque en ese pueblo todo el mundo tiene plata de la buena. ¿Y a las mujeres?, la plata no le importaba. Pero como dice el corrió: ¡Dele largo, primo, que vamos a probar la camoruca.

—¡Me voy con la chipola!, fice uno de los invitados.

Y se prende la fiesta y el joropo ramao:

—¡Y, plas plá, plas pla!

Y salen los copleros del caracoliao, cada uno por su lao:

*No hay nada que guste más
cuando se anda en este mundo
que unos amores robaos
o los reales de un difunto.*

*Y aquel que no quiera creer
que venga a la Rosaleda
para que vea en el camino
que lo que brilla es moneda.*

*La mujer cuando es bonita
no le hace falta la seda
solo basta su sonrisa
cuando inicia la conversa.*

—Vamos a cambiá consonante, que me llevas reventao, cámara, le dice un coplero al arpista.

Y el arpista transporta el arpa. Y se desparrama el joropo pero con más fuerza:

*La mujer cuando es bonita
brilla con lo que se ponga*

*su mirada son chispazos
y sus labios enamoran.*

*Ah malaya quien pudiera
tener doble corazón
para no sufrir guayabo
cuando te digan adiós.*

*Y si una mujer te deja
dímele al alcaraván
pregúntale por qué llora
cuando las aguas se van.*

Los dueños del Hato La Guanota también hicieron una fiesta tapada, para que el Diablo no fuera. Cosa que es un desprecio muy grande. ¡Si eran amigos!, ¿cómo no lo iban a invitar?

Lo cierto fue que se pararon muy temprano, limpiaron el caney, y para que no supiera, prepararon la ternera en el Hato El Totumo, de Eleuterio Méndez. De allá trajeron los chuzos de carne en una carreta cargada de malojo.

El Diablo los miró pasar. Los saludó y ni siquiera pensó que allí llevaban la carne de la fiesta. Subió a los cielos y miró una humareda muy grande. Y pensó que estaban cebando potreros porque venían las lluvias.

Pero los zamuros, que son unos bichos que saben de olores, carajo, empezaron a revolotear arriba e' la carne. Con decirte que los llaneros tuvieron que matar a cuarenta zamuros para defenderla. Y también se los comieron. Decían unos que sabían a bagre salpreso. Otros, que a papelón rallado. Y no faltaba uno que mordiera los huesitos, y si le sonaban, como pata de chenchena, se los llevaban, porque era el hueso de la buena suerte.

El rey zamuro fue a informarle al Diablo lo que les había pasado y no lo encontró, pero le dejó la recomendación. Estaba muy bravo ese hombre, y el Diablo no entendía. Él subió a las nubes de nuevo, pero lo que miraba era puro jumo. Llamó a los zamuros a una conversa y ellos le echaron el cuento:

—Que aquello era una fiesta de veinte mautes y diez conjuntos de música de arpa y bandola. ¡Qué era una fiesta tapada!

Aquello le dolió mucho al Diablo. ¡Imagínense ustedes! Un Diablo que los consideraba sus hermanos. Y que él estaba haciendo diligencias para que el cura lo casara con una muchacha del pueblo. Era un Diablo redimido.

A las doce del día no cabía un alma en el caney. El joropo se tejía, imagínense ustedes, más de cien caballos bien vestidos habían en el tranquero.

Allí fue cuando la fiesta se puso buena. Y eligieron a Teolinda Albarrán como reina, una india hermosa y bien plantada, de las tierras del Guárico, de Parapara de Ortiz, por cierto, ¡También pretendida del Diablo!

—¡Qué muchacha tan bonita, carajo! ¡Ave María Purísima!

—¿Cómo me iba yo a enamorar de la novia del Misio? ¡No! ¡Más nunca!

Pero no falta un entrometido o un alegre en una fiesta. Y empezaron a lanzar cohetones por el camino de Cojedes a San Fernando. Había un camino derechito, y se llegaba a pie en media hora. Mire, palabritas e' Dios. Se les aparece el Diablo en un caballo jamás visto. ¡Carajo!, bien vestido. Con estribos de oro y frenos de plata. ¿La montura?, ¡de brillantes! ¿Y él?, ¡de liquiliqui de terciopelo negro! Con botonaduras de oro y yuntas de plata. En cada mano, una esmeralda. Y en la cintura una daga con empuñadura de marfil y oro. Y un sombrero pelo e' guama demasiado hermoso.

¡Era el más elegante de la fiesta! Desmontó del caballo y les dijo a todos cantando:

*Aquí estoy si no me han visto
yo no pesco en ribazón
soy el que llega a una fiesta
sin ninguna invitación.*

Las muchachas del fundo y la reina salieron a recibirlo. ¿Quién no?

Él desmontó del caballo con elegancia y lo dejó libre en la llanura abierta. Pero en vez de saludar a la hombrería, se fue a buscar al dueño de la casa, quien le dio el recibimiento y le ofreció los respetos. Bueno, esa es la ley del llano. ¡Respeto!

Se separan del viejo, y regresan donde está la reina. Él le da un mango, que era como una manzana, rojito, ¡Ah mango tan bonito, era como una tentación! Y le dice:

—¡Esta tarde te casas conmigo!

Y Teolinda, que es una muchacha faramallera, les grita a todos:

—¡Esta tarde me caso!

Y les muestra el mango.

Don Juan regresa hacia donde está la hombrería con mucha preocupación. Se los lleva al tranquero y les dice que el Misio vino a pedir a Teolinda. Y que él no encuentra qué hacer.

Y todos le dicen:

—¡La jugaremos!

—¿Cómo le van a ganar?

Le dice Remigio el cabestrero:

—¡Ya verán! ¡Tienen que tener cuidado, porque así fue como él se hizo dueño de San Fernando!

—¡No se preocupe!, le replica Eulogio Medina: ¡que Dios dijo: ¡Dios y hombre! No Dios y Diablo.

¡Eso era un polvero muy grande! La gente bailando de aquí para allá en ese caney. ¡Ave María Purísima! Aquel gentío viendo y metidos en las apuestas. Y, ¿quién no? ¡Gentes contra Diablos! Eso no se ha visto. Imagínense ustedes, llegaron a apostar cuatro fondos y la mujer. Al que enlazara más mautes en una hora.

—¡Comienzan las apuestas! ¡Abran juego, muchachos!, dijo el juez de apuesta, que era el Dueño del Hato.

Y no había pasado una hora cuando el Diablo ya le había enlazado mil reses. Y los muchachos, doscientas. ¡Ah ganado tan arisco le tocó! ¡Carajo!

El Diablo agarró a la reina y la subió al caballo, y la paseó por la Hacienda. Eso hizo que los muchachos se pusieran más bravos.

Don Juan los vuelve a reunir:

—¿No se los dije? ¡Dejen eso así, los va a dejar en la ruina! Y después van a ser sus sirvientes.

Y dice Juventico, que está jumo, un indio peligroso de allá, de Elorza:

—¡Primero muerto, que perder la reina! ¡Mire, aquí lo que sobra es hombre!

Don Juan les dice:

—¡No digan después que no se los dije!

La hombrería vuelve con un nuevo desafío.

Y dice Remigio Fuentes:

—¡Vamos a apostar! ¿Quién bebe más aguardiente entre usted y nosotros? ¡Pero eso sí, vamos a apostar todo! ¡Pero juego trancado! ¡Nadie sale! ¡Y vamos a bebé sobre las cenizas de la ternera!

El Diablo que anda muy orondo, les dice:

—¡Va!

Él no cree en nadie. Abraza a la reina y le habla al oído:

—¡Es que no aprenden!

Y empiezan a beber botella contra botella. Si los muchachos se bebían cien botellas, él se tenía que beber cien. ¿Quién lo manda a ser Diablo? Y él los picó.

—¡Cien y más! ¿No es verdad mi amor?

Y la Paulina, como siempre:

—¡Así es, mi diablito!

Cuando llegaron al final de la apuesta, él se había bebido cien botellas. ¡De pronto tiró a Paulina para un lao y pegó una carrera! ¡Cará! ¡Iba urgido! Y se escuchaba aquel chorro. Hora y media duró orinando. Y cuando salió, tenía una pea tan grande que se cayó cuatro veces. Pero de este lao, los muchachos tampoco podían pararse.

El Diablo se sintió perdido. Y los muchachos habían recuperado a la reina y los fondos. La fiesta seguía andando. Eso estaba bello, ¿Y la ternera?, ¡ay, qué bellosura! La carne se desgajaba, ¡Cará, cuánta carne, que uno comía con los ojos!

Retaron al Diablo: ¡Al que comiera más!, muchachos al fin. Y él se comió los veinte mautes en una sola sentada.

¡Perdieron! Y eso que el viejo se los dijo. Así estuvieron tres días con sus noches. Y la muchacha les decía:

—¿Qué pasa? ¡Ya me quiero ir con el que gane! ¡Y buscamos al cura para que nos case!

Ante la voz imponente de la mujer, el Diablo, que estaba muy seguro, les dijo:

—¡Les apuesto mi caballo!

Y Aldasoro le réplica:

—¡Le apuesto todo lo que tengo! ¡El hato y tres fondos! El Diablo le dice:

—¿Quién dijo miedo?

Movieron los dados, al derecho y al revés. Tiran los dados, y cuando destapan, el Diablo pierde. ¡Ave María Purísima! Una cosa es un Diablo juguetero, y otra es un Diablo enardecido. Y le dice el Diablo:

—¡Tienen que darme el respaldo!

—¡Eso no es así! ¡Él apostó el caballo! Y, ¿el llanero que apuesta el caballo? ¡Lo pierde!, le dicen los muchachos, porque lo estaban caimaniando.

El muchacho agarró el caballo, muy resabiao por cierto, y montó allí a la mujer. Y se fue, fuiss, por esa llanura. Y le gritó en tono desafiante:

—¡Si usted quiere podemos seguir jugando en el río Cojedes! ¡Eso sí, la mujer no me la juego!

El Diablo se batió, y se fue solito.

Después llegó un ventarrón tan grande que dejó desnudo a todo el mundo. El río se lo volteó con las patas para abajo. Uno iba por la llanura, y arriba de uno, iba el río. A uno se le aguaba la boca viendo aquellos bagres. Unos valentones como de cien kilos. Lo puso patas arriba. Y quedó un paso real de ganado. El único donde los animalitos podían bebé. Y el Diablo colocó una trampa.

A los días pasaron cosas raras: nació un camoruco que daba mangos. ¡Cará, eso es raro y feo! Esa era su casa. Y en la luna llena daba frutos de todos los colores. Y el que llevaba un caballo se le montaba encima, y le pedía que lo paseara de un lado a otro, porque él no tenía caballo.

Hubo un hombre que lo paseó siete veces, y él le mostró, cuatro baúles de morocotas. Era un Diablo rico, lo único, era que no tenía caballo. Y un llanero sin caballo no es nadie.

Él creía que el Diablo le iba a entregar los reales, y no fue así. Le dijo que cuando llegara a su casa iba a recibir la recompensa, para que nunca se olvidara de él. Y en verdad, fue así. Cuando llegó a la casa, tenía en la cama una bolsita negra con doscientas morocotas.

El hombre compró ganado y todos le preguntaron que: ¿de dónde había sacado tanta riqueza? Y él les dijo que se lo había dado el Diablo.

Muchos fueron los que lo pasearon, y él les dio su recompensa. Pero siempre hay uno que es más ambicioso

que otro, y él se divertía con ellos. Les tiraba un puño de tierra encima, y cuando llegaban a la casa, y sacudían la camisa, caían las morocotas.

Era un Diablo de verdad. Un amigo redimido y condenado por el juego. Un Diablo que ahora esperaba el regreso de su caballo, porque su alazán tenía una marca debajo de la oreja izquierda. Y cuando la tocaba se desaparecía el caballo y llegaba derechito al Hato La Soledad, que así se llamaba su hato.

Se supo que el hombre andaba luciendo el caballo en las fiestas de El Barbasco y El Baúl. Y allá llegó el Diablo. Cuando el hombre fue a pagar su turno de salida en los toros del pueblo, el Diablo agarró el caballo, lo manoseó y le agarró la oreja izquierda, y el caballo se desapareció.

Y el hombre todavía no sabe quién le robó el caballo. Ni en el pueblo nadie supo cómo regresó el Diablo en su caballo. Ni los hombres del pueblo supieron cómo el río volvió a su cauce. Ni tampoco a qué hora se encontraba él en el camoruco, porque él ya no está.

Informante: Armando José González Segovia.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Los Aguacates, San Rafael de Onoto, edo. Portuguesa.

El día que los burros fueron ricos

Para Laura Antillano.

Mire cámara, palabritas de Dios, que este es un cuento de purita verdad. Me lo contó Raúl Hernández, que se lo había contado su tío, un soldado del General Gómez, que anduvo por los llanos con el General Ramón Guerra:

Este es el cuento de una señora que tenían dos burros, uno se llamaba Eloy y el otro se llamaba Pedro. Pero también tenía un hijo que era muy pichirre.

La dueña le puso esos nombres porque eran unos burros muy inteligentes. Tan inteligentes, que un día le hicieron un sancocho bien sabroso. Por cierto, que le dieron de comer a todo el pueblo de El Amparo y quedó para la gente de Santa Cruz y Lagunitas. Y desde ese día, fueron los burros más sabios del mundo.

Pero la vieja tenía un hijo que todo el mundo lo odiaba por pichirre. Él nunca supo que los burros hablaban. Y un día el burro Eloy le dice al burro Pedro:

—¡Mira Pedro, vamos a dejar a este carajo solo!

Pedro le responde:

—¡Vamos a esperar! ¡Vamos a sé inteligentes! Tienen plata y anoche les cargué cuatro baúles. Los mudan de un sitio a otro.

—¿De oro y plata? ¡Que sinvergüenzas, y a nosotros ni siquiera nos han pagado los días de trabajo, ni las horas de sobretiempo, ni nada! ¿Y la vieja?

—Parece que le están esperando a la Muerte. Porque una vieja flaquita estaba con ella y traía un garabato. ¡Yo la vi por el camino real! ¿Nos va a llevar a nosotros también?

—No te preocupéis, que nosotros somos muy pesaos. Esa se lleva a los flaquitos. Esa no puede con nosotros. No puede. Sé inteligente, Eloy. No se puede andar por el mundo como un burro.

—Es verdad, le dijo Eloy.

—¡Vamos a callarnos, ahí viene el pichirre! No debe saber que hablamos como él.

—¿Y si nos pide que lo enseñemos?

—¡Hay que ver que tú sí eres burro, sinceramente! Si nos tiene estafados sin saberlo, cómo será sabiendo. Allí empieza a proponernos negocios y nos envaina. No hay un animal más peligroso en el mundo que el hombre. Y si es pichirre, peor. Esa es una mavita de gente. Si eso es con dos patas, cómo será con cuatro, ¿Tú no has oído, que la culpa no la tiene el ciego sino el que le da el garrote?

—¡Ay, ay, ayyyyyyyyyy!

Los burros se miraron y se pusieron nerviosos.

—¡Sí, se murió la vieja!

Se asoman por el portón que daba a la sala.

—¡No, nada de eso!, dijo Eloy.

Era que el hijo era un carajo, demasiado pichirre, y pegó un grito cuando la vieja le pidió que le comprara un papelón en la bodega de Anastasio Muñoz. Pero también oyeron cuando la vieja dijo:

—¡Lo que me provoca es echarle esa plata a los burros!

Y el Pichirre escuchó y ahora menos dormía, y ¡comía arriba de la plata!

La vieja le pidió una conserva de coco, y el pegó el grito, pero esta vez, más grande.

—¡Ay, hay, ay, ayyyyyyyyyyyyyy!

La vieja habló:

—¡Acabamos con ese cipote! Quién lo manda a sé pichirre. ¡Ese es un Diablo! ¡Una mavita de gente! No orina para que la tierra no chupe.

Cuando está amaneciendo, le pega un hambre tan grande. Y le quita a los burros el único mango que habían guardado para el camino. Él se para en una mata de caruto y desmonta el oro y la plata. Cuando los burros se sintieron libres, se le pararon:

—¡Mire cámara, vamos a arreglar cuenta! Usted nos debe diez años de trabajo, con horas de sobretiempo.

Al pichirre le sorprendió todo aquello, unos burros hablando como él. Y otro que le cobraran tanta plata. Agarró el chopo y les cayó a plomo.

Los burros pegaron la carrera. Y Pedro le dice a Eloy:

—¡Debimos ser más inteligentes!

Pero ya estaban lejos. El pichirre no encontraba qué hacer. Y cavó un hueco bien profundo y enterró los reales. Y le sembró una semilla de mango al lao de una mata de caruto como señal. Pero de tanto trabajar enterrando los baúles quedó débil. Pero un hombre que no come y está en el hueso, ¿qué le puede pasar? Intentó correr y no pudo. Se murió. Con la única alegría de que solo él sabía dónde estaba la plata enterrada. Los zamuros llegaron y se lo comieron. Y uno de los zamuros le dice a otro:

—Esta carne es puro pellejo. Es amarga, igualita a la de la vieja que nos comimos ayer. ¿Serán familia?

Los burros cayeron en manos de unos forajidos. Pasaron los años y se escaparon. Fueron a tener al mismo camino real. Y se acordaron de la plata. Buscaron y buscaron. Y no daban con el sitio. Se pusieron a revocarse debajo de la mata de caruto, que había un polvero. Y les cae un mango encima, y se acuerdan. Y le dice Pedro a Eloy:

—¡Este es el sitio!

Escarban y escarban, y encuentran los baúles. Y Eloy le dice a Pedro:

El cacho del burro en un carnaval llanero

A los cuenteros los salva Dios y a los embusteros también, aunque a la larga es lo mismo, decía don Anastasio Contreras en el río La Portuguesa. Y tenía razón, porque por un tris la estaba contando. Porque en la vida hay cosas que son y no son. Yo nunca me pude imaginar que por un cacho popular sobre el burro Eloy y el burro Pedro estuviéramos a punto de perder la vida. Es que esto se cuenta y no se cree:

Eso sucedió aquí mismo, en San Carlos de Austria, un 20 de febrero. Para ese entonces celebrábamos los carnavales del año 57. Muy bonitos, por cierto. Eso era un gentío en esos desfiles, que eso daba gusto andar por la calle real. ¿Y las mujeres?, pura bellosura. Lindas, muy lindas, cará. ¿Y la reina?, ni se diga.

Pero no faltaba un echador de vaina, vestido de negrita que se burlaba de los demás hombres. Pero cuando lo descubrían, tenía que irse del lugar, porque lo buscaban para matarlo o para enseñarlo a respetar.

¡Cará, era recio! Todo aquello era recio de verdad.

Uno, por el gobierno, y otro, por el honor de los hombres. Los muertos en las afrentas por honor no se pagaban. Y si un hombre desafiaba a otro, iban a la afrenta. Y si ninguno salía herido en la refriega se daban la mano y más nunca tocaban el tema. A eso le decían enterrar los rencores para siempre. Muchos terminaban siendo compadres.

Eso sí, menos los irrespetos amorosos. Jugarse una mujer era una afrenta que se pagaba con la muerte.

Para ese entonces estaba mandando Marcos Pérez Jiménez, un hombre recio con los políticos. Pero los políticos tampoco eran comía e' viernes. Ellos aprovechaban las fiestas para cruzarse señas. Siempre vivíamos con las garantías suspendidas. Y eso quiere decir que a uno lo pueden detener en cualquier lugar, sin reniego y sin aviso.

Esta historia me la refirió Raúl Hernández, quien era coplero de los buenos y le llamaban "El quita pesares", porque cantaba como un pito. Y el hombre del problema se llamaba Rosendo Vázquez, un hombre echón, que se las tiraba de más que los demás. Caía pesao el hombre, pero tenía poder. Tanto poder, que el que caía en sus manos no sabía si regresaba con vida. Era malo, malo de verdad.

A ese hombre le tenían el apodo de El Burro. Y en muchas calles y paredes escribían el nombre del Burro. Él venía de otras tierras, y con la dictadura, de la noche a la mañana, andaba en un Ford 54, nuevecito. No salía del mocho Eriberto, haciéndose trajes. ¿Y las mujeres?, lo veían como mandón. Y la gente le decía el Burro, porque no sabía leer, ni escribir. Y era burro para muchas cosas, hasta para mandar.

Porque cualquiera podía manda sin saber. ¿Por qué?, ni para qué... Eso son los mandones peligrosos, pretender que todo lo saben. Yo también soy analfabeta, pero ni me la echo, ni irrespeto a nadie. Porque la honradez es el tesoro más grande del hombre. Y eso es de sabio.

Ese cacho lo contaba muy sabroso mi hermano, el Manco Tarazona, y por él fue el problema. Lo contaba con tanta alegría como lo hacía Heriberto Vidal, el mismo, de allá, de Libertad de Cojedes. Recuerdo que llegamos a San Carlos en el año 1939.

Para ese entonces, yo formaba parte del elenco de Ángel Custodio Loyola y Pedro Emilio Sánchez, era telonero, así nos decían a los que cantábamos antes de los

principales. Imagínense ustedes. Teníamos dos elencos y cuatro carros para cargar instrumentos y artistas. Era Loyola, solamente él podía hacer eso.

Aquella fiesta fue en el Bar Los Ranchos de la calle Bolívar, que para ese entonces estaba atendido nada más y nada menos que por Candelario Medina y Juan García. Imagínense ustedes, unas glorias de gente y de hombres. Y el Bar Bolívar en la calle Alegría, atendido por los Herrera y los Acuña. No había pérdida. Eran unas fiestas muy buenas.

Esa noche no cabía un alma en esos salones. ¡Y cómo!, “un carnaval llanero”, amenizado nada más y nada menos que por José Romero Bello, su conjunto y Cándido Herrera. Dos elencos de respeto en todo el llano. Pero también la Seguridad Nacional vigilaba y miraba a quienes entraban y salían. Y a los que andaban con máscaras los metían para un cuartico. Fueran hombres o fueran mujeres, para mirarle la cara.

Cará, había que andar derechito, porque imagínense ustedes, caer en manos de la Seguridad Nacional, eso era algo serio y peligroso.

Todos estábamos de punta en blanco. Teníamos dos elencos, uno para que actuara en el Bar Los Ranchos. ¿Y el otro?, en el Bar de la calle Alegría. Y en todos cantaban Ángel Custodio Loyola y Pedro Emilio Sánchez, que eran las estrellas principales. Los teloneros y cacheros actuábamos entreveraos, entre los cantantes, o comenzando el festivo.

Tarazona, echó el cacho de los burros. Y ese cacho le gustó mucho a la gente que estaba en el Bar Bolívar, y se vinieron para el Bar Los Ranchos aquel gentío. Aquí y allá. La gente se moría de risa. Hubo mujeres que se orinaron. Pero se orinaban de risa, porque nosotros no nos habíamos dado cuenta que allí en la fiesta estaba el Burro. Bueno, nosotros éramos cacheros y no teníamos

que darnos cuenta de nada. Ni sabíamos que en el Bar Los Ranchos se encontraba ese señor que le decían el Burro, y que era de la Seguridad Nacional.

El arpa se va con la chipola de lao y lao, por los aplausos. Nada más y nada menos, que de las prodigiosas manos de José Romero. Y decían:

—¡Que salga el Burro, el Burro! Queremos el cacho del burro Eloy y el Buro Pedro. ¿Y ese Burro como se llama?

Eran risas y risas. Y hasta pidieron un aplauso para el Burro como de una hora. Una verdadera fiesta. Tarazona no encontraba dónde meterse, cuando se enteró que allí estaba el señor del gobierno. Al hombre no le gustó. ¿Y a quien le va a gustar? Fue derechito a reclamarle a Tarazona. Y nosotros evitando, porque evitar no es cobardía.

—¿Por qué usted echó ese cacho?

Y Tarazona le responde:

—¿Cuál cacho?

—¡El cacho del burro!, ¡Usted me está diciendo burro!

—¡Yo no lo conozco a usted señor! Y cuanto más, ¿cómo voy a saber que a usted le dicen El Burro? Y agarra el parlante y le pregunta a la gente:

—Este señor me está acusando de qué yo le dije Burro. ¿Ustedes saben que a él le dicen el Burro?

Y la gente atizadora gritaba:

—¡El Burro, el Burro, el Burro! ¡Que salga el Burro!

Y se abrocharon a pelear. Pero el hombre también llevó. En eso viene entrando el Gobernador. El hombre viene furioso hasta donde estamos nosotros a darnos o a llevarnos presos. Pero cuando ve al Gobernador se para en seco, cará, yo me digo: ya me van a ensuciar el liquiliqui. Y le dice a Ángel Custodio Loyola:

—¡Usted se salva, porque mi mujer viene a bailar con usted! ¡Y yo voy a la casa a buscarla! ¡No se mueva! ¿Qué

hace pué? ¡Cántele “La catira” al señor Gobernador! ¡Un aplauso!

El anunciador, que era Isidro Urbina, alumno del padre Seijas y Columba Méndez Dorante, anuncia lo que pide:

—Y con ustedes, para el señor Gobernador y su señora esposa, el joropo “La Catira”, en la voz altanera de Ángel Custodio Loyola.

La dama que acompañaba al Gobernador era una catira muy hermosa y acaudalada. Ella se sintió demasiado afortunada. Pero cuando Loyola termina el corrido que dice la copla:

*De catiras no me digan
yo tuve cuatro docenas
y de las cuarentiocho
ninguna me salió buena.*

Todo el mundo se quedó en silencio, porque esperaban que la Seguridad Nacional se los llevara presos a todos. Y el Gobernador dijo:

—Bueno, ¿esto es un velorio o una fiesta de Carnaval? Aplaudan y que arranque el baile de gala.

José Romero Bello se zumbó con un “seis por derecho”. Y desde ese día más nunca se volvió a hacer la cuentería en ese lugar. ¿Y cómo?, en plena dictadura. Una, porque los cuenteros parece que se los tragó la tierra. Y del cacho del burro no se habló más. ¿Y ahora?, no. Otra de las razones es porque ya no existen Los Ranchos, ni el Bar Bolívar.

Y al Burro lo enterramos ayer. Y en el cementerio le contamos ese cacho que ya es una leyenda.

Pero valiente fue Tarazona, imagínense ustedes, meterse con un Guardia de esos, carajo, es que se cuenta y no se cree.

Loyola, Tarazona y yo nos volvimos a encontrar en las navidades de ese año, y fundamos la Parranda Oscura, pero esta vez nos perseguía don Pantaleón García, quien era Prefecto porque no habíamos sacado el permiso para cantar parrandas:

*Si canto con mi parranda
don Panta nos va a arrestar
por qué no arresta a los gallos
que lo que hacen es cantar.*

Informante: Raúl Hernández.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Hato Judibana, San Carlos, edo. Cojedes, 2006.

* *Isaías Medina López: Anotaciones sobre el cacho llanero*

El cacho, también llamado caso, historia, pasaje, o relato folclórico, se adscribe a la llaneridad. En él se aprecia una real transmisión de símbolos e identidades colectivas. Por lo general, enfrenta a personajes (seres comunes y corrientes) con diversos aprietos. Parte de un motivo real (el hambre, el extravío, un acecho) que se une a otros conflictos (el miedo, la falta de armas, la fatiga), y se exageran hasta trazar un argumento o cuadro del cacho, cuyo despeje instantáneo y genial (giro del chacho), brota del mismo personaje o de un regalo increíble, capaz de llevarnos a profundas reflexiones metafóricas y simbólicas. No es un simple relato étnico-campesino, es un cuestionamiento cultural y significativo de la realidad que burla los linderos entre lo cotidiano y lo insólito.

El día que miré al Espanto

Para Nelson Montiel Acosta.

Casimiro Aldasoro era el dueño del Fundo “La Porfía”, un pedazo de sabana que comenzaba en Santa Cruz del Amparo y terminaba en La Portuguesa. Ese día a él lo despertó un olor a serpiente que traía el viento, y el sonido de unos árboles en derrumbe.

Fue a la barranca del río y miró que venía una creciente muy grande. Aquello era un borbollón de agua dando vueltas que daba miedo.

Era barro de verdad. Y como pudo, echó a correr por el morichal, pero había tanta agua que se enredó y se cayó.

En eso, todo se le puso oscuro. Y miró que salía de esas aguas pantanosas una mula con dos baúles cargados de oro. Aquello brillaba. Era oro, oro de verdad.

—¡Que vaina tan rara es esta!

Eso lo dejó paralizado. Y tuvo suerte, porque hay otros que han quedado entumío para toda la vida.

Él cerró y abrió los ojos varias veces. Tratando de entender lo que estaba mirando, de repente, la tarde se le volvió noche.

—¿Qué vaina es esta?

No entendía nada. Y, ¿quién puede entender esto? ¿Unos hombres saliendo de un pozo de barro? Eso es increíble. ¡Sí, de ahí no sale nadie vivo! Después escuchó una grisapa, como las periqueras de Luis Lozada “El Cúbiro”. Vio que fueron saliendo del agua un arreo de ganado: toros, mautes, novillas y becerros bramando.

—¿Qué vaina es esta que estoy viendo?

Ahí sí es verdad que el hombre no hallaba qué hacer. Y siguió mirando.

Después miró a varias mujeres con un hombre ensombrerado que salían de ese mar de agua. Unos músicos con arpas, bandolas, cuatros y maracas, que también salían de ese barrial. ¿Cómo entenderlo? Es que se cuenta y no se cree.

Eran figuras de barro que salían. Y se pararon en las palmeras. Parecían estatuas.

Al cabo de cierto tiempo, estalló un trueno. ¡Un trueno! Y una centella partió una palmera en dos pedazos. ¡Por poco y no la cuenta!

El agua arreció. ¡Ave María Purísima! ¡Qué aguacero tan grande! Él estaba empapado. Temblaba de pie a cabeza. Tenía miedo. ¿Y quién no?

El aguacero les fue quitando el barro a los que salieron del río hasta que quedaron limpiécitos, y se pusieron a asolearse con el sol de la tarde. Parecían venados, esos venados en los chubascos de noviembre. Quedaron sequitos.

Y limpiaron los instrumentos. Los afinaron, como si no hubiese pasado nada. Al cabo de una hora, estaba prendía la fiesta en el palmar de Las Mercedes del llano que llegaba a Arismendi y se escuchaba en Santa Cruz del Amparo. ¡Una fiesta, lo que se dice un festivo de purita verdad!

Bailaban sabroso aquellos cipotes. Él no se había movido. Ni ellos se habían dado cuenta de que él los estaba mirando. Para todos, esa fiesta era un secreto.

De pronto, se escuchó un tronío en el cielo. Era una carreta con seis caballos que descendían a la tierra. Y bajaba un muchacho jovencito.

Los músicos hicieron un compás de silencio. Él se desplazó y fue hasta la orilla del río. Todos se reían. Y de

nuevo empezaron a tocar un “seis por derecho”. Estaban alegres. Pero no hablaban.

Allí fue cuando a Aldasoro le dio un fuerte dolor. Sintió que algo se le reventaba por dentro. Y también pensó que la música ocultaría sus graves sonidos. Y aprovechó para desahogarse. Aquello que salía de sus entrañas no era un trueno, pero se le parecía.

La carreta y el muchacho se fueron al cielo. Y las mujeres, el hombre, las vacas, la mula y los baúles de oro se fueron al río. Se hundieron en ese mar de agua.

Y empezó a crecer el río y se salvó, porque llegó nadando a Santa Cruz del Amparo.

¡Ave María Purísima! Cuando le preguntaron que:

—¿Quién te salvó, embustero?

Él alcanzó a decir:

—Yo mismo.

Y cayó desmayado en la casa de Julio García. Él contó lo sucedido. Y como siempre, nadie lo creía. Y todos fueron al río. Y el río estaba normal. Pero sí vieron a un hombre en un bongo que venía subiendo sin palanquero y sin palanca. Alguien llevaba aquel bongo. ¡Y se les pararon los pelos de punta! Y desde ese día dejaron de decirle embustero.

Informante: María de los Ángeles Sequera.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Fundo Las Siete Leguas. Guadarrama, edo. Guárico.

* *Yarisma Unda: Creencias en la cultura llanera*

En los antecedentes de la religiosidad llanera encontramos lo relacionado con la práctica del culto a las ánimas, que en las comunidades indígenas de esta región se realizaban y aún hoy día se mantiene. En el estado Apure, la etnia Pumé (Yaraura)

tiene una cosmogonía que contempla la existencia de espíritus de Kuma (Kumatsio): espíritu del cielo; Ande sara tsio: espíritu de la tierra, que constituyen entidades curativas para quienes les invocan en cualquier circunstancia de la vida, bien sea por propia cuenta o por intermediación de otros. Existen, además, los espíritus guardianes, susceptibles de intervenir contra los hombres que han cometido una trasgresión o imprudencia. En la sabana abierta, el dominio es de Ciri Aname, concebida como un alma perdida, caníbal y errante, y puede tomar forma de bola de fuego que atemoriza a la gente y es dueña de los animales. Otra categoría es la de los espíritus malignos, conocidos como Yarukas, que se suponen invisibles y vagabundean por la tarde.

* *Roger Herrera: Apreciaciones literarias sobre este cacho*

Lo que plantea el poeta Suárez Hermoso, en la vida real puede pasar. Porque la vida del llano está plena de historias que parecen mentira. Y la mentira no es una falta de palabra. Es algo más: es un reto. Nadie puede dudar de otro, porque eso que le pasó a Aldasoro en el cacho, a cualquiera le puede pasar. Porque la llanura está llena de caminos de muertos, espantos y aparecidos. Por eso, si usted va por un camino solitario, se le paran los pelos de punta y siente escalofrío, cambie de tranquero, porque usted está en un camino de espíritus. Aldasoro no andaba buscando espantos. Ni los espantos lo estaban buscando a él, sino que dejaron abierta la puerta del cielo, y él tenía el don de ver. Tenía permiso, o como dice Alberto Arvelo Torrealba, cuando el Diablo le dice a Florentino: “Vaya poniéndose alante, pa’ que en lo oscuro me vea”. Y eso fue lo que pasó. Igualito le pasó a Patricio en el Samán de Apure, que se le apareció el Espanto de la mochila de hueso, y jura y perjura que la escucha en la noche profunda. Esas son las verdades del llano.

La burra de Mencha Linares

*Para Iris Villamizar
y Roger Herrera Rivas
pariente de Pancha Duarte,
El Ánima de Taguapire.*

Este es un cuento de purita verdad. Y el que no lo quiera creer, que vaya a Guarda Tinajas y le pide a don Santiago Rojas que le cuente la historia de Mercedes Linares, conocida en el Guárico, Cojedes y Apure como Mencha Linares, la hembra que no duerme y despierta al vecindario con alegría:

Mencha era una vieja cuentera, muy alegre y buenamoza, icarajo!, que nació en Santa María de Ipire. Tenía ochenta años y parecía que estaba entrando a los cuarenta. ¡Qué mujer tan bonita, carajo!

Resulta que un muerto que vive en los Esteros de Camaguán se enamoró de Mencha Linares. Tan enamorado, que un día se le apareció en persona. Aquí, allá y en todas partes. Aquel hombre tan apuesto, aquel liquiliqui punta en blanco, aquellas botas y aquel sombrero. Era un hombre de muy buena presencia y acaudalado. Con decirles que se vestía mejor que El Ruiseñor de Atamaica.

—Aquello estaba mi amor, decía Mencha Linares.

Él se le acerca, y ella le muestra una pierna más allá de la rodilla. ¡Carajo! Mostrarle aquello al hombre, y el hombre volverse loco fueron dos cosas igualitas. Es que

cuando la pólvora tiene mecha y se le arriman la candela, ¡carajo!, la explosión es segurita. Aquella batata hacía que el muerto se saboreara con gusto. Se montó en el techo, en los árboles, estremecía las matas de coco. Y ella se sentía también una muchachita de quince. ¡Carajo! ¿Y qué mujer halagada no se siente de quince?

Ella se le acercó con ganas. Tenía muchas ganas esa mujer. Estaba resuelta y ustedes saben que ella tenía ochenta, pero, como no había parido nunca, se sentía de quince.

Pero muerto es muerto. No jombre. Y es maldad, es maldaita...

*Y es maldad que el pollo pille
gallina no tiene teta
morrocoy no sube palo
ni cachicamo se afeita*

*Mono no come chinchurria
tampoco come paleta
toda vieja que es risueña
salta y brinca la calceta*

*Y si la mujer decide
la garganta no es reseca
es como la flor de bora
siempre verde y siempre fresca.*

Y el muerto cuando se sintió comprometido no quiso pasar la vergüenza de la falta de hombría, porque valor tenía... pero acariciándola con un hueso, ieso no puede sé! Una hembra, es una hembra. Y lo que quiere es amor del bueno. Mire, es que ni con mil curitos

espicillaos el muerto se revive. Y decir que sí es mentira de verdaíta mesma.

Resulta que para esconder la pena el muerto le regala un baúl de morocotas, pero con la condición de que ande con la plata por el mundo, pero que nadie se la mire o se lo imagine. ¿Ustedes han visto? Era un gran bellaco ese muerto.

Un muerto bellaco. Porque el día que eso suceda la fortuna se le desaparece a la mujer. ¿Y dónde queda ella? Hum, en ninguna parte. Y que él la iba a vigilar y a cuidar. Pero lo que no sabía el muerto es que con la mujer, ni el Diablo pudo.

Ella pensó:

—¿Cómo hago para quitarme este carajo de encima?

Pero toda mujer es muy inteligente, ¿Y esta?, con ochenta años, no estaba acostumbrada a perder. Pero reconocía que era la primera vez que tenía trato de amor con un difunto.

Agarró el baúl de morocotas y se lo montó a la burra. Y el muerto ahí. Pero se notaba que era plata lo que ella llevaba. ¿Y el muerto?, esperando que ella se equivocara para recuperar su fortuna. Ella llegó, buscó un morral y lo fue llenando de morocotas y tuvo tres días a la burra sin comer. Lo único que comía la burra, eran morocotas. Cuando ella se dio cuenta, a la burra le gustó tanto la plata que se había comido todo el baúl y estaba pidiendo más.

Parecía que se las había tragado la tierra. Es más, le dejó el baúl al muerto en el camino real. Y el muerto tuvo que aceptar que la mujer lo había vencido.

El muerto pasó de rico a pobre, ¡Quién lo manda a sé pendejo! Cuando se vio sin medio, y con una mamera de gallo tan grande, porque ahora le decían:

—Mi amor, el tuco. Y el tuco pa' aquí, y el tuco pa' allá.

¡Nada! El muerto se fue al cielo. Y de allá lo sacaron a palo limpio. Él quería que Mencha se muriera para heredar los reales que le había dado. Porque le juró a San Pedro que se había enmatrimonioao con ella.

—¿Ustedes han visto?

San Pedro le dice:

—¡Lo que se da en la tierra, se queda en la tierra!

Bueno, no consiguió nada. Y fue a visitar al Diablo, que estaba, por cierto, muy ocupado en una guerra de esos países. Y tenía la encomienda de hacer que se matara mucha gente. Lo mira de arriba a abajo y le dice:

—Hijo, si yo tuviera tiempo...

El muerto se quedó esperando una palabra de aliento del Diablo. Y concluye, después de un largo silencio:

—¡Te volvería a mandar al infierno, por pendejo! ¿Tú no sabes que aquí se necesita tener plata? Aquí hay muchos servicios que pagar. Esos que tú ves allá afuera, aquellos, vienen a pagarme la guerra que armé. Yo lo que puedo hacer por ti, mínimo, mínimo, es ponerle un carajito jovencito a la mayora, para que la vieja se vuelva loca.

Y le dice el muerto:

—¡No, será peor, se va a casar con él! Mira papá, tú no la conoces. Esa vieja es muy caliente. Y allí si pierdo todo. ¿Quién puede contra un casorio? ¡Nadie! ¿Pregúntale a Santiago Rojas lo que le pasó con la Viuda millonaria?

Le dice el Diablo, mirando el mapa del mundo:

—Pero ese tesoro tuyo no existe. Mira, se perdió su registro. Yo creo que usted se envainó cámara. No existe, vamos a ver por aquí. Si está, está en el vientre de un animal. Y eso si es sagrado. ¡Yo creo que usted se envainó cámara!

Salió triste del infierno. Y fue a visitar a la Muerte. Y ella le dijo:

—Es una burra, pero no tiene ni día, ni hora para morirse. ¡Mire! Y le mostró un papel en blanco. Yo no puedo hacer nada. Lo siento mucho, ven en diez años.

El muerto salió de allí y habló con Mencha. Y ella le dijo que lo único que podía era darle una mojadita de aquello. Se la mostró. Y le dijo:

—Esto también es oro.

El muerto se quedó llorando, y ahora sale pidiendo plata desde los Esteros de Camaguán a Las Galeras del Pao. En vez de dar es un muerto que pide.

La vieja negoció el fundo de Casimiro Gutiérrez con una plata que ella se había guardado en la fruta. El muchacho la entendió. Ni lo contó. Y lo guindó en un cuarto oscuro. ¿Y en un cuarto oscuro, qué es lo que no pasa?

El muerto llegó, pero los reales no estaban a la vista. No pudo hacer nada. Y la siguió. Ella llegó al Fundo de Vidal Colmenares con la burra Pánfila, porque así la llamaba.

Nosotros habíamos notado que la burra no se movía. La paró entre el tranquero y el corredor, donde se hacen los negocios en el llano. Y le dice a Vidal:

—Te compro esa mancha de ganado. Esos quinientos mautes me gustan, chico. Y tú estás como para jugarte mi fortuna.

Y él le responde pero con duda, la miraba de allá, para acá:

—Se lo vendo figureado. Toro que salta el tranquero, fuerte al sombrero.

—No te preocupéis, mi amor, que lo que me sobra es plata. Recoge el ganado.

Y le vuelve a decir a Vidal:

—Pero yo quiero ver, como San Agustín.

—¿Te sirve oro?

—¿Qué tipo de oro?

—¡Morocotas!

—Bueno, vamos a vendérselo al bulto, por arroba y punta de jarrete.

—¡Así me gusta! ¿Cuánto? Pero es que estás demasiado, mi amor.

—¡Cuatrocientas morocotas!

—¡Va! ¡Pero tenei que buscarme un cuarto oscuro, donde quepamos la burra, usted y yo!

Este negocio es entre tres.

Así lo hicieron, ella le pidió a Vidal una camaza. Y él se la trajo.

—¿Dónde vas a poner la plata?, le dice Mencha. Una camaza son 100 morocotas ¿Quedamos?

Y él asienta.

Ella le rasca la barriga a la burra y la burra empieza a llenar las totumas.

—¡Cien morocotas es medio kilo de oro, más medio kilo de cagajón es un kilo!

—¿Entendió?

Vidal asistió:

—¿Dónde se lo hecho?, él le dice:

—¡Póngalo en ese baúl!

Y ella le dice:

—Lo voy a poner en el fondo. Y le ponei la plata arriba, tu vai a vé como se te va a multiplicá.

Y se le cayó una morocotica, y le dijo:

—Regálame la terecaya que vi allá afuera, tráela que te voy a dar un regalo.

Agarró la monedita y se la dio a comer. Y cuando salió del cuarto, la burra iba livianita. Volaba. Agarró la terecaya y la dejó en la quebradita. ¿Y el muerto?, no supo qué hizo con los reales. Pero sabe que en la tortuga está su fortuna. Y allí está tirando anzuelo, a ver si la pesca.

Mencha vendió los mautes. Y cuando pasó por los esteros de Camaguán le dejó al muerto una monedita de plata de su tesoro como postura. Y a la burra por esconder ese poco de oro, ahora todos los días viste de limpio y tiene un potrero verdecito para ella sola.

Informante: Sael Ibáñez.

Colector: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Casa de la cultura, Valle de la Pascua, edo. Guárico.

Transcriptor: Danilo Mauricio Robinson

La noche de Mencha Linares y la gran cuentería de Valle de Pascua

El día de esta conversa, le decía Natalio Antonio Sánchez, pariente del ánimo, en la casa de la cultura de Valle de la pascua: a quién Dios se lo da, San Pedro se lo bendice.

Mencha nació enmantillada, pero también nació con sájita y deseos de vivir. 120 años vivió. Y todavía podía con una camaza de agua. Nació sin flojera. Y nos decía:

*Si usted quiere comé fino,
acérquese acá al fogón,
donde hay pisillo e chigüire
y un caldero e' chicharrón.*

Y así como el muerto de Camaguán se enamoró de ella, hay muchos muertos en esa llanura guariqueña que se enamoran y tienen plata. Y el que atravesase solo el Estero de Camaguán en plena luna llena, ¿no va a buscar novia? Sí, eso es hermoso. Y, ¿quién no va a buscar una compañera en esa soledad de Calabozo a San Fernando, San Casimiro o Parapara de Ortiz? Es que hasta los muertos de allí se vuelven a morir de tristeza. Porque eso es muy lejos. Pero no por mucho madrugar amanece más temprano. Yo creo que Mencha se metió a vivir con ese muerto por soledad.

Ese día, recuerdo que habían hecho una ternera enterrada, y salieron muchos cuentos a relucir. Hablamos de Pancha Duarte, la de allá, la de Santa María de Ipire. De Domingo Antonio Sánchez, de aquí, de Valle de la Pascua. Del Apureño, el Coronel Cornelio Muñoz. Y llegó un cuentero que le decían Rubito, quien nos dijo que Pancha

Duarte llegaba siempre con una botellita de aguardiente y le decía:

*Ya llegué
y aquí estoy
al que me lo pida
no se lo doy.*

Y nos dijo que el primer milagro que hizo el ánima de Taguapire fue recogerle el ganado a un hombre que lo llevaba a vender a Barcelona. A ese hombre se le esgaritó esa mancha de ganado en esa sabana. Ya lo daba por perdido. Y él llegó al pie del Taguapire, allí, en Santa María, donde está enterrada Francisca Duarte, y le pidió y se comprometió con ella, y le ofreció ponerle una vela de regreso. Y cuando él pasara por ahí, otra. Y así lo hizo. Y allí está su gran palacio, en Santa María de Ipire, de tanto milagro que ha hecho. Igual que el ánima de Picapica, la que está a la entrada de aquí, de Valle de la Pascua. Esa es milagrosa. Y más aún, ustedes están en una tierra prodigiosa, en un cruce de caminos. Tierra buena para hacer pactos con los espíritus. La tierra del Ánima de Picapica, Taguapire, Julio Miranda, Ángel Custodio Loyola, Domingo Antonio Sánchez y Juanito Navarro. Buena tierra y buena gente. ¿Quién no le debe una vela a estas ánimas? No se paren, que ya va a está la carne, y ahora es que hay noche, y con truenos en la distancia, es que la cuentería se anima.

Informante: Natalio Antonio Sánchez:

Gran asador de ternera en las sabanas guariqueñas.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Casa de la Cultura de Valle de la Pascua, 2003.

Aquellas morocotas de Hato Paraima

Para Flora Ovalles.

Este es un cuento de pactos extraños. Porque el pacto es una conveniencia, pero cuando es obligado, no lo es. Esta historia me la refirió en una conversa Amado Lovera, en el fundo Los Bagres, de Emiliano Gutiérrez, y un pariente suyo que ayudó a levantar ese Fundo, y que no le gustaba que le apuntaran el nombre en ninguna parte porque le trancaban la suerte:

Resulta que Eleuteria Gutiérrez llegó a las sabanas de Paraima en la época de Gómez. Y venía huyendo del General Ramón Guerra, quien perseguía a todo aquel que fuera amigo del General Luis Loreto Lima, el hombre de las cinco L.

Su marido y gran amor murió en la Mata Carmelera. Era liberal y amigo de Arévalo Cedeño, Pedro Pérez Delgado y Alfredo Franco, una carpeta de hombres de verdad. No se les aguaba el guarapo para cazar una pelea contra el gobierno gomecista, y Gómez sabía que eran hombres peligrosos.

Ella llegó a esa sabana con una mano alante y otra atrás. Pero los amigos de su esposo, que también estuvieron en la guerra, le ayudaron a levantar esa casa muy grande, para que viviera con su hijo, que estaba muchachito por cierto, en esas soledades entre El Baúl y Calabozo. Pero muy alejada de la guerra. Lo más cercano que le quedaba era San

Miguel de las bocas del río Cojedes y había que caminar seis horas y cruzar el cerro.

Cuando pasó Arévalo Cedeño por Paraima venía perseguido por la Guardia Negra del General Gómez. Ellos llegaron, la saludaron y pasaron la noche allí. Pero le dejaron, papelón, café, carne seca, queso, maíz, quinchoncho, frijol y un fuerte de plata buena, una moneda de 5 bolívares que le había mandado su difunto esposo.

Ella era una mujer muy valiente. Yo pienso en esa mujer y me imagino a la madre de Maisanta, a Bárbara Sarmiento, mi comadre. ¡Qué mujer! Lo cierto es que pasó el tiempo, y la mujer solita, sembrando y pescando. Así llevaba la vida.

Los que pasaban por Paraima le dejaban algo. Y los pretendientes cuando le preguntaban que si tenía marido, ella le respondía: todavía lo sigo esperando. Porque los hombres buenos se esperan. Era una mujer de temple.

Los azules se fueron Arauca arriba con Alfredo Franco, Mendible y Qujá e' plata. Y ella se quedó esperando, ingrima y sola. ¡Eso conmovía al más duro de corazón! Le dio por tumbar un conuco y lo tumbó.

Cuando un día está limpiando unas maticas de caraotas, que ya estaban llenitas de virutas, se le aparece un hombre alto y ensombrerado que desmonta de un hermoso caballo y le dice:

—Si usted quiere podemos hacer un trato.

Ella lo miró de arriba abajo y le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Un amigo suyo.

—¿Usted es mochista?

—No, yo soy el hombre más rico de Paraima. Yo te quiero ayudar. Tú tienes una moneda grande, un fuerte, ¿cierto? Yo te he seguido los pasos. Tú eres la elegida. Te voy a traer un ganaito, y una gente para que te haga los corrales. Pero eso sí, usted va a estar encerrada tres días.

No va a ir a donde ellos están trabajando. Ni les va ofrecer agua, ni café. Usted se va a quedar encerrada en la casa por tres días. Los días que van a necesitar mis hombres para traerte los animales y hacer los chiqueros y corrales. No te preocupéis, que la comida te va a sobrar, y ni siquiera te vas a dar cuenta de que el tiempo pasó.

Y así lo hizo. Era una mujer de temple.

Amaneció al cuarto día con animales, corrales, gallinas. Con cochinos, patos y gansos. Y un cuarto lleno de maíz, caraota y frijol.

Ella se sentó aquel día con su hijo entre las piernas, saboreando una felicidad que no comprendía.

El hombre llegó como a las nueve y la encontró tomándose una taza de café. La encontró feliz, y pensó que ese era el momento para fijarle el compromiso. Porque ella era la elegida y tenía que pagar.

Ella le dice muy decentemente:

—Lo estaba esperando, señor. Me imagino, que todo esto ¿no es un regalo?

—Sí y no. Lo es, porque te lo estoy poniendo a tus pies, para que te olvides de las amarguras del mundo. Solo que usted tiene que hacerme todos los años una fiesta en mi honor. La fiesta más grande de Paraima. Si en San Miguel hay fiesta, y esa fiesta dura tres días, la de aquí tiene que durar seis. Porque yo te estoy dando todo para que lo hagas y seas feliz.

Ya es tiempo de que sepultes esa amargura.

—¿Y usted quién es?

Y se quedó mirando aquella postura de hombre, vestido de lino azul intenso como los mochista. Aquel era un hombre maduro y reposado. Ella le volvió la pregunta:

—¿Usted es el Mocho Hernández?

Y él le respondió, acariciando la crin de su caballo negro:

—No, yo soy Martín Albarán. Me dicen Mandinga desde hace mucho tiempo.

Tú tienes que matar el maute más hermoso. Buscar mucha leña y hacer una gran fogata.

Colocas toda su carne allí y el menudo de adentro debe hacer un gran entreverado. Y lo dejas que se queme completo. Cuando se esté quemando, le vas vaciando una caja de aguardiente de licores variados.

No te puedes comer ninguno de estos mautes. El día que lo hagas te mueres. Si quieren comer carne, deben comprarla. Todo lo que hay aquí es para admirarlo, para que todo el que pase admire mi creación. Pero no te entristezcas. Pueden vender de aquí y comprar allá, solo que cuando lo hagas, muestra la moneda que te dejó el difunto. El año que no hagas la ofrenda, es decir, la fiesta, el fundo se irá al suelo.

Ella aceptó con la cabeza baja. ¿Y qué hambriento no lo hace? Así lo hizo. Todos los años en el mes de noviembre le hacía la ofrenda: una fiesta grandísima. Llegaba mucha gente extraña, mujeres y músicos.

El Fundo pasó de la noche a la mañana a Hato. Imagínense ustedes, en menos de diez años llegó a tener veinte mil mautes. Era el Hato Paraima. Un señor hato en la llanura. Había comida para todos, hasta para los tigres.

La mujer fue guardando tanto dinero que llegó a llenar doce baúles de morocotas. Los tenía en un cuartico. Pero todas las noches venía el Misio a contarlas y a echarle más.

Era una fortuna muy grande la que había allí. Pero en vainas de negocios siempre hay alguien que se atraviesa, ¿Y ese entrépito?, fue el muchacho. Quien no entendía el: ¿por qué se le tiene que matar un maute todos los años a ese señor?

Él siempre se quejaba de la ofrenda.

—¿Y por qué no se podía comer un maute de los que ellos criaban?

Vivía remolón. Porque la gente le preguntaba y la madre le decía:

—¡No se puede Alberto, no se puede! ¡Ya sacaste la rabia de tu padre!

Él creció con ese rencor.

Un día la vieja salió a recoger unos mautes que se había esgaritao, y él no la quiso acompañar. Y la vieja fue sorprendida por una tormenta. Al caballo se lo partió una centella, y quedó tirada en la trocha y el ganado le pasó por encima. La encontraron a los tres días. Y allí mismo la enterraron en el camino del Hato Paraima. Vino mucha gente al velorio y al amanecer se habían ido. Nadie supo por dónde.

Como se acercaba la fiesta del hombre, fiesta que ella hacía todos los años, el muchacho agarró el maute más bonito, aquello era una bellosura de animal, lo mató y le hizo las ofrendas, solo que esta vez le puso tres arreos de mulas cargaos de aguardiente claro a la carne.

Todos se rascaron menos él, quien sacó el oro y cargó las mulas. Y al amanecer partió rumbo a Guadarrama.

Cuando llegó al puerto, venía un hombre en un bongo, río arriba. Se le paró al lado. Allí vinieron a hacerle negocio por las mulas, unas mulas muy bonitas, y se las regaló a un señor que iba pasando.

Porque ya no las iba a necesitar. Tenía mucha plata en esos baúles. Imagínense ustedes, siete baúles de morocotas. ¡Es una realá muy grande!

Y de pronto, el vio que el hombre iba volando con las mulas por la flor del agua.

Cruzaron ese caudal de agua, que va a tener al río Apure. Imagínense ustedes, tres ríos en uno, El Cojedes y El Tinaco. ¡Carajo! ¿Dónde estoy yo? Se dijo varias veces: Tengo que apurarme. ¡El hombre está cerca!

Porque él había visto a Mandinga.

—¿Qué hacer?

Le dijo al bonguero que le llevara la carga a Puesto Miranda que él la pasaría buscando por la bodega de Teodonia Méndez al caer la tarde. Él se metió a comerse un sancocho, y cuando voltea, ni el hombre, ni los reales estaban.

—¿Qué?

Se vino pal fundo donde había dejado una postura de plata. Y vio un gentío y se dijo: ¡Me están robando!

Apuró el paso. Ya estaba cayendo la tarde. Tomó agua en un manantial y siguió. Cuando llegó al Hato, sabía que estaba en Paraima. Porque miró la tumba de su madre. Pero el Hato no existía. Fue al cuarto, y encontró los tres baúles de oro, los sacó al patio. Aquello estaba íngrimo y solo. De pronto estalla un aguacero. ¡Un Aguacero, con truenos y centellas!

Él se sentó a saborear una taza de café. Y cuando pasó el aguacero, agarró dos caballos viejos y le montó los baúles. Y se dijo: ¡Está bien jodío ese carajo, si piensa que voy a sé su sirviente! Yo lo que tengo aquí es plata, y puedo viví muy bien toda la vida.

Y salió, pero esta vez, rumbo a Portuguesa. Cuando va pasando por Sucre, se para en la bodega de Florentino Meza y le pide que le sirvan comida y aguardiente, que el cambió de vida.

Bueno, comió y bebió. Cuando va a pagar, abre uno de los baúles para sacar unas morocotas. Mete la mano, jurunga, y lo único que saca es el fuerte de plata que le

regaló su madre, y que fue lo que le dejó su padre. Fue, pagó lo que se comió y bebió.

Vendió los baúles por 50 pesos. Y allí va con sus dos mochos de caballo. Lo único que le quedó del Hato Paraima.

Informante: Amado Lovera.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Calle Los Placeres, El Baúl, Girardot, edo. Cojedes.

Eladio Terife: En el paso real de San Miguel de las bocas del río Cojedes

Veníamos de Arismendi, de cantar una fiesta en el pesquero. Era ya entrada la media noche, y salieron los cuentos de caminos. Y dice Eladio, quien viene manejando:

—No se asusten si ven un espanto, porque estamos en su tierra y es la media noche. Mire, cuando usted va por el plan de Paraima, después de El Baúl, y si es a la media noche es mejor. Uno se encuentra con Mandinga, que es un hombre muy generoso. Él le ofrece parte de su fortuna a todo aquel que quiera venderle el alma. Muchos la han vendido para bebérsela en aguardiente.

Lo cierto es que allí vive Mandinga. Es un santuario de recuerdos indígenas. El lugar donde Federman realizó la más grande matanza registrada en la conquista de Venezuela, conocida como el reduccionismo. Allí se oye de todo, se mira todo tipo de gente. ¿Caballos?, ini se diga! Pero también el grito de Juanito González, el primer lancero del General Páez, en las Queseras del Medio. Se oye el grito de Arévalo Cedeño, de Luis Loreto Lima, el Indio Francisco Rangel, Martín Espinoza, o las doce fieras que acompañaron al General Ezequiel Zamora en la Guerra Federal. Allí hay de todo: lamentos, voceríos y risas. Y también mucho dinero enterrado. El llano es un misterio, y un sentimiento que me hace cantarle un corrido. Un señor no estaba sacando la mano, ¿lo vieron? Ustedes dirán que yo soy un hombre malo, que no me llevé a ese señor, que aquí hay puesto, dejar a ese señor en estas soledades, y con esa tormenta que viene. Ese es el Misio. Empiecen a rezar. Después lo vimos más adelante. ¿Lo vieron? Ahora viste de liquiliqui blanquito, recen

para que no se venga con nosotros. Y al miedoso lo dejamos en el plan de Paraima, a lo mejor mañana nos brinda.

Informante: Eladio Tarife, El Barbasco,

Colector: José Daniel Suárez Hermoso.

Transcripción: Ulrike Sánchez Pérez.

Lugar: El Baúl, Distrito Girardot, edo. Cojedes, 2006.

San Alvarado

Para Raúl Casal.

Hay cuentos de hombres malos y de hombres valientes también. Pero no hay cuentos de hombres puros y buenos. Porque muchos cuenteros piensan que eso son los cuentos de los hombres pendejos. ¡Y un hombre se respeta! Este es el cuento de un hombre puro y bueno, de un santo vivo. Porque hay cuentos de santos muertos. Y esos no cuentan en esta vida:

Saturno Arteaga aseguraba que había conocido a un curandero muy bueno, y que se le desapareció en la llanura de la noche en la mañana, en medio de una estera de muertos. Este curandero nació en San Rafael de Onoto. Y se fue a Genareño, la tierra de la Bola de Fuego, porque a él le gustaba su claridad para desafiarla. Era un hombre de valor. Por donde pisaba se apartaban las culebras. Era como bestia encabritá.

Era un faculto de verdad, ensalmaba gusanos en los maizales del río Cojedes. Y a los tres días usted lo que conseguía era la borra. Y curaba ganado y gente en las tierras de Barinas. Y hasta tiraos con plomo menudito, y a los tres días usted los veía enlazando ganao como si nada.

¡Era un hombre bondadoso! Si la gente no tenía qué comer, él le daba lo que tenía. ¡Y se quedaba así, sin nada! Si no tenía ropa. ¡Le daba la ropa! Si no tenía hamaca, ¡él se la daba! Así tuviera que dormí en el suelo. ¿Y si necesitaba un remedio?, ¡él se lo buscaba! Por eso los

hombres y las mujeres de los pueblos le decían: el gran faculto de la llanura.

La gente empezó a morirse de una enfermedad muy rara. ¡Se morían de repente! ¡El ensalmaba a la gente! Y no encontraba cómo curar esa enfermedad. Y se pregunta un día:

—¿Adónde irá tanta gente?

Y se le muere un compadre muy querido en las manos. Y la mujer quedó con ocho muchachitos. Él los recogió. Y se fue de casa en casa recogiendo gente enferma. Y se los llevó a un caney que tenía en la sabana.

Pero eran tantos los enfermos, hambrientos y desvalidos que todos los días tenía que hacerle un pedacito al caney. Y así llegó a tener un caney de dos kilómetros con gente adentro. ¡Ave María Purísima! Salía todos los días a buscar la comida para ese gentío.

Un día, hace una oración con tanta fuerza que estalló la piedra donde él estaba apoyado, y siente que se eleva, que se va volando en un manto sagrado. Ese mismo día, en sueños se vio con una aureola. Y después se miró en el espejo del río con un manto púrpura como el que cargaba Jesús en el huerto de los olivos.

Al día siguiente, siente que los panes se le multiplican. Porque llevó un saco de maíz y les dice a los muchachos:

—¡Hagan arepas para todos!

¡Y los muchachos encontraron siete sacos! ¡Se había multiplicado el pan, y ese día, llovieron pescados del cielo! Aquellos muchachos y aquel gentío, agarrando bagres de doce kilos, sardinas y caribes de tres kilos. Era el Dios de la abundancia que llegó a Genareño. Mucha abundancia. Y le dio comida a toda esa gente hambrienta. Y

por ese milagro le rezaban y le empezaron a decir San Alvarado:

—¡Ensálmeme este muchacho, San Alvarado!

Y ¡San Alvarado para aquí! ¡Y San Alvarado para allá! Todo el mundo conoce a San Carlos, San Timoteo. Pero, ¿San Alvarado? ¡No!

Le decían:

—¡San Alvarado! ¡San Alvarado!

Lo cargaban en hombros por todo el llano, porque había curado a un niño paralítico. Todo lo que tocaba lo curaba. Tenía gloria el hombre. Mucha gloria. Pero lo único que no podía curar era la muerte de repente. Pero él sentía que con su pureza se estaba acercando.

San Alvarado iba por toda la llanura curando gente y todo bicho que se moviera. ¡Y lo cargaban como a un santo! ¡Con sus cantos y alabanzas! Y hasta le hicieron unos escapularios como los de la Virgen del Carmen. Y esa algarabía era tan grande que llegó a los oídos de Dios, quien se molestó por la bulla celestial que tenían en la llanura.

—¿Qué bochinche es ese, Pedro?!

—¡Un santo, señor!

—¿Cómo? ¿Un santo? ¡Si quién dice si hay un santo o no soy yo! ¡¿Cómo se llama ese santo?!

—¡San Alvarado!

—¿San Alvarado?! ¿Quién decidió eso? ¿Tú?

—¡No, no señor, el pueblo!

—¿El pueblo? ¿Y de cuando acá, el pueblo decide las prerrogativas de los santos?

—Yo..., yo no sé señor. Ellos dicen que son la voz de Dios. Y que son su voz.

—¿Cómo? ¡Van a usurpar mis designios! ¡Vamos a ver si es un santo de verdad! O un impostor. Desde que se fundó el mundo estamos llenos de impostores. ¡Díganle al Diablo que venga! ¡Que lo necesito con urgencia!

Y se apareció el Diablo, bien vestido y perfumado. Era la primera vez, de cuando Dios andaba por el mundo, que lo mandaban a llamar. Y para darle potestad a la urgencia, llegó y se llevó a unos angelitos por delante. Y Dios que vio el desastre le dice:

—¿No sabe tener cuidado? Me haces el favor y te quitas ese perfume y esa ropa. Vas para un sitio que lo único que les gusta es el olor a sudor, a bestias de trabajo, a bosta de vaca.

Y le dice El Diablo a Dios:

—¿Para eso me mandó a llamar? ¡Mande a la muerte! A ella le gusta andar en la podredumbre. Le fascina su perfume. Habré visto, yo entre menesterosos. Yo voy para una fiesta y me vestí para eso.

Y agarra Dios un mandador y se lo sacude por el lomo:

—¡Gapata, usted va a ir a la llanura! Y me va a tentar al cipote ese que se hace llamar San Alvarado. Se lleva a un ángel, y que no me lo vea, y me escriben la historia de sus actos. Porque lo voy a llevar al tribunal. ¡Qué es eso de estarse jugando con la causa de los santos! Y sí entra en pecado mortal o venial el San Alvarado ese, me lo traen amarrado, que yo le voy a dar una pela con este mandador para que respete la santidad.

El Diablo pensó tentarlo como mujer. Y Dios le dijo:

—¡Déjate de estarte vistiendo de mujer, que aquí las únicas mujeres que hay son las santas, y son sagradas! Me haces el favor y me llegas como un hombre serio. ¿Qué va a pensar el San Alvarado ese de mí, del cielo? Mucho cuidado. Tengo informes de que es un hombre puro. Vive solo y no tiene las debilidades de la carne. Dicen que es un ser milagroso. Hay que verlo. ¿Quién le dio esos poderes? El pueblo, ¿de cuándo acá el pueblo hace santos? Así que se va.

El Diablo se fue y llegó por detrás de la casa. Miró debajo de la mata de aguacate una mesa de juegos con dinero encima. Una bola, la mocha y los tucos. Vio que el faculto era jugador de cartas y bolón. Y que el juego era su debilidad. Y como todo jugador, podía ser comprado, porque no hay jugador que no sea corrupto y tramposo. Decidió metérsele por allí. Pero lo que no sabía él Diablo era que lo que ganaba el faculto lo repartía entre los necesitados.

El faculto estaba haciendo unas caraotas en el fogón para darle comida a tres mil comensales. Cuando terminó la oración, se le multiplicaron las hoyas. El Diablo vio todo aquello. Y le dio miedo y se convirtió en una pavita chiquitica que volaba en el medio de aquellos tambores que estaban hirviendo.

—¡Suss, saaas!

El faculto mira al pajarito y le hace señas para que se vaya, porque le va a ensuciar las caraotas. Como no hace caso, lo llama:

—¡Acércate, acércate, acércate!

Alzó la mano y la agarró por el pescuezo. Y le dijo saboreándose:

—¡Ya, te voy a meter en una de esas hoyas!

El Diablo cuando se sintió agarrado por el pescuezo. Se sacudió con todas sus fuerzas. Y le dice:

—¿Tú me vas a matar a mí?! ¡Tú eres loco!

Cuando él lo mira transformado en un hombre, con cacho y todo, y bien vestido. ¿Con qué tú eres el Diablo? Yo te estaba esperando. Hacía días que te estaba esperando. Y agarró el garrote y le tiró el primer guamazo. Pero el Diablo que es muy ágil y mañisto, para quitarse el palo de encima se convirtió en un gallo.

—¿Te convertiste en gallo? ¡Ahora sí te voy a comer! ¡Porque tú sí tenei carne!

Y empezó a perseguirlo, y los muchachitos gritaban:

—¡Vamos a comer sancocho! ¡Vamos a comer sancocho!

—¡Ay, ay!, dice el Diablo, cuando lo tienen listo.

—¡Búscame el machete para cortarle la cabeza!, le dice el faculto a los muchachos, y salen a buscarlo.

¡Salta el Diablo!:

—¡Vamos a dejar la jugarreta! ¡Vamos a dejar la embustería! ¡Tú eres un hombre serio! ¡Y yo también soy un hombre serio!

—¿Qué serio? ¡El carajo, un hombre que se transforma en una gallineta y después en un gallo! ¿Cómo puede ser serio? ¡Tú no puedes ser serio, más nunca! ¡Una gallina es otra vaina!

—¡Pero chico, yo vine a divertirme!

—¡Yo no! ¡Allí tengo tres mil metros de caney con gente adentro, enfermos y muertos de hambre! ¡Y aquí estoy haciendo estas pailas de caraotas para darles comida a esos tres mil muchachitos!

—¡Vamos a jugar mientras se hacen las caraotas! ¡Yo vengo a buscarte!

—¿Cómo es la vaina?! ¿Que tú vienes a buscarme? ¡Tú lo que estás es loco! ¡Tú vas a ver la rumba e' palo que te voy a dar!

Y lo enciende a palo.

—¡Es que eres qué! ¿Qué vaina es esa?

Y corría por acá y se metía por allá. En una de esas se intentó meter por la puerta. ¡Y le dio un palo! Se intentó meter por la otra puerta. ¡Y le dio otro palo! ¡Y lo agarró a palo limpio!

—¡Chico, no me terminéis de matar!

Le dice recogiendo un pedazo de cacho que estaba en el quicio de la puerta.

—¿A quién carajo te vas a llevar tú? ¡Tú no me llevas a mí! ¡Tú no tienes pasta para llevarme! ¡No señor, nada de eso! ¡Yo soy San Alvarado! ¡Usted me respeta! ¡Usted está

hablando nada más y nada menos que con San Alvarado!
¡Un hombre grande! ¡Así que te vas de aquí!

—¡Cónchale, vale! A mí me mandó Dios.

—¿Cómo te va a mandar Dios? ¡Si Dios te manda es porque él y tú son un par de vagabundos!

—¡Vamos a jugar! ¡Vamos a jugar! ¡Vamos a jugar!

—¿Qué vanos a jugar?

—¡Tu alma!

—¿Mi alma? ¡Usted está equivocao!

—¡Le voy a dar comida a todos los muchachitos que tienes aquí! ¡Y te voy a llenar este cuarto de maíz!

—¡Huam! ¡Hum! ¡Hum! Te volviste a pelar. Vaya y le dice a Dios que se volvió a equivocar. Yo por un camión de maíz no voy a empeñar mi alma. ¡Ponme cinco gaudolas!, mínimo. Por menos de eso yo no me ensucio las manos. Y lo hago por esas creaturas.

—¡Pero, vamos a jugar pué!

—¿Qué jugamos?

—¿Bolón?

—¡Está bien!

Y el Diablo manda a poner la mocha donde él quiere. Agarró la bola. Pero el faculto le dice:

—¡Déjame agarrarle el pulso a la bola! ¿Sí quiere?

La agarró y le escupió chimó. Y la tiró al suelo, y la volvió a agarrar y se la entregó.

—¿Qué vaina es esa que le echaste? Tengo las manos sucias. ¡Trae agua!, le dice el Diablo, sacudiéndose las manos.

El faculto le buscó agua y el Diablo se lavó las manos. ¡Lo que no sabía es que era agua bendita! El bicho lanzó la bola y la bola se fue dando vueltas como un caracol. ¡Y le pasó por todas las mochas! ¡Y todos los palitos! ¡Y no tumbó ni uno!

Llega el faculto, tira la bola y:

—¡Tac, tac, tac!, tumbó todos los palitos.

—¿Dónde están las gandolas?, le dice al Diablo.

Y el Diablo quien está indignado:

—¡Carajo, señor, me ganaron! ¿Cómo vine yo aquí? ¿A perder? ¡Cómo paso yo pena señor! ¡No puede ser! ¡Esto no puede ser! ¡Ya te voy a pagar!

—¡Págame o te caigo a garrotazos!

En eso se escucha:

—¡Ju, ju, ju, ju, u, u!

¡Gandolas que vienen cargadas de maíz! Y los muchachos empezaron a agarrarlo ¡Y a sancochar! ¡Y a hacer arepas! ¡Pan para todos!

—¡Cámara, yo me lo tengo que llevar!

—¡Vamos a seguí jugando, pué!

—¿Qué apostamos?

—¡El salao!

—¿Qué llamas tú salao?

—¡Las caraotas! ¡La carne!

—¿Qué apostamos?

—¡Mi alma contra ocho gandolas de caraotas! ¡Y mil mautes!

—¿Mil mautes? ¡Déjame ir al cielo! Eso es mucho, y últimamente las finanzas no están muy buenas por allá.

Y se fue. Y San Pedro y todos los santos le dijeron que sí. Y uno le entregó un juego de barajas acomodao. El Diablo venía muy alegre. Se sentía guapo y apoyao. Y llegó donde San Alvarado.

—¿Y?, le dijo.

—¿Qué te dijeron?

—¡Que está bien!

—Qué bueno. Sepa que yo quiero mautes blancos y caraotas blancas. ¡No quiero trampas!

—¿Con qué vamos a jugar?, le pregunta el Diablo.

—A la baraja.

Le dice el faculto:

—¡Ah! ¡Eso sí me gusta! ¡Eso sí me gusta!, como me lo dijo Dios.

Dijo el Diablo para sí:

—¡A mí también me gusta! ¡La baraja!

Y se saboreaba el Diablo. Y caminaba, pero cuando metió las manos para sacar las barajas tramposas que le dieron en él cielo, el faculto le dice:

—¡Yo las tengo guardaitas por aquí!

Él las tenía amarraditas con un bejuco de cadena. Las soltó. Y las tiró sobre la mesa. Cuando barajó aquellas cartas tenía tanto poder el faculto, que el Diablo se fue de espaldas, y calló largo a largo.

—¿Qué vaina es esa? ¿Qué es eso?

—¡Parece! ¡Porque a usted lo mandó Dios! ¡Parece! Antes de empezar estos misterios, vamos a hacer lo siguiente: ¡Yo sé que usted me va a ganar!

—¡Ah, ya lo sabe!, le responde el Diablo.

Y el faculto le dice sentado:

—Usted me va a poner los animales allá afuera. No quiero que cuando me lleve mi gente quede sufriendo. ¿Estamos?

El Diablo se siente triunfador. Y empezaron a llegar las gandolas de caraotas blancas y mautes blanquitos. Y los meten en el corral.

—¡Ahora sí vamos a jugar! Mi alma contra todo lo que hay allí. ¡Pero vamos a jugar con música! Porque yo quiero que usted me lleve con joropo. Con un “seis por derecho” y me descansas en la chipola.

Trajeron los músicos y empezaron a bailar joropo. Y el Diablo agarró las barajas del faculto y le estaba haciendo un ensalmo cuando barajaba. Y el faculto le dice:

—¡Venga, que yo las pico!

Cuando agarra las barajas, que tiran las cartas, el Diablo cree que está ganando. Y zapateaba sabroso. Al

faculto le salieron los tres reyes. Y dice el Diablo destacando las barajas:

—¡Jefe día!

Y el faculto le grita:

—¡Casa grande!

Y mató al Diablo. ¡Y eso quedó envuelto en un humero! ¡Un polvero muy grande!

—¡Me voy de aquí, antes que me comas también!

Y le dio tres palos a la puerta. Y se fue dándole palos al monte, ¿qué te digo yo?, como treinta kilómetros.

En el cielo, Dios mira a Pedro, quien se mueve de allá para acá y de acá para allá. Y le pregunta Dios:

—¿Qué te pasa, Pedro?

—¡Señor, el Diablo no pudo vencer a San Alvarado y ahora no se muere nadie!

—¿Cómo? ¿Que no se muere nadie?

—¡Venga para que vea los libros! ¡Nadie señor! ¡Mire los libros!

—¡Verdad, chico!

—¡Sí, hace una semana que no se muere nadie! Todo el mundo está fastidiado. Hay unos santos que están preocupados por la moral del cielo, usted sabe, los críticos de siempre. Porque piensan que usted los va a mandar al infierno. Y ahora sí es verdad que van a sufrir porque el Diablo perdió. Allá abajo no hay gobierno. Y yo estoy preocupado, porque mire usted, el cielo es un garito. Mire, como ganó San Alvarado, ahora todos quieren ser jugadores. Hay unos que han jugado la gracia de Dios. ¡Hay unos santos que están bien preocupaos por la moral del cielo!

—Vamos a hacer lo siguiente, vamos a mandar a la Muerte para que nos mande gente. Para que ustedes puedan trabajar.

—¡Y, suiss, suiss!

¡Llegó la Muerte donde el faculto! Y lo mira que está haciendo un conjuro para resucitar a un difunto. Y no se presenta:

—¡Yo mejor me voy a regresar! ¡Ese hombre va a averiguar que yo llegué! Estaba haciendo unos ensalmos para revivir a un muerto. ¡Yo mejor no voy para allá! ¡Es mejor que vaya usted señor y mire lo que está haciendo!

Llega San Pedro y baja a la tierra.

—¡Suiss, suiss, suiss!

Llega a donde San Alvarado:

—¡Mira vale, tenemos un problema!

—¿Cuál problema?, ¿cuándo ustedes han tenido problemas?

—¡Bueno chico, que ahora tú eres demasiado poderoso! ¡Curas gente! ¡Y no se muere nadie, y no solo eso, los estás resucitando! ¡Yo quiero que tú dejes de ayudarlos! Nosotros necesitamos trabajar. ¡Vamos a cambiártelo por algo, para que te quedes quieto!

—Bueno, yo voy a dejar de atender a tanta gente para que ustedes trabajen. Bien bonito. ¿Y dónde quedan los sentimientos para con la humanidad? ¡Que conste que no son mis sentimientos! Ustedes no saben de pureza. Solo te voy a pedir que me concedas dos deseos.

—¿Cuántos pueden ser los deseos de este hombre?

Y le dice San Pedro a un santo que anda con él y sigue hablando:

—¡Debe ser nada!

—¡Mire señor, tenga cuidado! Ese es un hombre peligroso. ¡Le mandamos al Diablo y lo venció!

—¿Cuáles pueden ser sus deseos? Vamos a oírlo. No cuesta nada. ¿Cuáles son tus deseos, San Alvarado?

—Que yo pueda detener a quien yo quiera y por el tiempo que yo quiera.

—¡Eso sí!, le dice Pedro. ¡Menos a los Santos! ¡Ni a la gente tampoco! ¿Y qué más?

—Que yo me convierta en una garrapata.

—¿En una garrapata?!

Le pregunta Pedro al Santo que anda con él.

—¿Una garrapata?!

—¡Que se convierta en una garrapata! Así va a crear menos problemas.

—Verdad, tienes razón. ¡Trato hecho!

El faculto le dijo:

—Mire como la gente se está yendo. Le estoy cumpliendo.

Eso era una hilera de gente muy larga. El sitio quedó solo. Y empezó a darle una tristeza muy grande. Y se fue al aguacate y garró uno madurito y empezó a comer. Pero le pegó una gran tristeza, porque él no sabía comer solo. ¡Y lo batió contra el suelo!

—¡Carajo, uno no puede estar votando las palabras! ¿Y ahora?

Al rato, siente una brisa que le pega por el lado izquierdo. Era la Muerte que llegaba. Y en el cielo le dijeron que si se traía al faculto se acabarían los problemas del cielo. Y empezó a morir la gente en esos caminos. Y se escuchaban aquellos lamentos. El faculto sale a ver de dónde venían esos llantos.

—¿Y esos lamentos? ¿Qué es esto señor? ¡Tengan palabra!

Y la Muerte le responde muy oronda:

—Son las viudas y los huérfanos que tenías aquí. Acabo de llevarme a quinientos que iban por el camino. ¡Ahora sí hay trabajo en el cielo! ¡Quinientos de un solo astazo! Y quedan. Y allá arriba quieren más. ¡Y yo les dije que todavía no! Que venía primero a hablar contigo, como debe ser. Respetar, porque usted es un hombre de respeto, un santo.

—¿Y a qué vienes tú?

—A buscarte.

—¿Tú me vienes a buscar? Eso no fue lo que yo hablé con los santos que vinieron. Todos ustedes son unos traicioneros. ¡Déjame bañarme y vestirme!

—¡No, no, así! ¡Puedes ir así! Cuando la gente se muere, se muere con ropa o sin ropa.

—Mira chica, como tú eres ambiciosa, ¿por qué no te subes al caballete de la casa? Y de allí miras a ese poco de gente que viene para acá. ¡Súbase para que escuche la gri-sapa! Yo soy San Alvarado.

Y se oía el vocerío de la gente. Ella subió:

—¡Caramba, esa vaina si es gente de verdad! ¡Son como dos mil! ¡Ya voy a llevármelos, para que trabajen sabroso en el cielo!

Él le dice con voz altanera:

—¡Allí te vas a quedar! ¡Allí te vas a podrir! ¡Si en el cielo no hay trabajo, eso no es problema de San Alvarado! ¡Si eso es una casa de juego y de flojos, eso no es mi problema! Lo mío, señora, es atender la pobreza, a los desamparados, a los que no tienen nada. Indolentes. ¡Y cada día son más! ¡Oyó! ¡Más!

Y se vuelve a paralizar el cielo. Y vuelven a bajá los santos. Y baja San Pedro, busca a la Muerte y no la encuentra. Sube a los cielos y la mira en el caballete del caney como un zamuro.

—¡Baja la Muerte de ahí!

Y le responde de una manera altanera:

—¡No, porque me va a llevar!

—¡Que la bajas te digo!

—¡Que te bajas!, le dice San Alvarado.

Y en un ras se convirtió en una garrapata. La Muerte lo buscó y no pudo llevárselo. Y San Pedro cuando salió se llevó la garrapata en la sotana.

Cuando le está echando los cuentos de San Alvarado a Dios, él saltó de la sotana de Pedro, y se le colocó a Dios debajo de la oreja. Y desde ese momento, cuando Dios se

va a llevar a alguien que está sufriendo, la garrapatica lo aconseja.

Y allí está San Alvarado, en la conciencia del cielo. Y así fue cómo todos aquellos santos bondadosos están en ese lugar.

Informante: Saturno Hernández.

Colector: José Daniel Suárez Hermoso

Lugar: Fundo La Palmita, San Carlos, edo. Cojedes, 1986.

Transcripción: Ulrike Sánchez Pérez.

Roso Peñalosa Álvarez: El día que me curó San Alvarado

Don Roso Peñalosa, el gran embustero de El Charal y de las sabanas de Portuguesa y Cojedes, me decía el día de ayer que a él lo curó San Alvarado. Le quitó una erisipela con el ensalmo del sapo negro:

—Mirá muchacho, ese hombre era efectivo. Mirá, para curar gusaneras en ganado y gente, no hay quién le gane. ¿Saben dónde lo conocí? En la sabana de Santa Inés, y ¿saben quién venía con él? Juan Esteban García, Cándido Herrera y Juan de los Santos Contreras, el Carrao de Palmarito, y creo que hasta venía Andrés Vera. Si quieren le preguntas a ellos, que también los curó. Ese hombre no solo era milagroso sino que le arreglaba la suerte a cualquiera. Fíjense, de no creer nadie en mí, ahora, yo soy el gran embustero de la llanura. Y con los embustes curo gente y vivo comiendo. ¿Gracias a quién?, a San Alvarado. Yo le ayudé a meter los mautes que le ganó al Diablo, y vi a San Pedro. Mire, palabrita de Dios, que es verdad. La única vaina es que ese es un santo sin cuadro. Para uno podé pedirle, lo que tiene es que cerrar los ojos. Y si se te aparece una garrapata en la camisa o en cualquier parte del cuerpo, ya está concedida la curación. Ahora si se le aparece en los pelos de la cabeza son grandes pensamientos, evolución, puedes llegar a ser gente importante. Ahora, si la garrapata la tienes en otra parte del cuerpo, adelante o atrás, son grandes placeres y fortuna. Cambio de sitio o de cama, cambio púes. Y cambio es cambio. Y todo cambio es para bien. Aquí en el llano se le dice cambiar de

consonante. Como lo hace Juan de los Santos Contreras y José Romero Bello.

Informante: Roso Peñalosa Álvarez.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Fundo la Palmita, San Carlos, edo. Cojedes.

Por dos gallos apureños

Para José Luis Vázquez Silva.

Este cuento me lo refirió Reinado Arias Herrera, en su casa de la Sabana Franciera. Es un cacho de deshonra, de los que componía el Cazador Novato:

Esto sucedió en el Paso Real del río Santo Domingo en Los Guasimitos de Barinas. Había allí un fiestón muy grande. Y el dueño del Palacio El Marqués se había enamorado en el pueblo de El Real de una india muy bonita que venía de las tierras de don Toribio Montañez, de allí mismo, de Agua Blanca. La había conocido en los Manantiales. Y la invitó a la fiesta para cruzar aros con ella. Pero se le atravesó él picaflor de Barrancas, que le decían El Uverito. ¡Menos mal! Porque eso no podía ser.

El arpa no encontraba qué hacer en las manos de Eudes Álvarez. ¿Y las muchachas? ¡Bien bonitas y bailadoras! Habían venido de Barinitas, Pedraza y Elorza. ¿Qué mujeres tan bonitas? ¿Y qué mujer no es bonita si le dicen flor de bora?

Todos se dieron cuenta de que el viejo estaba enamorado y era celoso. ¿Y quién no va a sé?, como dice mi compadre Cheo Hernández Prisco:

*A quién no le va a gusta,
estar bien enamorado,*

*de una muchacha bonita,
buena por los cuatro laos.*

¿A quién?

Y empezaron a picarlo, como en una gallera:

—¡Ahora sí se puso la vaina buena de verdad! ¡Llegó el gallo! ¡Pícalo gallo!

Y uno de los llaneros que lo conoce, le dice:

—Mire don Crispulo, ¿usted no le da miedo?

Y le responde:

—¡Tú como que pareces medio pendejo! A quien Dios se lo da San Pedro se lo bendice.

—¡Cuídese, mire, que en cuestión de amores usted tiene mucha reputación!

El muchacho desde hace rato está sintiendo un escalofrío por el lado izquierdo. Y le vuelve a decir:

—¿A usted no le da miedo?

Y el viejo le vuelve a responder:

—¡No! ¡Tú pareces medio pendejo!

El muchacho intenta hacerlo entrar en razón:

—¡Mire, ese muchacho es mañisto!

Pregunta el viejo:

—¿Quién?

Y el muchacho le responde:

—¡El maraquero!

Y el viejo le responde con rabia:

—¡Perro no come perro!

—¡Por lo mismo se lo digo!

El muchacho se cubrió la cara con el ala del sombrero para no dejarse ver la señal del mañisto.

Y estalla su voz profunda en medio del samán. Y le dice al arpista:

—¡Dele largo primo! ¡Que ya vamos a ver si son braguetas o son pretinas!

*Yo no soy de por aquí
ni mi casa es la del cura
yo vengo del llano adentro
yo nací en la noche oscura.*

El viejo enamorado, para lucirse con la muchacha, le dice:

—No se preocupe, que más sabe el Diablo por viejo que por Diablo.

Y ella le pregunta:

—¿Por qué lo dice?

Y él le responde:

—Ya vas a ver.

Y le responde al muchacho, apoyado en el bordón del arpa.

*Quién me busca no me encuentra
porque yo no hago figura
yo como carne e' cecina
machucá con asadura.*

Y le salta el muchacho. Él sabía que lo estaba desafiando. Y sabía también que era un hombre peligroso. Y de mucha sájita en el juego de puntas. Además era un gabán.

*Si le gusta comer fino
déjese de la aventura
esta es una casa seria
y se respeta su figura.*

Y sigue el viejo picado, y ahora más, que se acaba de echar un amarguito:

No monto caballo fino

*adornao con faralao
yo soy el que cruza el río
y le sigue el rumbo al pescao.*

—¡Déjeme caracolía!, le grita el muchacho. Y sigue en su versación...

*Que la fiesta está prendía
el que juega no hace bulla
ni acepta la entrometía.
El chimó cuando es dulcito
alimenta la porfía
la carne cuando es blandita
se machuca con la encía.*

El viejo se siente herido. Lo mira de frente, y la hombrería comenta que la fiesta se va a acabar con el primer guamazo.

—¡Déjense de vaina amigo, yo no quiero faramalla!, le dice el viejo, y se aparta por si le lanzan un guamazo:

*Vamos a jugarla pués
deje la coquetería
vayan buscando billetes
toda la venta del día
que esta apuesta es para lago
por si usted no lo sabía.
A ella yo me la llevo
así juguemos mil años
con sus noches y sus días.*

El arpa se refugiaba en el bordón, y el cuatro buscaba aliento en el pasaje, cuando el maraquero sigue:

*Tralaai, compadre apréstese a ver
la jugada está prendía
la reina no compromete
lo que ella no sabía
el que juega tienen plata
y no acepta entrometía
esa flor ya está en mi mano
dejen que me caiga el día
que la noche no es pa' viejo
que tienen alferecía.*

Y le grita el viejo en tono altanero. Es un Loyola, y le canta gritao:

*Ni tampoco es pa' muchacho
con luminaria prendía
ni aquel que no se esperaba
ni tampoco el que venía.*

*Si usted dice que es muy suya
ella está comprometía
yo no soy una bodega
que a todo el mundo le fía.*

El muchacho se ve perdido, pero tiene mucho valor:

*Mi compromiso es sagrado
se da con la luz del día
y es de hombre y de llanero
el no comerse la carne
entre la palma escondía
ni el que mira para el suelo
con la cabeza metía*

*ni el que pasa por el mundo
pensando que ella sabía.*

Llegó un gentío. Y una de las muchachas se fue por detrás de la casa, a buscar unos platos para darle comida a un padrino que ha llegado de Guadualito. Y miró dos mulas negras. Y cada una tenía un cacho en la frente como un toro.

Ella nunca había visto una vaina así. Por poquito no se desmayó la creatura. Esa mujer quedó en un solo temblor. Y decía: ¡Ave María Purísima! ¡Qué animales tan feos! Y fue, y se lo dijo a la mayora de la casa. Cuando ve aquello, llama al viejo:

—¡Mira Julián, vení pa' acá!

El viejo llegó apuraito. Y cuando miró las mulas se desmayó también. Llegaron los muchachos. Y la vieja sin hacer espavientos, mandó a buscar dos camazas de agua bendita, aguardiente y chimó. Preparó aquel baño y se lo echó a aquellos animales. Tirarle el baño encima, y prenderse en candela, fueron dos cosas igualitas.

Cuando los diablos vieron aquella bola e' candela, salieron corriendo y se perdieron. El arpista y el cuatrista agarraron el monte, y todavía los están buscando. Unos dicen que ya van llegando a Libertad de Barinas. Y otros que se escondieron en Los Rastrojos. No falta quien diga que eran edecanes de los diablos. Ahora los cantan en coplas relancinas:

*Son vainas que hay en el mundo
y que tenemos que ver
que dos diablos en el llano
se maten por un querer.*

*Y si no quiere creer
que vengan al “Varineando”³
para que miren a Adhelsy
y al Diablo contrapunteando.*

Informante: Reinaldo Arias Herrera.

Colector y transcripción: José Daniel Suárez Hermoso

Lugar: Sabanas de Bruzual, edo. Apure.

3 De la etnia indígena Varyná, tribu que dio nombre a Varinas, luego Barinas. El Festival de Joropo Varineando en Barinas, entrega el Varineando de Oro.

Alfredo Ramos: La mula del Marqués

En Barinas muchos creen que el Diablo es una invención del hombre. Y la historia de la mula con un cuerno en la frente pertenece al imaginario del palacio del Marqués. Dicen que él recorría todas sus propiedades en una mula que tenía un cuerno en la frente. Y que el día que murió una gata negra no salió del lado izquierdo de la urna. Lo acompañó en el entierro y después desapareció. Otros dicen que la mula y la gata negra recorren las propiedades del Marqués cuando entra la luna llena del mes de octubre. Muchos la han visto andar por Sabaneta y Santa Inés. Dicen que la mula y la gata estuvieron en la batalla de Santa Inés, y que las doce fieras y Martín Espinoza trabajaban con ellas. Y el día que los fusilaron en los samanes de Santa Inés por un anillo y una esmeralda, la gata y la mula lo velaron en la tumba tres días. Y estos diablos aparecen cuando Anastasio Contreras, un mañisto de Trinidad de Arichuna, pone a pelear a dos gallos giros en el aire. Por eso dicen que el Diablo es una invención del hombre. Y aparece cuando Contreras quiere.

Informante: Alfredo Ramos.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Hato La Rosaleda de Clementina Inojosa, Socopó, edo. Barinas.

El Espanto del río Tajao

Para Valerio García.

Este es un cacho de un espanto bochinchero, alegre e incomprendido. Porque eso de entenderse con los espantos no le gusta a nadie. Y los espantos son para espantar. ¿Y la gente?, para correr, y para hablar mal o bien de los espantos. Hay unos que los corren con oraciones. Otros con vulgaridades. Lo cierto es que los espantos merecen respeto porque son el alma viva del folclore de los pueblos. Este es un cuento purito, de purita verdad:

Había un paso real donde vivía este Diablo. Mire, palabrita de Dios, yo entré a su casa. Y llegaba a las nubes. Había de todo, hasta ternera de báquiro de monte. Y el que pasaba se paraba a cincuenta metros para admirar su belleza. Era un merecure bien grande en el río La Portuguesa. Al lado de ese palo pasaba un riachuelito que a veces se preñaba de agua, agua de verdad. Pero dejaba una quebrada que manaba todo el año. Allí cayeron dos ramas de un algarrobo, dicen, que llegaron con un gran ventarrón. Lo cierto es que esas ramas eran como un tranquero y a veces se juntaban. ¿Quién las juntaba? Vaya usted a saber.

¡Caramba, solamente podían pasar los animales de color! ¡Los toros negros eran los únicos que pasaban! Un problema, cuando traían un arreo de ganado que no eran negros, no pasaban.

Un compadre, que estaban bebiendo en El Bolón de José Echandia, le dice al otro:

—No se vaya compadre, que son las doce de la noche y allí sale un espanto.

—¿Un espanto?

—Sí, un espanto.

—¡No hombre, qué espanto! ¡Allí no sale nada!

Al rato le salta un señor y le dice:

—¿No sale nada?

Y otro le dice:

—¡Ese es el único árbol que hay aquí! Y esa es su casa.

—¿Y quién lo dijo?

—Un compadre que no quiso agarrar la fortuna. El hombre le sacó siete baúles de oro, y le dijo:

—¡Cárguelo!

Y no pudo. Lo único que se trajo fue una morocota. Le dio una calentura tan grande que no duró treinta días. A los veinte había muerto.

—¿Tiene tanta plata así?

—Sí.

—Ya me tiene ostinao. Uno va a pasar el ganado y no pasa. Uno va a pasar las vacas y las vacas no pasan. Uno va pasar los burros y los burros no pasan. A las doce del día se paran. A las 6 de la tarde se paran. A las doce de la noche se paran. Uno para poder llegar, tiene que pasar en el medio de las horas. Yo me voy a ir. Agarró el machete y se lo terció.

—¡Mire, no se vaya! ¡Ese bicho se le monta en el caballo y no lo deja andar!

—No se preocupe. Yo tengo aquí una peinilla y un garrote para caerle a palos. Si él se monta en el caballo yo lo bajo a garrotazo.

—Ese bicho es mejor no mencionarlo. ¡Ave María Purísima! Bueno, Dios me lo cuide.

Se tiró el sombrero para atrás y arrancó en el caballo.

—¡Pata, tá, pa, ta, tá, pata, tá!

Cuando llega el caballo se paró en seco. Y ve una sombra grande, muy grande. Mira para el palo, y le pega un viento frío. La brisa se estaba poniendo bien buena. Agarra la vera y se la acomoda. Al rato siente. ¡Ve unos ojos prendíos!

—¡Mire, déjese de vaina, que yo sé quién es usted!

Y le mete la espuela al caballo, y el caballo se le sienta de nalga.

—¿Con que usted está montado en mi caballo?

Se voltea el compadre y habla con él.

—¿Usted tiene bastante plata?

Y él le dice:

—Sí, tengo plata.

—¿Pero mucha plata? ¿Demasiada plata?

—Demasiada plata.

—¿Pero mucha plata? ¿Mucha plata? ¿Demasiada plata?

—Demasiada plata, todas las morocotas que hay en cuatro baúles.

—¡Dígame una vaina! ¿Qué es lo quiere?

—¡Que me saques a pasear en tu caballo! De aquí a cien metros de la mata de merecure, de aquí para allá y de allá para acá.

—¡Dígame una vaina! ¡Y si usted tiene tanta plata! ¿Por qué no se compra un caballo y deja de estar echándole vaina a uno? ¿A usted no le da vergüenza? ¡Ahora sí te voy a enseñar a estar molestando a la gente trabajadora!

Cuando le habló así, se alteró. Le dio cuatro patadas al caballo. Y empezó a dar vueltas ese caballo alrededor del merecure. Y el compadre le dice:

—¿Usted cree que me va a confundir? ¡Está bien equivocado cámara!

El compadre le tiró tres palos al derecho y tres al revés. Y el caballo se paró. Y se le para de frente. Y le dice:

—Ya que no puedo pasar al derecho, voy a pasar al revés.

Le dio espuelas al caballo, y el caballo retrocede. ¡Qué caballo tan bueno para echar pa' atrás! Y el bicho peleando con él. Y él le dio un palo en la cabeza. El compadre sintió que le había abierto la cabeza en dos toletes. Y se oyó un estruendo. Se movió el mercurio.

El caballo echó a correr. Y se paró cien metros más allá. Mirando aquel ventarrón que tumbaba aquellos mangos de oro como de cinco kilos. El suelo brillaba.

Al día siguiente el compadre pasó y no vio nada.

Desde ese día, siempre se viene a las doce para ver si puede cruzarse palabras con el Espanto. Pero no se dejó ver más nunca.

Informante: Valerio García.

Colector: José Daniel Suárez Hermoso.

Transcripción: Mario Arjones.

Lugar: Fundo Las Majaguas de Arsenio Freites,
San Rafael de Onoto, edo. Portuguesa.

Armando José González Segovia: Una interpretación

Me decía Armando José González Segovia en San Rafael de Onoto, camino a Agua Blanca, la tierra de don Toribio Montañez, en la naturaleza y en lo sobrenatural, cualquier cosa puede suceder. Y si son los ríos de la llanura, hay figuras, espectros que sobrepasan el curso de la imagen y se limitan a viajar en el mito. Porque la realidad para ella es una anhelada sobrerrealidad. Estos espíritus espectrales pertenecen al universo de la noche, donde su reino se nos muestra deslumbrante. El Espanto del mango en Apartaderos y Río Tajao, en El playón, en Las Majaguas, es una referencia de la literatura oral del llano venezolano. Un cuento que todo el mundo oye con respeto, pero que muchos le dan esa salida humorística, pues pareciera que gustan las figuras espectrales, porque su naturaleza no es asombrar sino deslumbrar y acercarse al hombre. Y de este cuento hay otras versiones, porque así es el imaginario popular y múltiple. Y posiblemente otra, que cuenta Valerio García, José Pachano, o los parranderos en una fiesta en la Unión Santa Isabel:

En el Camino Real de río Tajao, de la población de Cojedito, hay un mango enorme, donde dicen los arrieros de ganado que sale el espectro, y que se sienta en la silla del caballo, de las mulas, o de los burros. Y no los deja andar, pidiéndole que lo lleven y lo traigan donde le provoque. Porque los espectros son los seres más libres que rodean al hombre de la llanura, y él los busca con fe. Un llanero decide desafiarlo, tratando de pasar a las doce de la noche por el sitio prohibido. Pelea con él y lo vence. Después, el hombre fue a buscarlo para hacer un

pacto por plata. Pero el espectro ya no vivía allí, vivía en un camoruco en la Mata Carmelera. Y el hombre cuando se acuerda de ese día que peleó, llora, llora de verdad. Porque ahora lo que tiene es vergüenza. Ese es un imaginario del llano, aquello que todo el mundo cree y sueña.

Informante: Armando José González Segovia.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Fundo Mis Marías, de Teolinda Acosta, Las Majaguas, San Rafael de Onoto, edo. Portuguesa, 2016.

El Diablo de las espuelas doradas

Para Efrén Navarro.

Este es el cuento del Diablo de las espuelas doradas, que sale en la calle Los Placeres de El Baúl. Ese día, comenzamos con embusteros de Guadarrama. Y José Pachano, quien se aplicaba a las inventivas de la vida del llano, llegó para ponerle la emoción:

—Eso fue donde están los samanes grandes, donde los ríos que se juntan, el Cojedes y el Tinaco. Y donde aseguran que calló la bota de oro de El Diablo después de aquella batalla con San Miguel Arcángel, y es por eso que el cerro lleva su nombre.

Ese día amanecí sin nada en la casa y me fui a pescar. Sería como a las 6 de la tarde. Yo agarré una lombricita y se la metí al anzuelo y lo lancé al medio del pozo. Y me senté en la raíz del samán. Me metí una revoleta de chimó y esperé a que picaran.

Pasó como media hora y nada. No había un alma en el lugar. Aquello era un camino largo y solo. Yo no vi a nadie. Mire, palabrita de Dios. ¡Pero oí unos bufidos detrás de mí! El palo era tan grande que no vi a nadie. ¡Pero sí vi un sombrero! Mirar aquel sombrero y darme una tembladera fueron dos cosas iguales. ¡Un sombrero grande, grande! ¡Como siete veces más grande, un gran pelo é guama!

¿Quién habrá hecho ese sombrero tan grande? ¿Y para quién? Yo llegué y me dije: ¡Esta vaina no es normal!

Quería correr y no tenía fuerzas. Yo me dije: Voy acomodarme para mirarlo bien. Y para ver por donde le voy a dar el guamazo. ¡Porque no es más hombre que yo! ¡Ni yo soy más hombre que él! Lo decía para mí mismo.

Veo que el hombre es pescador, y lanza su anzuelo. Lo tira justamente donde yo había lanzado el mío. Y me dije: ¡Se van a enredar los anzuelos! ¡Este hombre lo que quiere es pelear!

Lo veo por la parte de atrás. ¡Y miro que sus nalgas le salen como metro y medio! Y ¡El sombrero siete metros! ¡Pero no le veo los pies! ¡Esto sí es raro! Yo nunca había visto a un hombre que tuviera dos metros de cabeza y en cuclillas metro y medio. ¡Carajo! ¡¿Cómo será ese hombre parao?! ¡Parao debe ser un hombre de cinco o diez metros! Pensé: ¡Yo le voy a dar! ¡Pero déjate de estar pensando esas vainas que eso no es así!

Veo que el hombre saca un bagre como de diez kilos. Lo saca del anzuelo y cruza su brazo por detrás del samán. Y me lo pone donde estoy yo. Me dije: ¡Ese hombre sí tiene el brazo largo! ¡Un samán, un samán grande! Y lo cruzó.

Recoge la mano y mete la carnada a su anzuelo. Y lo lanzó donde yo había lanzado el mío. Picándome.

¡Un bagre otra vez! Y me lo puso donde había colocado el otro. ¡Y sacó otro y otro! ¡Eran tres! Y los volvió a colocar. Y así hasta quince. ¿Y yo?, nada. Me estaba picando el hombre. Y me dije: ¡Sí, este hombre lo que quiere es pelear conmigo!

Cuando me volteo y miro por donde le voy a dar el guamazo, veo que en los jarretes tiene un par de espuelas que le brillaban con el sol de la tarde. Yo pensé: ¡¿Qué vaina es esta?! ¡Yo nunca había visto a un hombre con espuelas como un gallo, y de oro menos!

Y miro más allá a un caballo que no había visto. Y me pregunto: ¡¿Cómo llegó?! ¡No hizo relincho! ¡No come, no bebe!

El hombre sacó un bagre más grande. ¡Muy grande! ¡Como de treinta kilos! Lo sacó del anzuelo y me lo puso al lado. Eran veinte pescados que tenía. ¿Y yo?, nada. No sabía qué hacer. Siirme o quedarme. Estaba como pegado a la tierra.

Llego, veo y digo:

—¡Ave María Purísima de la luz, sin pecado original concebida!

Y empecé a rezar. Y al hombre le desaparecieron las nalgas. Y esta vez tenía dos metros de altura.

Y me dije: Está parado el hombre.

Y otra vez le vi clarito las espuelas de oro. El agarró un terroncito y lo lanzó donde yo estaba pescando. Y empecé a sacar pescados, tantos, que se me olvidó el hombre y los pescaos que tenía al lado.

Y cuando veo: ¡¿Qué vaina es esta?! Se habían desaparecido. Se los había colocado en las espuelas y montó en el caballo. Y se fue volando. ¿Y los pescados?, iban aleteando, como si fueran garzones. Y dije:

—¡Ese era el Diabolo de las espuelas doradas!

Porque esa noche cayó una centella en las bocas del río Cojedes que estremeció el pueblo y mató a un canoero. Y yo no sé cómo llegué a la casa con un saco de pescado. Los músicos se fueron. Y con este cuento se acabó la fiesta en la calle Los Placeres. ¡Ave María Purísima!

Informante: Vicentico Rodríguez.

Colector: José Daniel Suárez Hermoso.

Transcripción: Ulrike Sánchez Pérez.

Lugar: Paso Real de San Miguel, El Baúl, edo. Cojedes.

Lo dijo Prudencia Vázquez: El último canoero del río Cojedes

En las tierras del río Cojedes hay muchos cuentos, y sobre todo, de diablos que vuelan, y de caballos que pasan por el cielo como un pájaro. Solo que hay que tener sájita con los ojos para mirarlo. Y aquel que lo mire ese día le va bonito. Es un Diablo bueno, yo lo vi de refilón, y desde ese día no me ha faltado el salado en la casa. Usted se imagina si me hubiera llevado de frente, ¡carajo! Lo que tuviera no sería ese bongo sino un hato de aquí al Caño Iguede, más grande que el de los Barretos. ¿Que si le tengo miedo? ¡No estás oyendo! ¿Para dónde crees tú que voy yo a las 12 de la noche? Por eso estoy tirando el bongo en ese mar de agua. Para encontrarme con él, pué. ¿Usted quiere venirse para que le dé una vaina buena? ¡No quiere! Usted se la perdió. Después no diga que tiene mala suerte. Porque mala suerte tiene el que no la busca.

Informante: José Prudencio Vásquez.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

El Diablo que secaba la laguna de Pedraza

Para Efrén Navarro.

El día que fuimos a enterrar en medio de un aguacero a Antonio José Mejías Salvatierra, el urnero de Altamira de Cáceres, ¡que Dios lo lleve en gloria!, salieron a relucir muchos cuentos maravillosos. Decía Livio Delgado Godoy que en las tierras de Pedraza había una laguna muy bonita, que se secaba un año sí y un año no.

Una vez se estaba bañando en la laguna y no se había metido en el agua cuando se le apareció un señor no muy grande y le dijo:

—¡Sepa que es la última vez que usted se va a bañar en esta laguna!

Y él se asustó y pensó: ¿Será que me voy a morir? ¡No! ¡Cómo va a ser eso posible!

Y le pregunta:

—¿Por qué dice eso?

—¡Porque esta laguna se va a secar un año si y un año no!

Y se metió en el agua. Empezó a bañarse. Livio también se metió. Cuando él voltea, el hombre ya no estaba. ¡Livio se asustó! Pensó que el hombre se había ahogado.

—¡Si se ahogó! ¡Yo me voy a ir de aquí!, dijo.

Cuando ya se va a ir, que está saliendo, lo tiene de frente.

—¿Para dónde va usted compañero? ¡No se asuste!, que el Diablo no se ahoga.

Cuando le dijo así, icará, se le pararon los pelos de punta! Intentó coger camino y no lo conseguía. Daba vuelta y vueltas como un remolino. Y cuando se dio cuenta, le había dado la vuelta a toda la laguna y estaba en el mismo lugar. Supo que le dio la vuelta a toda la laguna porque encontró las botas y la ropa donde se estaba bañando.

—¡Yo le dije que era la última vez que se iba a bañar en esta laguna!

Le dijo el hombre y se volvió a meter en el agua. Nadaba y se sumergía. Cuando salió, estaba de oro. Era como un viejito dorado. Relumbraba por todas partes.

Ahora sí estaba asustado de verdad.

—¡No le dije que usted se iba a bañar por última vez!

Y Livio empezó a temblar y a temblar, que no hallaba cómo salir del agua:

—¡Yo, pero bueno! ¡Yo, necesito irme, cámara! ¡Hágame el favor, sáqueme de aquí!

Se le volvió a parar de frente:

—¡No, usted tiene que verme bien! Ya me ha visto dos veces. Y me vas a ver la tercera vez.

Se volvió a meter y salió plateado.

—¡Pero yo no quiero verlo! ¡Yo me quiero ir!

Se metió y salió verde. Livio pataleaba. Y de pronto siente una fuerza que lo saca del agua y lo tira para el centro de la laguna. Sentía que se estaba ahogando. Nadó, buscó el machete, y cuando lo sujeta y lo elevan, lo tiran al agua. El hombre se metió y salió negro, mohoso.

—¡Ahora sí podemos hablar!

Livio temblaba de pies a cabeza. Intentaba moverse y no podía. El hombre lo miró y le dijo:

—Deje la tembladera y escuche, que usted es el elegido. Usted está hablando con el Diablo de Pedraza. Cuando quiera venir a esta laguna, vas a agarrar siete ramitas de siete matas diferentes que encuentre en el camino. Las sacude siete veces en la tierra y me gritas:

—¡Aquí estoy yo! Y usted verá que la laguna se llena de agua. Ahora, si usted quiere que la laguna no tenga agua más nunca, bueno, no lo haga. Allí tiene el camino.

Dejó de temblar, se le aclaró la vista, y llegó a la casa asombrado. Y le contó lo sucedido a todo el mundo. Todos salieron a bañarse, a ver si lo veían y no lo vieron. Y empezaron a decirle a Livio:

—¡Embustero, embustero, embustero!

Nadie le creía. Y él no volvió más nunca a la laguna, ni a mencionarlo.

Pero la gente empezó a darse cuenta de que cada día, cuando iban a bañarse, tenían que caminar más para llegar a donde estaba el agua. Hasta que vieron que lo que quedaba era un ojito de agua.

—Sí, se está secando la laguna. Es verdad, Livio, perdónanos, es verdad.

Se secó la laguna, decían en el vecindario. Y la gente visita a Livio para que los salve. Porque se le están muriendo los animales. Y ellos mismos no tenían qué beber. Entonces, van y le dicen:

—Mira chico, Livio, la laguna se está secando. Nos vamos a tener que ir de aquí. No tenemos cómo darles comida a los animales, ni agua, ni nada. ¡Esto es un problema!

Livio se acordó. Agarró las siete ramitas. Fue al camino y las sacudió siete veces y dijo:

—¡Aquí estoy yo!

Y empezó a llenarse la laguna de agua. Y él no lo creía, ni la gente tampoco. Y salió del agua aquel hombre vestido de dorado:

—¡No le dije! Eso es para que usted crea. ¿Quién soy yo?

Y le dijo:

Se le tarturió la boca..., se le tarturió la boca. Se le quedó...

—¿Quién soy yo?

Y le dijo:

—¡Él, el Diablo!

—Yo soy el dueño de la laguna de Pedraza. Si usted quiere que la laguna tenga agua, venga, y diga:

—¡Aquí estoy yo!

Y así era cómo el Diablo secaba la laguna de Pedraza en el estado Barinas. Y cómo Livio la llenaba un año sí y un año no. Por eso no se puede ir de Pedraza.

Informante: Livio Delgado Godoy.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Transcripción: Meri Carruido.

Lugar: Casa de Los Hermanos Montilla, Altamira de Cáceres.

El día que Simón Sánchez le habló del Encanto del Dragón a José de los Santos Mora Pirela, el cronista de Santa Bárbara de Barinas

Según Simón Sánchez, el Encanto existió hasta 1946 cuando se descifró el caso:

La gente del pueblo sabía desde hace mucho tiempo atrás que en el “madre vieja” del río que pasa por el paso de Las Monjas, vivía un Dragón gigante de tres cabezas, según pudieron divisarlo. Es de recordar que este “madre vieja” era bastante hondo y tenía una especie de manglar con algo de pantano.

Lo cierto es que se deciden acabar con el Dragón. Para ello se hizo una pica o callejuela que daba en el sitio donde se asoleaba la cabeza y parte del cuerpo, porque no podía sacarlo todo afuera. Se acomodó el sitio para el día señalado, pues había que tirarlo con una buena escopeta morocha un día viernes, después de haber comulgado en la mañana. La morocha fue bendecida un año antes por los misioneros, al igual que la pólvora, el taco y las municiones.

La morocha era propiedad de Julio Sánchez, la cual había sido hecha de una manera especial, quizá de ébano, porque era bien negra, con poco menos de una brazada de cañón. El tirador fue seleccionado por el pueblo y rociado con agua bendita, de la que había bendecido el señor Obispo la última vez que estuvo de visita pastoral en el pueblo.

En el lugar se habían clavado tres horquetas para apuntar mejor, de acuerdo al sitio donde estuviera la fiera. El tirador se llamaba Goyito y lo acompañaron tres hasta cerca del sitio, porque el único que podía llegar al sitio

era el tirador. Ya que desde mucho tiempo antes se había comido los Santos Evangelios en una Pascua Florida, cuando la oscurana.

Había que tirarle a la fiera entre las doce y las dos de la tarde. Y así fue. A las dos en punto sonó el “maracá” del cañonazo. Todos en el pueblo, cuando escucharon el plomazo, quemaron “ramo bendito” y agarraron un Santo Cristo en la mano izquierda para que les quedara libre la diestra para santiguarse. La morocha disparó los dos tiros al mismo tiempo y la cabeza del Dragón no existió más. El estruendo del Dragón muriéndose hizo que el tirador y los compañeros emitieran unos gritos aterradores. Se cuenta que pararon la carrera en el templo.

Al otro día y con unos buenos perros, todo el pueblo se fue al sitio del acontecimiento. La escena fue dantesca, pues el monstruo yacía bien muerto. Se cortaron unos garabatos, se limpió bien el sitio y se comenzó a sacar el “animalón”. Le pusieron una yunta de bueyes para sacarlo jalado, pero se hizo insuficiente la fuerza de los dos animales. Ese mismo día se le apoyó otra yunta de bueyes, pero entonces esta vez se reventó la soga. Así que se tuvo que utilizar una guaya que había dejado la compañía gringa “Olidex” para sacar el animal muerto.

El Dragón no era otra cosa que una enorme culebra. La acostaron en la hamaca, era una culebra de agua de diez brazadas, a la cual le habían crecido las orejas y parecía tener tres cabezas.

El ofidio fue quemado para así eliminar bien El encanto. A los pocos días del suceso, algunos pobladores que iban para el río consiguieron una anciana muy enferma en el camino, se trajeron a la anciana y el pueblo la curó.

Cuando se alentó, le dijo a la gente que la volvieran a llevar al mismo sitio donde estaba antes, que iba a suceder una desgracia. La acostaron en una hamaca y en un palo la llevaron.

Cuentan los testigos que al llegar al sitio dijo que la bajarán. Cuando descansaron la hamaca en el suelo, lo que salió fue una enorme culebra. Al mirar esto, la carrera fue enorme hasta el templo. Se cuenta que los que vivieron el hecho esa noche durmieron en la casa cural.

* Hasta el momento, este es el único cuento sobre la existencia de un dragón en Venezuela. Este cuento de embustería lo relataba Simón Sánchez y su rescate y preservación se lo debemos a José de los Santos Mora Pirela, cronista de Santa Bárbara de Barinas.

El Dragoncito de Barinas

Para Rubén Rivero.

Este cacho me lo contó Clementina Muñoz, de las Muñoz de Altamira de Cáceres, las mismas que se fueron a vivir a la casa del urnero, un viejo brujo a quién le decían Diablo Chiquito:

Ese día nos fuimos con Orlando Araujo y su familia a Caldera. Y la pasamos muy bien con ese muchacho. ¿Y quién no? Era el mes de enero, mes de las cañafístolas y Araguaneyes en flor. Toda la llanura era amarillita, y para mí, la montaña de Caldera se sentía envidiosa, porque aunque usted no lo crea, hay naturalezas que envidian a otras.

Yo iba con un arreo de mulas cargado de chigüire fresco y carne sarpresa, de allí mismo, de Guasdualito. Sabía que el camino era largo y peligroso. No por la gente sino por los espantos. De Guasdualito a Caldera hay trece espantos, sin incluir los de la sabana.

En Santa Bárbara de Barinas me dio una sueñaá muy grande, con decirte, Orlando, que tuve que cortar dos chuzos para abrirme los ojos. Porque los ojos se me cerraban solos. Y me senté a descansar en un samán que está allí, en la vía que sube.

Yo sentí aquella frescura tan grande, que debí quedarme dormida. Yo no sé. Mira, pero lo cierto es que tardé de Santa Bárbara a Barinitas cinco días. ¿Ustedes me creen? Y de Barinitas a Altamira de Cáceres veinte

minutos. ¿Cierto? Lo cierto es que yo llegué a la bodega de Cándido Espinoza, me tomé un guarapo de caña, y llegó un hombre raro, que venía de Santa Bárbara.

Aquel hombre tenía las manos de murciélago. Él se me acercó. Muy complaciente el hombre y amable. Pero tenía manos de murciélago, así con escamitas y verrugas, como las de los pavos. Por cierto, me preguntó por... Y yo le dije: ¿Quién es ese? Él me mostró un cuadrito. ¡Ah, ese! Ese está en el paso Real del Arauca. Es un ánima. Tiene ganado como jumo. Es rico, rico, rico de verdad. Ese fue el que me vendió el chigüire y la carne seca.

Ahora que me acuerdo. Se quedó allá, comiéndose un picadillo con ají de la amazónida. ¡Carajo! Ese señor era tan amable que me regaló una flor del camino. Era un caballero y representaba.

Lo único era que tenía las manos de murciélago. Yo lo invité a tomarnos un amarguito. Pero después me lamenté. Porque mientras yo me bebía un trago, él se bebía una botella. Ah hombre para bebé sabroso. Después se quitó el sombrero y me dijo:

—Mucho gusto, yo soy el Dragoncito de Barinas. No te preocupe por plata, que en el pueblo de Pedraza tengo una laguna de oro.

Ahí me asusté mucho, porque a ese Dragoncito lo andaban persiguiendo tres hombres bien armaos para matarlo. ¡Mire, palabrita de Dios! De allí a Caldera tardé dos minutos y medio. ¿Y ustedes me creen, verdad? Me estaba esperando el poeta Orlando Araujo. Llegó de Escuque, montado en un gavilán, que traía un cuatro en el pico. Él se bajó de aquel animal y dijo:

—Agarré el cuatro, paisano.

Agarró la silla y le cantaron unos bambucos muy bonitos al pueblo de Caldera.

Recuerdo que ese día cayeron flores amarillas del cielo, como aquella mañana de la batalla de Santa Inés.

Orlando se despidió de nosotros con una sonrisa franca, y nos dijo cantando:

—Adiós compañeros de viaje.

Después llegó el Dragoncito y se fue con él. Se llevaron tres cajas de aguardiente sanjoneero. ¿Y yo?, no sé cómo llegaron a Pedraza. Imagino yo que se bebieron una botella por casa. Yo no sé.

Cuando abrí los ojos, las mulas estaban ensillada, y no había salido de Guasqualito. Estas son las vainas del llano, que uno lo cuenta y nadie me cree. Dame otro trago, Orlando.

Informante: Clementina Muñoz.

Colector: José Daniel Suárez Hermoso.

Transcripción: Alfredo Ramos.

Lugar: Museo Alberto Arvelo Torrealba.

* El día de ese cacho, Pepe Berroeta nos habló de la Negra Plácida, y José León Tapia de Pedro Pérez Delgado. Aquello fue en el Museo Alberto Arvelo Torrealba, en 1986, durante el bautizo de la novela; *Yo, Bolívar el Rey*, de Caupolicán Ovalles. Fueron testigos de esta conversa: la poeta Rosario Anzola, Anselmo López, José Vicente Rojas, Ramón Ordaz, Isaías Medina López, Ramón Villegas Izquier y José Daniel Suárez Hermoso.

Aquel Dragón de Caldera

*Para Ana María Oviedo Palomares, Alexis Liendo
y la Bienal Orlando Araujo.*

Este es un cacho de purita verdad y una embustería muy agradable, que nació en un encuentro de escritores y fabuladores de venezolanos al pie de monte andino. Ese día, Arnulfo Quintero López y Dory Rojas, su esposa, nos dijeron que Caldera era un hermoso pueblo, con gente maravillosa y de agradable trato, pero con un imaginario riquísimo y capaz de crear historias fantásticas sorprendentes.

Es que no provoca irse de Caldera. Imagínense ustedes, la tierra de Orlando Araujo. Tierra grande y generosa. ¿Cómo irse? No se puede. Porque uno ya es un “compañero de viaje”.

Pero también hay allí cuentos de guerra, de esa guerra Federal donde resuenan los cañones y se siente la presencia del General Ezequiel Zamora. Cuando se va por esos caminos uno escucha los gritos de ánimo de Fulgencio Sulbarán. Pero también cuentos de muertos y aparecidos. Y de un Diablo que vive allí, que se acostumbró a la gente. Y la gente a él. Y parece ser que eso lo divierte. Uno pasa por una esquina y la gente nos dice:

—¿Ya vieron al Diablo?

Pero nunca gente hablan de un Dragón que vivía en el río. O vive. Yo en verdad no lo sé. Según algunos pobladores, ese el Dragón infernal. Y venía en la maleta del padre Eusebio, un cura Franciscano que practicaba el exorcismo con todo ser vivo y hasta los loros fueron exorcizados.

El Dragón, según la gente, era un peligro para las mujeres que se asustaban por lo grande de su cabeza. Y porque se acostaba en el río a mirar las nubes y el cielo estrellado de Caldera.

Todos le temían. Y para mantenerlo dulce y juguetón lo bautizaron con él nombre Albertico. Y los muchachos le decían:

—¡Mira Albertico, allí viene San Jorge!

Y él les respondía con una cálida sonrisa:

—¿Quién es ese? ¿Otro Dragón o Jorge Guerrero? Sí es él, que venga, porque la fiesta está prendía.

La noticia de la existencia del Dragón y lo que hacía inundó la prensa. Y llegó a Los Pozones de Barinas. Y allí se organizó un movimiento contra el Dragón: “¡Abajo el Dragón! ¡Muera el Dragón! ¡Por una Caldera sin Dragón!”. Pero nadie se alistaba. Hasta que aparecieron tres valientes poetas, que como dice Jorge Guerrero: “les estaba estorbando la vida”. El primero fue Livio Delgado Godoy del Grupo literario Andrés Mariño Palacios, después Alfredo Ramos, el Cantor necesario de Alí Primera. Y el tercero, don Adhelsy Rodríguez, del Festival del Joropo “Varineando”. Esto es histórico señores. Histórico y de purita verdad. Dijo la prensa:

Ellos fueron los primeros en alistarse y los últimos que se atrevieron a desafiar los poderes de aquel animal tan grande, que comía y bebía como un humano. Y que venía del imaginario del pueblo.

Pero ni cortos, ni tontos, fueron a buscar al Carraito de Barinas, para llegarle al Dragón con la fuerza de una periquera llanera. De esas que cantaba “El Cúbiro” cuando entonaba “El cimarrón”.

Dice Dory Rojas, la esposa de Arnulfo:

—Aquellos valientes poetas iban a pelear como hombres de verdad con ese Dragón. Y así lo hicieron. Cada uno llevaba un chopo y un máuser. De esos de la guerra

Federal. ¡Mira José Daniel, esto es palabrita de Dios, y por estos ojos que se ha de tragar la tierra! Había que tenerles miedo a esos hombres. Eran tan valerosos que la gente por donde quiera que pasaban, les regalaban pollos asados, arepas, casabe y le dieron media caja de amarguito para que pasaran la noche velando a aquel animal que pesaba más de tres mil kilos. Porque era un animal peligroso de verdad. Más peligroso que el tigre masaguarito de Las Mercedes del llano.

Salieron para Caldera a las 6 de la tarde, y a las 8 de la noche no encontraban el rastro. Decía Alfredo Ramos, que es un guía asombroso y extraordinario:

—El Dragón me embrujó. No encuentro su huella, ni el camino, compadre. ¡Ánima del padre Anselmo, sácanos de aquí!

Se querían regresar. Porque como dicen en el llano, el miedo es libre. Pero para darles valor, la gente le hizo una ternera en la casa de Adelaida Arteaga. Y le metieron tanta carne en el morral para el viaje que llegaron a pensar que se estaban despidiendo del mundo y que no volverían a verlos más nunca.

¿Cómo hacer con tanta bebida y comida? Sintieron que se estremecía la tierra porque al Dragón le llegaron los olores. Entonces decidieron llevársela. No sabían dónde estaba, pero llegaron. Eran valientes. Valientes de verdad. Pero tener miedo es de humano también. Y a cada rato se decían:

—¡Vamos a darnos valor!

Y se echaban un trago. Y seguían los tres señores cazadores. ¿Y el Carraito?, el cuarto. Ni se diga. Igualito al carrao, no fallaban un tiro con el máuser. Y cuando lo tenían como a dos metros, el Dragón los llamó. Se acercaron y vieron que el animal era dócil y generoso. Enfundaron las armas y sacaron una bandola, un cuatro

y unas maracas e hicieron un parrando llanero que duró tres días. Ellos le decían al Dragón:

—¿Quiere más?

Y el en medio de aquello que consideraba la gloria, le respondía con una gran jovialidad:

—¿Quién dijo miedo, papá? Vamos a ver quién cae primero, papá: ¿Ustedes o yo, papá? Tú eres mi padre y mi madre.

Ellos, como todo guerrero glorioso y valiente, le pidieron una tregua a aquel animalote de cinco metros de alto que reflejaba una gran ternura. Él se acostó al pie de la montaña y ellos aprovecharon para regresar al pueblo.

—Vámonos para la casa. Y si vuelve a aparecer, agarramos los chopos y las guitarras, les decimos a las mujeres que vamos a amenazar al Dragoncito. Y hacemos otro parrando llanero.

Mira Alfredo, ¿qué te dijo? ¿No te dijo papá? ¿Y un padre mata a su hijo? ¿No? ¿Entonces?, vamos a dejar a ese Dragón quieto que duerma. Mira, se quedó dormido, parece un niño. Lo que pasa es que ese Dragoncito está solito. Y ya no va a estar más nunca solo, porque aquí estamos nosotros los poetas. Ningún poeta deja solo a otro poeta. No, ¿por qué? Porque un poeta es un poeta. Y un Dragón es un Dragón. Y quienes dicen la verdad son los poetas y los Dragones.

¿De dónde vendrá ese animal, compadre? Porque no cree en San Jorge. ¿Tú sabes cómo me pidió la botella? Me dijo: ¡pásame a Jorge! No cree en esos santos europeos. Es de aquí. Con más razón para quererlo y cuidarlo. A lo mejor llegó a Barinas y de allí a Caldera con las garzas, o lo trajeron en un avión, uno no sabe, uno no sabe, porque el llano es un solo misterio. Y en el sitio más claro sale un muerto.

Y lo dejaron quieto, que disfrutara el sueño de ese parrando llanero. Cuando se paró estaba tan mareado que

se calló y se llevó cincuenta cedros, doce samanes y veinte araguaneyes por delante. Y se escuchó aquel estruendo tan grande cuando cayó el Dragón. Y dijeron los hombres y las mujeres del pueblo:

—¡Sí lo mataron, o el Dragón mató a los poetas!

Y se fue todo el pueblo a saber qué había pasado con sus valientes. Y los valientes nada que venían. Hasta que los vieron por el camino de lado a lado. Pero la gente no creía, pensaban que aquella ebriedad era producto de tantas horas de pelea con ese animal tan grande. Y le hicieron una fiesta tan buena que buscaron a Jesús y a Omar Moreno para celebrar sus estados de gloria. Y cuando los vieron bien rascaos, rascaos de verdad, creyeron. Y les decían:

—Qué bueno que están vivos. Por fin mataron al Dragón ese.

El Dragoncito se levantó, y al no encontrarlos se volvió a sentir solo. Y fue tan grande su despecho que se cayó de espalda en la laguna. Y sacó toda el agua e inundó el pueblo.

Pero el Dragoncito era muy inteligente y se dio por muerto. Y al rato resucitó bailando joropo. A las mujeres se les caían los corotos del fogón. Y en la bodega se caían las botellas. No encontraban cómo hacer. Y los hombres se reunieron y llegaron a la conclusión de que tenían que mandar nuevamente a los valientes a dominarlo.

Ellos llegaron y abrazaron al Dragón con ternura, sacaron una botella de vino y brindaron por el encuentro. Cantaron de todo, pero no se dieron cuenta de que al Dragón le habían salido alas, y en medio de la emoción alzó el vuelo y se los llevó por toda Barinas.

Cuando los niños miraron aquel pájaro tan grande en el cielo también fueron a abrazar al Dragón. Y ahora él los saca a pasear todas las tardes de Altamira de Cáceres a Caldera. Y más nunca hablaron mal de él.

Y allí está, aprendiendo el arte de volar con los poetas. Y todos los viernes, cuando los hombres se quieren alegrar con él, les dicen a sus mujeres:

—¡Déjame matar al Dragón que llevo por dentro!

A la gente se le olvidó el miedo, porque no era malo. Él no había matado a nadie. Entonces todos hicieron del río una gran laguna, y allí están celebrando el cumpleaños del Carraito de Barinas y la bienal en homenaje a Orlando Araujo. Porque todos dicen que el huevo que le dio vida a ese Dragón lo trajo Orlando, y que él le pidió a una guacamaya que vive en la cima de la montaña de Caldera que lo empollara. Por eso tiene los colores de la bandera nacional. Es que esto se cuenta y no se cree. Por eso somos “compañeros de viaje”.

Informante: Arnulfo Quintero López.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Los Pozones, UBV-Barinas.

El urnero de Altamira de Cáceres

Lo fantástico, lo maravilloso y lo religioso alteran las leyes naturales y físicas, el tiempo y el espacio, lo cual se imbrica en un todo simbólico.

YOLANDA SALAS DE LECUNA.

Para Iris Villamizar.

Este cuento me lo refirió en una conversa la cuentera Berta Garcés, la abuela de mis hijos, que es oriunda de allí, de Altamira de Cáceres, un pueblo muy hermoso que se encuentra entre Barinitas y Caldera, la tierra del gran poeta Orlando Araujo:

Me decía ella, tomándonos una taza de café en una tarde, que al pueblo de Altamira de Cáceres, y muy cerca de donde vivía, llegó un hombre en medio de un aguacero a comprar la casa de la esquina de la plaza. Hizo el negocio y se fue con el mismo aguacero.

En esa casa vivió el General Montilla, un guerrillero que peleó contra el General Gómez y los Araujos, y a quien le decían El Tigre de Guaitó.

Era una casa muy hermosa y soleada. ¿Por qué le gustó esa casa? Yo no sé. Lo cierto es que el hombre la compró y no volvió más nunca.

Ya habían pasado siete años y la casa se hizo una sola montaña, fea y abandonada. Daba miedo pasar o tocar sus puertas, porque se oían ruidos y quejidos. Y la gente

decían, en vez de la casa de Montilla, la casa de Montaña que asombraba.

Daba pena mirar aquella casa. Pero nadie se metía con ella, porque era la casa del hombre que llegó lloviendo.

Un día está cayendo un aguacero muy fuerte. ¡Un aguacero! Demasiado grande. Tan grande que no se veía el camino. Y salimos a mirar una carreta que venía subiendo. Era el hombre que regresaba con un cargamento de tablas e implementos de trabajo. Y cuando llegó, empezó a llover más fuerte. Desmontó la carga. Encendió la luz y no se vio más. Pero sí se escuchaba un traqueteo en la noche, y en el día, un gran silencio. Y todos le decían: el espíritu de la lluvia.

Era un hombre de poca conversa. Sacó la madera para que agarrara el sol de la tarde. Y la volvió a meter, unos tablones grandotes. Tenía fuerza aquel hombre.

Y la gente casi no dormía con el ruido de las tablas. Se volvió a ocultar y vieron que sembró el solar. La tarde amenazaba con lluvia y se escuchó que la carreta iba hacia Barinitas. Todo el mundo se dijo: ¿Para dónde irá el espíritu de la lluvia?

Se volvió a perder el hombre, y la gente decía:

—¡No le da miedo vivir en esa casa de difuntos!

—¿Qué miedo le va a dar, no estás viendo que es como un difunto?

Al día siguiente atardeció lloviendo. Y regresó con la carreta cargada de comida. Todos pensaron:

—Va a montar una pulpería. Hora sí nos vamos a acomodar.

Lo escuchaban trabajando noche y día:

—Está haciendo las trojas para poner la pulpería.

El día de San Pedro y San Pablo, a las doce de la noche, sale y coloca un cartel: “Urnas de jabillo a 100 pesos, de cedro a 200 pesos, con adornos a 250, para vírgenes 225, para niños a 120 pesos, floreros y crucifijos: 10”.

Todo el mundo se quedó impresionado. Y más abajo, escrito en carbón: “El café sale gratis”.

Cuando amaneció la gente se decía:

—¿Qué vaina es esa?

Y al final colocó otro cartel: “Funeraria Montilla”. Ya la cosa era más seria. Seria, seria de verdad. Una funeraria que llevaba el nombre de un General de la época de Gómez. Era algo serio.

Fueron a ver la famosa funeraria, y lo que veían eran unas tablas regadas, y una urna ahí, tapada con una tela negra. Más allá, géneros negros y blancos. Rollos de tela que estaban metidos en otro, para que el polvo no los ensuciara.

Antes las urnas se forraban con fieltro negro y tela negra, o tela blanca, si era muchacha que muriera. Lo cierto es que eso no tenía urnas, ni nada, sino una urna que estaba tapada completamente, y que nadie veía sino la forma de la urna. Y le preguntaban a él:

—¿Que qué era eso?

—Una urna, pero no se puede ver, respondía.

—Pero las cosas se hicieron para verlas, le dijo Antonieta Hernández, la zarandaja del pueblo, una mujer farota. Una farota de verdad y muy curiosa.

A la muchacha le llamó la atención la urna, quería verla. Y empezó a enamorar al hombre, que estaba entrado en edad, a ver si le dejaba mirarla. Pero no le prestó atención. ¿Por qué? Nadie supo.

Todo el mundo quería saber si el hombre tenía plata, si era brujo, o qué vaina era. Daba la impresión de que él no esperaba que se muriera nadie. Porque desde que montó la funeraria habían pasado siete meses y no se había muerto ningún cristiano. Y menos esa tarde.

Se volvió a ir. La muchacha miró cuando salió. Y se metió a la casa. Y vio la urna. Una urna muy hermosa y bien acabada. No tenía tela. Era de madera pulida. La

muchacha empezó a preguntarse: ¿Para qué rico hicieron esta urna, si en Altamira de Cáceres lo que hay son pobres?

La muchacha se metió en la urna para ver su medida. Y vio que la tapa era livianita y que le quedaba. Volvió a taparla y salió. Y como toda muchacha inteligente, porque todas las mujeres son muy inteligentes, hizo el nudo igualito como el hombre lo había dejado en la puerta.

Cuando él llegó, dio vuelta por los lados, pero en el aserrín estaban sus huellas. Y se dijo: ¡Se metieron!

Hizo buen tiempo, pasaron los días y la muchacha no se veía en el pueblo. Todos la echaron de menos, porque era la alegría de Altamira, haciéndole bromas y llevándole café, por aquí, y café para allá a los sembradores.

—¡Hoy no se volvió a parar!, dijo la abuela.

—¿Qué pasó con fulana?, le preguntaron.

Porque todo el mundo tenía que hacer con la muchacha.

—Está enferma, les decía la abuela.

A las 5 de la tarde la muchacha había muerto. Fueron a pedirle que si tenía una urna para ella.

—¡Déjeme hacerla!

Y empezó a hacer la urna a las 7 de la noche, y terminó a la hora de los pájaros.

Llevaron la urna y la metieron. Y se dijo: Esta fue la que se metió en mi casa.

Y de allí en adelante, todo el que veía la urna se moría. Y él se daba cuenta y se decía: Este fue el que se metió en mi casa. O el curioso que la levantó para mirarla y tocarla.

Y así sucesivamente, se fueron muriendo toda la gente del pueblo. Y el único que quedó fue él. Pero eso no le preocupaba.

Pero un día, en medio de un aguacero muy grande, mira entre la niebla que viene subiendo una carreta. Y notó que venía sola y que se detuvo frente a su casa. Y es más, pasó allí toda la noche. Él sintió un escalofrío muy grande.

Empezó a llover. Él se vistió como para una fiesta, destapó la urna. Abrió la puerta de la casa de par en par para que entrara el aire fresco de la lluvia, y amaneció muerto dentro de ella.

Unos hombres y mujeres entraron a mirar la urna más hermosa del mundo. Y lo vieron en ella, enteramente muerto. Lo llevaron a enterrar. Y buscaron al enterrador. Y él les preguntó:

—¿Cómo se llama él difunto?

—No sabemos, porque hasta la urna la dejó hecha. Colóqueme: el Urnero de Altamira de Cáceres. La lluvia arreció y en el cementerio los enterradores no se veían en medio de aquel aguacero.

Informante: Bertha Garcés.

Colector: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Altamira de Cáceres, edo. Barinas.

Transcriptor: Nelson Garcés.

Isabel Teresa Hermoso Mercado: Sobre el oficio de urnero, la fe y la religión

Isabel Teresa Hermoso Mercado, vieja rezandera, animera y narradora oral, nos contaba que en la época de Gómez todos los pueblos tenían sus hacedores de urnas. Y el que las hacía era considerado un ser sagrado, como un sacerdote. Eran hombres de pactos. Ellos tenían que pactar con la Muerte, con el Diablo o con quien fuera, para que ella no se lo llevara. Tenía que estar de acuerdo con las leyes de la Muerte. Y ustedes saben, ¿Que van a saber? Ustedes son de López Contreras para acá. Ella es la señora de las encomiendas. Y los urneros, y los que hacían las pariguelas, eran sus hijos. ¿Qué es una pariguela? Una vara larga, como de cinco metros y medio, a la que se le sujeta la hamaca. Y allí se metía el difunto para llevarlo al campo santo. Al muerto en la hamaca se le cantaban salves y tonos terrenales. Y lo llevaban los hombres, porque era un pecador o una pecadora.

¡Ay, mamá! Cuando se decía que la mujer era bruja, nadie la podía levantar. Y si el difunto tenía pacto con el Misio, menos. Eran pesados, pesados de verdad. ¿Y los niños? No podían ver a un muerto en una hamaca, porque este se los llevaba. Ahora, si era angelito, buscaban a mi papá, Juan Evangelisto Hermoso López para que le cantara tórtolas y tonos a lo divino, porque eran seres sagrados. Y esos niños, cuando se estaban muriendo, había que mirarlos bien, para ver si les salía un humito por la boca. Si eso pasaba, se estaba despidiendo del mundo en paz, ya tenía alitas y podía volar. Y los cantadores en la noche podían comer espermas de su velatorio, y no se ponían roncós más nunca.

Pero si no le salía el humito azul por la boca, quería decir que su alma estaba prisionera y había que cantarle y llorarle. A todos los niños que morían había que abrirle los ojos con palillos de charifa. Y los viejos que morían con los ojos abiertos se le cerraban con agujas de macanilla. Y si no querían cerrarlos, quería decir que quien lo mató, lo hizo con brujería y estaba a su lado. O tenía un pecado muy grande. Entonces el urnero se quitaba la correa y le echaba una pela al difunto y lo amenazaba con enterrarlo boca abajo.

Los elegidos de la Muerte tenían que morirse, después que se murieran todos los del pueblo, el urnero no podía irse del pueblo, tenía que enterrarlo un nuevo urnero. Él medía a los difuntos con una vara, o una tira de mortaja, que era la tela con la que se vestía a los difuntos, o a aquellos a los que tenían que hacerle la urna.

Ningún urnero podía atentar contra su vida, no señor, nada de eso, ni ser borracho. Era un ser sagrado. Y cuando salía el muerto de la casa, el primero que lo sacaba era él, fuera en pariguela o en carreta. Pero lo más doloroso era cuando tenía que hacerle la urna a la madre, al padre o a un hijo.

Y era él el que tenía que hacerla. Por eso es que cuando moría un urnero joven se escuchaba por el cielo una carreta que daba vueltas, y un cipote dándole con un rejo a otro que lloraba. Eso le pasaba a los que no se protegían, ni valoraban su vida. Que la Muerte les echaba una pela para que la gente supiera que todo el mundo se muere cuando le toca. Por eso los llaneros le cantan en copla:

*Yo no le temo a la muerte
ni que la encuentre en la calle
porque sin permiso e' Dios
la muerte no mata a nadie.*

Informante: Isabel Teresa Hermoso Mercado.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Fundo La Palmita, San Carlos, edo. Cojedes, 2007.

Aquella mujer de la laguna de Pedraza

Para Cecy y Andrea.

Anastasia Hernández era una mujer que recorría en su caballo, desde Altamira de Cáceres a Pedraza, enamorando a los hombres en las cantinas. Era buenamoza y batatuda, de piernas fuertes, de pecho abultado y labios encantadores. ¡Qué mujer tan hermosa, mi Dios!

Un día, se comprometió, cosas de la coquetería femenina, con dos hombres. Uno se llamaba Prato Mejías, y el otro, un coleador muy famoso de Barinitas, el Chingo Montoya. Los dos vivían cerca de la laguna de Pedraza. Uno, en el margen derecho. ¿Y el otro?, a la izquierda. Tenían casas y bastante ganado. No los mataban por menos de doscientas reses, cada uno. Tenían platica de verdad y querían arrejuntarse porque estaban solos.

Y esta mujer que tenía dos muchachitos quería hacerse rica de la noche a la mañana y enamoró al de este lao, y al del otro lao también. ¡Carajo, es maldad que el pollo pille! Prato le dijo que se iba a una fiesta en Altamira de Cáceres. Y ella se dijo: Este es el momento para pasarla con el Chingo.

Ella se vino a un baile que había en El Real donde también la enamoraban. Y decide regresar a la casa a visitar a sus hijos que vivían en el otro lado de la laguna, para irse a otra fiesta en Altamira de Cáceres. Después del último toro de la tarde, ella compra panes y catalinas para llevárselos a sus muchachitos, con los piensos de regresar a otra fiesta en Altamira de Cáceres. Y se marcha a las 5 de la

tarde. Estaba claro todavía. Pero cuando va por el camino se consigue a Prato que no le provocó irse. Y le dice:

—Te espero en la laguna. En el camino que da a la casa. ¿No vas a sabé?, cerca del caruto.

Pero en cosa de amores no todo sale nada perfecto. Más adelante estaba el Chingo esperándola. Y le dice:

—¡Te espero en la encrucijada de caminos! Allá, cerca de la laguna. ¿No vas a saber?

Quiere regresarse a la fiesta y no puede. Está a medio camino, y su caballo está muy cansado. Pero como toda mujer inteligente y avispada busca una salida al enredo. Y llama al Chingo quien está arreglando los estribos del caballo. Y le pregunta:

—¿A qué hora nos vemos a ver, mi amor?

Y le responde:

—A las 8 de la noche.

Ella se fue poco a poco y se dijo: ¿A las 8? Me voy a las 5, y a las 6 despacho a uno y a las 8 al otro.

Pero viene Prato, quien anda haciendo negocios. Y le pregunta:

—¿A qué hora nos vemos a ver, mi amor?

Y este le responde:

—A las 8, para que nadie sepa.

—¿No puede ser a las 7? Ya voy en camino.

—¡No, porque el hombre me trae el ganado a las 5! ¡Tú sabes que en cosa de animales alguna vaina pasa! Además, yo quiero estar bañaito y perfumaito para usted. ¿No es así mi amor?

Y ella le dice:

—Sí, está bien. Usted manda y yo obedezco.

Subió hasta Pedraza, y se pregunta: ¿Cómo hago para no encontrarme con estos hombres? ¿Si me voy por el lado izquierdo? ¡Está Prato! ¿Y si me voy por el lado derecho? ¡Está el Chingo! ¡Concho, se van a dar cuenta! Porque ellos vienen a las 8. ¿Cómo paso en este caballo por esta

laguna? Pero yo tengo que ver a mis hijos. ¡Qué buena vaina, carajo!

La laguna estaba llenita de agua. Y decían, que tenía como siete metros de profundidad. ¡Bendito sea Dios! Ella no encuentra qué hacer. ¿Si regresa? Tiene que dar la vuelta. ¡Qué vaina! Se había metío en un gran problema con esos dos hombres.

Es cuando mira que viene por el medio de la laguna hay un hombre en una canoa. Ella no supo de dónde salió. Lo cierto era que estaba frente a él.

—Tá, pla, ca tas, tas...

Sonaba la palanca en el agua. El hombre se quedó mirándola un buen rato. Tenía un sombrero grande y vestía de negro.

—¿Está pescando mi amor?, le dice ella:

Él la mira y le responde:

—De cuando en vez, y de vez en cuando. Pero yo no pesco con anzuelo. Ni con tarraya. Yo meto la mano y saco. Porque todos estos pescaos son míos.

La mujer echó el ojo y vio que aquello era verdad. Vio la laguna tejidita de pescado, que chocaban contra la canoa.

Y le dice:

—¿Cómo pesca usted?

—Mire, le responde.

Removió con la mano el agua de la laguna. ¡Removió, removió y removió! Y al rato, agarraba y sacaba los pescaos, y los iba metiendo en la canoa.

A la mujer no le dio miedo. Al contrario, le dio curiosidad. Porque cuando hay ribazón, los pescaos le caen a uno en las manos. Y sin tener nada que darle.

Y él le dice:

—¿Usted para adónde va?

—Yo tengo que cruzar para el otro lao. Pero tengo un problema, que de este lao me están esperando para matarme y del otro también.

—¿Para matarla?

—¡Sí!

Y le dice mirando aquel porte de mujer:

—¡Vamos a hacer un trato!

Ella le pregunta con picardía:

—¿De qué será? ¡Si es para acostarme con usted, eso es ya! ¡Eso es llorando y vistiendo el muerto! Porque no tengo mucho tiempo. Y la carne se enfría.

—No, usted no sabe de qué le voy a hablar.

Y ella le dice:

—Es verdad. Yo siempre de salía.

Él le sigue hablando, porque están en una conversa. Y la mujer está apurada, mira para allá y para acá:

—¡Yo me voy a bebé esta laguna de agua!

La mujer se echó aquella carcajada.

—¿Cómo se va a bebé esa laguna? Yo no he visto a nadie que se beba una laguna. Se beberá una camaza. ¿Usted creé que yo me voy a acostar con usted por eso? No, que va.

—No, pero yo me la bebo. Si quiere meta el caballo ahí, para que usted vea que le voy a bajá un tolete largo. Métalo hasta donde llegue el lomo del caballo. Vaya metiéndolo. Ahora vea.

El hombre agarró el sombrero y empezó a beber: Gua, gua, gua.

Y cuando la mujer se dio cuenta, la laguna estaba por la mitad de las patas del caballo.

Y la mujer se dijo: ¡Es verdad, el hombre se bebe la laguna! Y en silencio se dijo: Este es el hombre que me puede sacar de esta vaina, y pasarme para el otro lao.

—¿Qué quiere usted que yo le dé?

—Usted va a pasar para allá. Si usted pasa en menos de siete horas. Y yo estoy tomando agua, usted me gana. Pero si no, usted tiene que darme su alma.

¿Cómo hago yo para que el hombre se beba esta laguna, y que yo vaya en menos de siete horas?

Ella le dijo:

—¡Vamos a hacer una cosa, póngala más pequeña!

El hombre miró para todos laos.

—¿Quién es esta que me está desafiando?

Ella le dice:

—Yo sé con quién estoy hablando.

—¿Con quién cree usted que está hablando?

—Yo estoy hablando con el Diablo de Pedraza. El Dueño de esta laguna.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Porque yo lo he visto muchas veces. Lo que pasa es que usted no me ha visto a mí.

—Bueno, ¿vamos a hacer ese trato?

—Yo voy a estar aquí en menos de una hora. Si yo estoy en menos de una hora, usted me deja en paz, y se lleva a los que vienen.

—Trato hecho.

—Te estoy dando un alma por dos. Me estoy rebajando.

El Diablo vio que aquello era mantequilla. Y se dijo: No, esto es mío.

Y se saboreaba. Y ella arrancó en el caballo.

Y el Diablo empezó a beberse la laguna. ¡A beberse la laguna, a beberse la laguna, a beberse la laguna, beberse la laguna!

La mujer va avanzando, llegó allá, habló con los muchachos y se vino: tá, tá, tá...

Y echó una orinada, bastante. Orinó como siete litros. Y fue donde los muchachos y les echó la bendición. Y echó otra orinada. Y aquello era un chorrito que no cesaba. No hallaba como secar esa vaina.

El Diablo: fliss, lapi, lapi, lapi.

Cuando ve que ella viene, y ese chorro de agua no se secaba. Y veía el chorro que venía más atrás. Y ella se vino por entre el manantial y le dijo:

—¡Aquí estoy yo! ¡Trato hecho! Llegué antes de la hora. Ahora, usted se lleva a los que van a venir. Y lo volvió a retar.

Y arrancó para allá. Y le dijo:

—Si yo regreso y usted ha secado la laguna, usted me lleva.

Salió y volvió a correr en el caballo, y más allá echó otra orinada, y otra orinada.

Cuando salió, pegó un grito. Y el Diablo sacudió las patas. En eso ve que vienen los dos hombres. Los mira. Él llegó y se metió en el agua. Y los hombres empezaron a discutir.

—¿A quién era que estaban esperando?

Y era nada más y nada menos que a la misma mujer. Y empezaron a sentir celos. Y a pelear. Y a las 6 de la mañana ya eran difuntos. Solo se escuchaba el zumbido.

¿Y el Diablo?, se los llevó por encima de la casa de la mujer, como diciéndole: ¡Gracias!

Y así fue cómo el Diablo, gracias a esa mujer, se llevó a dos hombres en la laguna de Pedraza. Pero gracias a la mujer no pudo secar la laguna.

Informante: Livio Delgado Godoy.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Pedraza, edo. Barinas, 2008.

El cocodrilo de Antonio José Casadiego

Para Alicia Villegas.

Este es el uno de los cuentos de la Bola de Fuego, o como se le presentó el Diablo a Antonio José Casadiego para cobrarle una afrenta. ¡Eso da miedo, oyó! ¡Miedo de verdad!:

Él era un cabestrero muy afamado del Hato Las Queseras, de Augusto Gutiérrez. Un hombre de mucho valor. Y que de vez en cuando iba a El Real a encontrarse con Luis Lozada, El Cúbiro, o a echar una canta con El Carrao de Palmarito y los copleros de Trinidad de Arichuna. Cantaba como un pito. ¡Cará! Solamente le podía llegar Eneas Perdomo.

Y decían que era mañisto, porque antes de cantar o de pelear un gallo, se echaba un palo de aguardiente claro, le metía una pella de chimó al restante y escondía la botella detrás de la gallera. Y después salía por otro camino limpiándose la boca, como si acabara de comer.

Bueno, era su secreto, y eso se respeta.

Su caballo era negro como la noche. Nunca montó un caballo de otro color. Yo, que lo conocí cincuenta años y que trabajé con él amansando ganado, cazando y cachilapeando, digo que él no montó un caballo que no fuera negro. Decía que prefería andar a pie que montado en algo que no pisara el suelo.

Había una fiesta muy bonita, en las tierras de Elorza, y él llegó de Barinas con un cargamento de ganado bastante grande, mucho chigüire, carne y bagre sarpreso. Los

había vendido muy bien. Y tenía tanta plata que no hallaba dónde meterla. Y le mandó a hacer a los pantalones otros bolsillos para poder meter la plata que tenía.

Cuando llegó al pueblo, había una jugada de gallos. Con la cuerda de San Rafael de Onoto, Guanarito y Santa Cruz del Amparo. Eran tantos gallos cantando, que uno perdía el juicio.

Él llegó con un gallo pataruco y sin pelar. Todo el mundo lo vio raro y con desprecio:

—¿Y ese hombre va a jugar ese gallo pataruco, así, sin pelar?, decía la gente.

—¡Eso no puede ser!

—¡Descuidado, feo y viejo!

Él cargaba el gallo y no lo dejaba tocar con nadie. Las espuelas las tenía tocona. Solo uno se dio cuenta, un hombre que se llamaba Casimiro Reina. Él vio que agarró la navaja y le socó punta a las espuelas del gallo con el filo de la navaja. Y después amoló la navaja en el pico del animal.

—¿Qué vaina es esta? Esto es brujería.

Ahí había una vaina bastante rara. Este hombre le había pedido la navaja para cortar un pedazo de carne en las afuera de la gallera y la navaja no le cortó. Él llegó y le pasó la navaja por el pico al gallo para probarlo si es verdad que la navaja corta.

Y le dice:

—¡Cámara Antonio, présteme su navaja, que tengo ganas de comerme un tasajo!

Y él le dio la navaja. Pero cuando va a picar la carne, cortaba tanto que de vaina no se cortó un deo, porque la navaja cortaba demasiado.

Él devolvió la navaja con sumo cuidado. Y al rato llegó otro, un muchacho llamado Antonito Sarmiento, recuerdo que a ese muchacho lo mataron ese día. ¡Dios lo tenga en gloria! Llegó y le dijo:

—¡Présteme la navaja!

Y el muchacho lo hizo para ver si era verdad que la navaja cortaba.

Y Antonio José Casadiego le dijo:

—¡Déjeme sacarle filo!

La pasó por las espuelas del gallo y se la dio. El muchacho fue a picar el tasajo. La navaja pasó con tanta rapidez que le tasajeó la mano y lo mancó.

Él trajo la navaja y se la tiró en el suelo:

—¡Tome su vaina!

Él recogió la navaja. Y le dijo:

—¡Quién lo manda a no cargar cuchillo! El llanero se conoce por el jeme y medio en la cintura. No le está pidiendo las vainas a otro.

Empezó la gente:

—Que el hombre cargaba una botella de aguardiente.

—Que se metió su revoleta de chimó.

—Que el hombre cargaba una botella de aguardiente con bastante chimó y le echó al gallo.

—¡Cará, al rato le echó aguardiente con chimó al gallo!

Cuando colocaron el gallo, él lo colocó en el lado izquierdo de la gallera. Y el gallo se aplastó. Todo el mundo decía:

—¿Quién va a apostar a ese gallo? ¿Quién?

—¡Ese gallo está aplastado! ¡Ese gallo está muerto!

Al rato se puso a cantar. Hacía como un quejido. Un quejido raro, así, con un gran desconsuelo. ¡Carai, un gran desconsuelo!

Traen un gallo muy fino, un gallo giro. Lo traen de las cuerdas de San Rafael de Onoto. Lanzan el gallo y nadie apuesta al gallo de Antonio José Casadiego. Él sí. Él salió apostando 1000 pesos adelante, y cuando todo el mundo decía:

—¿Quién apuesta al gallo de él?

—¡Nadie!

Todo el mundo apostaba al otro.

Y él decía:

—¡Voy 2000 pesos adelante!

Y nadie decía nada.

—¡Voy 2000 mil pesos adelante!

—¡Voy 4000 mil pesos adelante!

—¡Voy 5000 mil pesos adelante!

Y todos, los del otro lado, apostaban al gallo de San Rafael porque lo veían vencido.

El gallo ha podido darle la vuelta al giro. Y vuelta para allá y vuelta para acá. El otro gallo, que era muy ágil, le dio con el ala. Le dio con el pico. Le sacó un ojo al gallo de Antonio José Casadiego. El gallo se fue arrinconando. Todos pegaban gritos, porque veían que le habían ganado. Y al rato volvió a saltar el giro, y, pass; le sacó el otro ojo.

Ya lo veían vencido. El gallo de Antonio José Casadiego, cuando se vio sin ojos, era como si viera más. ¡Era más fuerte! ¡Más fuerte! En una de esas, los gallos se van para arriba. Se dan con el ala. Se dan con el pico. Y el gallo de Antonio José Casadiego le dio: saas. Y dejó al giro, mataito, en el círculo de la gallera.

Todos quedaron en silencio. Antonio José Casadiego agarró el gallo. Agarró el aguardiente claro con chimó y se lo pasó por los ojos al gallo. Y lo tapó con una bolsa negra. Empezó a cobrar.

Los muchachos, que estaban resabiao:

—¡Ese gallo está embrujao! ¡Ese hombre nos mató!

Y hubo otro que dijo:

—¡No, que va a matá! Eso es que ustedes desconfían. Y en las peleas de gallo hay que confiar en uno, en la certeza y en la sájita. Porque el animal lo pueden matar de un brinco: es verdad.

Pero los muchachos no creyeron en eso y se tejieron a cuchillo. Y se han podido matar del otro lado de la gallera.

Antonio José Casadiego agarró el gallo. Cuando estaba a siete pasos de ahí, lo sacó de la bolsa y lo echó a correr. Lo volvió a meter en la bolsa y el gallo tenía los ojos igualitos.

Dio siete pasos para atrás. Recogió la botella de aguardiente claro. Se fue por el camino, arriba de su caballo, y allá va contando los reales que se ganó en la gallera. Dejando a los muertos esteraos a la orilla del tranquero.

Ese día se fue por el camino de la voladora. Era un hombre que se sentía seguro, decía su hijo, que en paz descanse. Porque toda la familia se le había muerto, y él era el único que quedaba. Había hecho un pacto debajo de un mijao. Pero andaba desandando por el mundo y no lo había pagado.

Cuando va pasando por la vuelta de la voladora, el caballo se le barajusta. Y en minutos, se le prendió en candela un montarascal. El caballo se le fue. Y él empezó a pegar gritos en aquella soledad. Se le fueron quemando los billetes en las manos. Se le quemó el gallo. Y salió una bola de candela que se fue dando tumbos por toda la llanura en medio de su gran alarido y desconsuelo.

Y este fue el final del corrido de Antonio José Casadiego, el brujo y gran jugador de la llanura.

Informante: Hortiquio Díaz.

Colector: José Daniel Suárez Hermoso.

Transcripción: María Yolanda Suárez.

Lugar: Fundo El Tranquero, El Real, edo. Barinas.

Palabreo sobre los cachos, por un cachero

Me lo dijo al lado de Maruja, su eterna compañera: “El cacho es un cuento corto, que nadie sabe quién lo hizo. Ni quién lo trajo al mundo. Es libre en su creación. Y todo llanero es dueño de un cacho. Busque, jurungue y vea. Y encontrará en toda la llanura mujeres y hombre diestros en el arte de contar cachos.

Eneas Perdomo, El Cazador Novato y Eladio Tarife, eran grandes cacheros. Pero también Josefina Castillo, Magdalena Sánchez, La Nena Sánchez, Meri Carruido y las mujeres del Hato Quitapesares de Sabaneta también lo son. ¿Por qué? Porque es un arte. Eso sí, hay cachos para alegrar y cachos para recordar.

¿Cuáles son estos? Los de tragedias no sirven para alegrar. El asesinato del caballo Furia, la muerte del caballo Tormento. La muerte de Sexagésimo en la vía del Baúl, no son cuentos para fiesta, pero ellos andan en la canta y son la versación. Son cuentos como se dice, de respeto. Esos son cachos para pensar. Y hay cachos trágicos o dramáticos como dicen las mujeres de Santa Inés. Pero también hay cachos de humor, o humorísticos, como dice mi compadre Eulogio Medina, en Las Mercedes del llano. Por cierto, es uno de los grandes cacheros de la llanura. Me contaba mi compadre Yorman Tovar, y esto se cuenta, y no se cree, parece mentira de la buena y no lo es, es de purita verdad:

Que un día a él le pegó unas ganas de comer carne asada en Guanarito, y cuando abre la puerta, tiene un maute de más de cuatrocientos kilos asándose en el tranquero. Era tan grande ese animal, que él mismo se echaba

sal y orégano en el lomo para estar más gustoso, y hasta la mujer se le quemó las manos, jalándolo. Porque el maute quería estar en el centro de la casa. Unos dicen que eso fue un regalo de Vidal Colmenares para echarle una broma a su compadre. Porque un día él amaneció con ganas de regalar cincuenta mautes de su fundo y lo hizo. Todo el que pasaba por Guanarito y agarraba la ruta del Silbón a la Sabana Franciera, y de allí a Santa Inés, se llevaba un maute de Vidal Colmenares a hombro. Lo cierto es que lo andan buscando y no para darle las gracias, sino porque llegaron unos señores cobrándole la carne del maute que se comió. Esas son las cosas que se miran y no se creen.

Informante: Víctor Manuel Gutiérrez.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Hato Barretero, El Tinaco, edo. Cojedes, 1999.

* Víctor Manuel Gutiérrez, compositor, poeta y cachero. De allá de Guanarito, de la tierra de Cheo Hernández Prisco. Ganador en tres oportunidades del Festival Internacional El Silbón de Oro.

Cacho en la manga: Palabreos sobre Teodoro Heredia y el compa Linares, antes del primer toro de la Reina

Para José Joaquín Herrera.

Este relato se lo debo al coleador Pedro Miguel Terán, hombre bueno entre los buenos. Y con un lazo en la mano, no había quién le llegara:

Esto pasó en una tarde de toros coleados, en la manga Negro Rivero, de San Carlos de Austria. Un 4 de noviembre de 1988, día de San Carlos Borromeo. El santo más pequeño de Venezuela, pero con un corazón del tamaño de la llanura. ¡Qué santo tan milagroso! El día que se estaba muriendo mi caballo Lucerito, él me lo salvó. Yo lo vi salir de la caballeriza y hablamos un buen rato. Habla bien pausado ese hombre. Me decía el santo:

—Hay que tener cuidado con la salida del toro, porque todo el mundo está inquieto.

¿Y quién no? Es el primer toro de la tarde. ¿Y la manga?, de bote en bote. ¡No cabe un alma! ¿Y en el palco?, la reina bellísima. No se ha visto algo igual en una fiesta en mí honor.

Otro embustero que va pasando dijo:

—Gastaron veinte sacos de guaral. Un camión volteó de papel de colores para adornarla. ¡Mire, palabrita de Dios! Por estos ojos que se ha de tragar la tierra, aquello era como ir por dentro de una guacamaya. Es que uno lo sueña y se le aguan los ojos.

Y otro que le contrapunteaba con embusterías le decía:
—Aquello sí era un trono de verdad, compadre. Con decirles, que llegaba a las nubes. Por eso no le pudieron tomar fotos a la reina, ni tampoco al conjunto, que era, inada más y nada menos, que Oro de Venezuela, de Amado Lovera! ¿Y la animación?, del Pelón Espinoza. ¡Ayayay! ¿Y cómo cantante?, Francisco Montoya, quien arrancó con un Merecure.

¡Imagínense ustedes, para qué más! ¡Esa tarde estaba mi amor! ¡Muchachas bonitas y gente muy alegre! Vinieron de toda la llanura. ¿Y de pronto?, por los altavoces escuchamos en tono altanero, como hacía Ángel Custodio Loyola:

—¡Dele largo, primo!

Le dijo Francisco Montoya a Amado Lovera. Imagínese ustedes, ya estaban alegres, dicen unos. ¡Él era un llanero de verdad! ¡Nada más y nada menos, que pegarle ese grito al uña de Oro de Venezuela! ¡La tarde estaba encendida! ¡Qué tarde tan hermosa! Y Amado le responde con el arpa a tono:

—¡Dele pué, que...

Y él pega el grito:

*¡El arpa me está llamando
para seguir con la canta!
Y si no le pego el grito
sé me seca la garganta.*

Y mira al Carrao, quien será la estrella de la noche, y le dice:

—¿Verdad Carrao?, que:

*Nadie sabe cuántos santos
en esta tarde se encuentran*

*muchos dicen que son mil
en los toros de una fiesta.*

El Compa Linares y su caballo Tormento esperaban en la puerta de la manga la salida del toro. Yo estaba allí, al lado de Zapata y de Manzo. Cuando miré que entró Teodoro Heredia en un caballo mosqueoa, tenía una tristeza tan grande aquel hombre, que el cuerpo se le puso chiquitico. ¡No tenía cuerpo para tanto dolor! Que fue y buscó al Compa Linares y le dijo:

—¡Cómo me hace falta mi caballo Furia, compadre!

Llegó y le dio un latigazo con tanta fuerza al portón, como sacándose ese gran dolor del alma, que todos los animales, se barajustaron. Y allí fue cuando dijo:

—¿Yo debí tener valor?

Y como no había llegado el juez de manga, me siguió hablando:

—Compadre, yo estuve a punto de venderle mi caballo al Diablo. Si lo hubiera hecho, aquí lo tuviera conmigo. Ese caballo era como un perro. Hacía lo que yo quería.

Y seguía recordando:

—¿Y quién no? Esta manga tiene la historia de mi caballo. Vivió aquí sus momentos de gloria. Pero, más pudo el miedo que la valentía. Tuve miedo de que se lo tragara la sabana para siempre. Lo que más lamento, y me da un gran sentimiento y rabia, es recordar cómo le gustaba ese caballo a Magdalena Sánchez. Yo debí regalárselo, ahora debe andar en la sabana del cielo con él. Cómo quiero yo a mi caballo.

Yo le pedí a Joel Hernández que me compusiera ese: “Viejo soguero”, ese canto al toro que le mató el caballo. Porque los dolores por un caballo son igualitos y tienen parencia. ¡Ave María Purísima! ¿Por qué será que en la llanura hay tantos diablos compadre? Yo le agradezco al Carrao de Palmarito ese hermoso corrió que le hizo a

mi caballo. Lo que pasó compadre es que el me lo pintó igualito, y a mí me dio un dolor tan grande que lo miré como cuando llegó a mis manos en un charco de sangre.

—¿Quién mataría a ese caballo?

—¡Nadie supo compadre! ¡Nadie supo!

—¡Un Diablo! ¡Un Diablo seguramente!

Le responde Linares:

—Porque hay diablos que desandan por caminos, manglares, apariciones, fieras, gruñen y cruzan.

Y le dice Teodoro, agarrando el cabestro del freno del caballo:

—¿Será que somos espantos, compadre? ¡Hasta la Muerte es un espanto! A ella no le importó mi dolor, ni nada. ¡Es cruel! ¿Quién es más Diablo compadre? ¿Él o el hombre? ¿Qué culpa tuvo mí caballo de ser famoso?

—¡Se viene el toro compadre!

—¡Se viene!

Grita Pelón Espinoza:

—¡Toro solo, solo! ¡Solo, soolo! ¡Ha maceta e' toro, de la ganadería La Catalda!

El arpa se tejió entre cacho y bordoneo.

—¡Presten atención señores!, dijo Pelón Espinoza:

*Del toro la punta el cacho
¿del caballo? la carrera
de la muchacha bonita
la cincha y la gurupera.*

Los coleadores se plegaron a las barandas de la manga, para que Teodoro Heredia agarrara el rabo del toro. Y le regalara a la reina una coleada de maestro.

El toro se fue filo e' lomo, con las patas abiertas. Las barandas se venían al suelo. Y ese fue el primero y el último toro que tumbó Teodoro Heredia. Un toro glorioso.

—¡Coleadores atrás, tiempo vencido para ese toro!

Gritó el juez de manga y Pelón Espinoza pedía:

—¡Más joropo y más llano!

Y todos salimos de allí, a seguir la conversa sobre el legendario caballo Furia. Pero Francisco Montoya cantó:

*Adiós llanos del oeste
matorrales y caminos
no sabes con qué dolor
de tu lado me despido.*

El hombre se fue en llanto. ¡Mire, cámara, palabrita e' Dios! Yo le presté el pañuelo para que se secara las lágrimas.

Informante: Pedro Miguel Terán.

Colector: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Hato La Catalda, de Evencio Duque, edo. Cojedes.

Transcripción: Nelly Coromoto Suárez.

Después de los toros coleados y con la fresca

Recuerdo que esta cuentería la hicimos en la casa del Campeón Nacional de Coleo y compadre, José Joaquín Herrera. Muchos arpistas tocaron esa noche: Amado Lovera, Cándido Herrera; don Silvio Cancines y Lionzo Vera, entre tantos que no recuerdo. El Contrapunteo se hizo gala en la voz de Antonio Sosa Mejías y Juan de los Santos Contreras, la estrella de la noche, naturalmente. Ese día me regalaron una colección de la disquera Cachilapo. Allá la tengo. ¿Saben quién me la entregó? ¡Nada más y nada menos que La Nena Sánchez! ¿De licores?, ¡ni se diga! ¿Y de ternera?, ¡menos! Imagínense ustedes, una fiesta organizada en el río Cojedes por Valentín Carussí. ¿Qué podía faltar? ¡Nada! ¡Nada! Y para Amado Lovera, a quien consideraban su hijo, menos.

Informante: Andrés Herrera, Campeón Nacional de Coleo (2018).

Lugar: San Carlos, 1984.

Información: “Un comentario sobre el coleo”, cedida para *Cuadernos de la oralidad del llano*, del Cinvest.

El Diablo de Acarigua

Un cacho es un cuento corto que hace reír. Un cuento que se cuenta entre golpes y golpes de bandola, de arpa y joropo. Se hace en las fiestas y cuando se afina el arpa. Son cuentos alegres como un carnaval llanero.

REINALDO ARIAS HERRERA.

Para José Hernández.

Y hablando de los cachos alegres, aquí les traigo el Diablo de Acarigua. Este cacho me lo contó Desiderio Espinoza, en el Fundo La Terecaya, de Valerio García, allá en las Majaguas del estado Portuguesa:

Y es la historia de un Diablo muchacho que se fue a vivir a la mata de mango de la carretera de Acarigua. Un Diablo fino. No le gustaban los ríos, ni los manglares. Era de película, ciudadano, le gustaba que la gente lo viera. Era jugueteón, como este que me está mirando.

¿Cómo llegó allí? ¡Nadie supo! Dicen que se le escapó a los diablos de Guatire. Otros, porque nació sin cachos.

Una de sus admiradoras y gran comedora de diablitos le preguntó:

—¿Por qué a usted no le han montado cacho? Usted debe ser como yo, que nací sin ellos y me los han montado muchas veces, pero no me han salido todavía. ¿Usted cree que me salgan?

El Diablo se puso bravo y dejó dos años sin darle real a la gente. A otro que castigó fue a Valerio García. Quien le preguntó:

—¿Por qué usted no tiene cacho? ¿Quieren que se lo monten?

Otros le preguntaban:

—¿Señor, a usted se lo han montado?

—¡Carajo, hay que respetá!

Y ha cogido una rabia tan grande que dijo:

—Les voy a poner un par de cachos a todos. Y doña Eulogia, una señora que se la pasaba rezando en todas partes, fue con otras mujeres a buscar a los mamadores de gallo, para quemarlos con familia y todo. Porque ellos eran los culpables de que sus hijos nacieran con cachos. Y que encontraran a su marido tocándose la frente con gusto.

¡Ah pícaros! ¿El que se sienta libre de pecado que arroje los primeros cachos? Y le salieron cuatro de la cartera a doña Eulogia. ¿Cómo la ve usted?

Otro compadre, que le dicen El Caramú, lo fueron a buscar para que les prestara un par de cachos al Diablo, porque iba para una fiesta en La Chepera y la cumpleaños quería ver un Diablo con cachos. ¿Ustedes han visto? ¿Y él? No se los quiso prestar. Eso es malo. El que quiera tener cachos hay que dejarlo, y si no, ayudarlo para que los tenga.

No le pidan comida, porque los pone a comer como él come. ¿Y de dónde van a sacar ustedes, si no hay?

¡No le pidan mujeres! Porque a él le sobran. Y las da de cinco en adelante.

Mi compadre Rufo cerró los ojos y le pasó una catira por la mente. Y cuando los abrió, la tenía allí, diciéndole: papi rico. ¿Cómo hace usted con doce mujeres? Ahí está, manteniéndolas y cuidándolas que no se las lleve el gavi-lán. Parece un palo de fósforo. Trabaja y trabaja.

¿Y el Diablo?, lo que hace es reírse.

La comadre Alejandrina Camacho estaba enamorada de un gandolero que había visto en San Rafael de Onoto.

Cerró los ojos y cuando los abrió, tenía siete negros persiguiéndola. Y allí está, pidiéndole que les quite esa hombrería de encima.

¿Y el Diablo?, lo que hace es reírse.

Que no le vaya a pasar como a Eulogia Muñoz, que el Diablo le dijo: ¡Venga para dale! Y quería tantas cosas, que le quedó la mente en blanco, y le calló la noche. Y el Diablo apurado porque tenía una fiesta. Y ella: ¡Ya va, ya va Señor Diablo! Y llegaron unos vagos y la dejaron desnuda en pelota. Y todavía sigue con la mente en blanco..., como que le gusto la vaina.

¿Y el Diablo?, lo que hace es reírse.

Hagan como mi primo Rafael Suárez, ese sí es un hombre inteligente, cerró los ojos ¿Que consiguió? Una camioneta ranchera, bien preñá la camioneta. Aquello no cabía por la puerta, tenía nueve meses de embarazo. Ayer le parió, y ya las camioneticas roncan. La semana que viene va a vender cuatro. Yo le dije que dejara que engordaran más, quién quita, lleguen a ser busetas. Uno no sabe, si es que están por darle.

Así, que si ustedes quieren cambiar de vida, vengan al mango de Acarigua, y pidan, pidan por esa boquita, porque el Diablo, lo que hace es reírse.

Informante: Desiderio Espinoza.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Fundo La Terecaya, Las Majaguas, edo. Portuguesa.

Una cuentería en el playón

En esta cuentería, recuerdo que llegaron muchos cacheros que venían del canal de la Portuguesa, y uno de ellos, Alejandro José Espinosa González, me dijo dos cosas importantes sobre los cachos. Una, que el cachero tenía que tener sájita, ser relancino, incluso, más que el contrapunteador. No ha comenzado el cacho, cuando ya tiene que saber el final. Y la segunda, que el cachero botaloneo no tiene vida. Tiene que ser ágil. Porque los cachos son para que la gente se alegre. Porque un buen cachero revive la fiesta. Y una cosa muy noble, todo cacho tiene su poquito de verdad. ¡Dígame usted! ¿Quién no quiere encontrarse con el Diablo de Acarigua para pedirle plata? Eso es como un padrino. Uno espera el día del santo para que le compre los estrenos, como dice mi compadre Cheo Hernández Prisco:

*¿A quién no le va a gustar,
beber y que le den fiao,
beber a costilla de otro
y amanecer bien rascao?*

¿A quién?

Informante: José Espinoza González.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: San Rafael de Onoto, edo. Portuguesa.

El Diablo que secaba la laguna de Pedraza pa' verse con una novia

Para Noris Pacheco.

Este es un cacho de purita verdad, un cachito.

¡Yo soy un hombre que se resbala en lo seco y se para en lo mojado! Si usted quiere, me experimenta. Y creo que aquí hay un brujo. Y me están haciendo brujería, para que yo me encalamoque. Pero no me voy a encalamocar, porque la verdad es hija de Dios. Y yo vine a contarle un cacho:

Lo cierto es que descubrí que cerca de la casa había una laguna. Y un paso largo por donde uno llegaba. Ese paso tenía monte de lao y lao. Y monte del otro lao también. Era unos montarascos muy grandes. Y se decía que había culebras en bruto. Y que uno con el machete de un solo lamparazo mataba a cien. Imagínense ustedes, ¿Cuántas hay?

Una vez se oyó que caballo que se metía, caballo se moría. No había forma de cruzar la laguna, a menos que fuera en canoa. Allí vivía una culebra de siete cabezas. ¡Sí, una culebra es peligrosa con una! ¿Cómo será con siete? ¡Ave María Purísima!

Lo cierto es que yo llegué y me dije:

—Mira, Secundino, pescar encaramao.

Vi un caujaro y me subí. Agarré el anzuelo y lo tiré. Saqué una cachamita de cinco kilos. Y la guindé. ¡Y fui sacando y guindando! Cuando me di cuenta el palo estaba forradito de cachamas, palometas y guabinas. ¡Era un palo de pescado muy bonito! Pero no me había dado cuenta lo que eso significaba. Yo seguí pescando. Y de repente, veo a un hombre que con el sombrero hizo unas vainas en el agua: iguas, guas, guas!

¡Apartó la broza! Pero hizo un camino lago que daba a una casa. Y volvió a meter el agua. Y quedó la laguna igualita. Se lavó los pies en la orilla, como si nada. Andaba vestidito de blanco. Pasó por el barrial y no se ensució. Hizo una vaina en el agua otra vez. ¡Y el agua volvió a abrirse como un abanico!

¡¿Qué es esto que estoy viendo?! ¡Eso no puede ser posible! ¿Calle por medio del agua? Cuando yo estoy jalando aquella vaina tan grande que viene pegada en el anzuelo, el hombre pegó una risa y me dejó en una claridad. Ahí reconozco que me asusté, sí, y mucho. ¡Cuando estoy sacando un caimán como de mil kilos! Lo saqué y lo coloqué en la mata y la mata se viene pal suelo. Estaba todo despresado, las patas por un lao y la cabeza por el otro.

¡El bicho se ríe, y bien feo!

¡Yo empecé a crecer!, que veía las nubes, más o menos, como a cuatro leguas del suelo. Y el bicho vuelve a reírse. Y llego y veo un enjambre de garzas que venían por el cielo. Oscurecían por donde pasaban. Eran miles, y cayeron en el palo y se comieron los pescaos que estaban guindaos. Cargaron hasta con el caimán. Y me vine para la casa con el anzuelo pelado y sin nada.

¿Y el bicho?, riéndose.

Al día siguiente cuando voy al pesquero, el tipo estaba montado en la mata. No estaba pescando. Yo esperé que se bajara. Vi que estaba vigilando a una mujer que vivía

del otro lao. Y me quedo ahí. Y me digo: Aquí me la vas a pagar todas.

Él hace otra vez una carretera por el medio del agua. Y se volvió a subí al palo. Yo aproveché. Y me fui por ese camino a mirar la mujer y a decirle unas cositas. Cuando él me vio, ¡hizo una vaina!, me tiró el agua encima. Me estaba ahogando. Y me gritaba:

—¡Párese para que nos matemos!

—¡Yo me resbalo en lo seco y me paro en lo mojado!, le digo.

¡Y me vine como un fuera e' borda! Fuisssss.

¡Lo agarré por los pantalones y se lo tiré al agua! ¡Y palo y palo con ese cipote! En una de esas le quité el sombrero que era donde tenía el poder, y se lo tiré bien lejos. Estábamos mano a mano. Él sin sombrero y yo sin sombrero, porque él tenía la fuerza en el sombrero. Y le eché una pela, para que respetara. Él no sabía por dónde me había ido. Él estaba preocupado por la mujer, y resulta que la mujer lo remató. Yo vi cómo le echaron una pela, por ponerse a pelear conmigo. Porque yo soy un hombre sagrado.

Eso es lo que le pasa a los entrometidos. ¡Dígame, eso, pelear con el Ruiseñor de Caldera!

Es que se cuenta y no se cree.

Informante: Livio Delgado Godoy.

Colector: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Altamira de Cáceres.

Transcripción: Deibi Díaz.

El Diablo miedoso de José Pachano

Para Giondellys Montilla.

Caramba, este es un cuento que me gusta mucho. Y me lo contaba José Clemente Guerra. Y se lo escuché después a María de los Ángeles Sequera, una cuentera que venía de la sierra. También se lo oí al gran embustero del Charal, a Roso Peñaloza Álvarez. José Pachano dijo en una cuentería que ese cuento era suyo. ¿Y quién lo niega? Si todos los cuentos de El Baúl hasta Arismendi son de José Pachano. Es un cacho de la historia del llano. Un cuento purito. De purita verdad, que a los viejos les gusta mucho:

Ustedes saben que el Diablo es un hombre que anda por todo el llano. Y a este Diablo siempre le llega otro Diablo más grande. Y ese Diablo grande fue el General Ramón Guerra. Un hombre muy malo en la época de Gómez que vivía en las tierras del Baúl y el Barbasco. Pero que se hizo sentir en toda la llanura con un ejército de soldados que mantenía la Guardia Negra, y que se comían todo lo que encontraban a su paso. Eran como la langosta. Y más malos que la peste del vómito negro. Se les conocía porque andaban con los zamuros encima. Eran tantos los zamuros que los seguían que parecía que iban en la oscuridad.

A él le dieron un poco de morocotas muy grande. Él se fue a Maracay, y el General Gómez le dice:

—Bueno, y ¿qué quiere mi General?

—Que me dé, para darle la mantención a la tropa, que ya tienen bastante tiempo sin pago.

Llegó el General Gómez y se metió para un cuartico donde tiene un cajón como de siete metros de morocotas. ¡Y le dio! Metió una totuma y sacó siete totumas de morocotas y se las metió en un morral.

Una morocota se cayó porque el morral tenía un huequito, y él intentó agarrarla. El General Gómez le dice:

—¡Tenga mucho cuidado de agarrar lo que en el suelo se caiga!

Él se fue preocupado por aquello que le dijo el General. Porque el General Gómez era un hombre sabio. Y se comentaba que este General se robaba la plata.

Cuando llegó al Baúl se le olvidó lo del General Gómez. Y se fue de visita de pueblo en pueblo. Y a hacer fiestas con todas las mujeres de esos pueblos. ¡Y a repartí real! Tenía en todo Cojedes y el Guárico, imás de cuatrocientas mujeres! Y a todas las atendía. ¡Bendito sea Dios! ¡El General Ramoncito Guerra!

Muchos decían que tenía pacto con el Diablo, porque para atender cuatrocientas mujeres, ¡Caramba! Hay que ponerle.

Al General le trajeron un cargamento muy grande de frascos, se los trajeron en el vapor El Meta. Lo último que miramos fueron catorce arreos de caribe seco. Eso y que le daba una vitalidad muy profunda para atender a esas cuatrocientas mujeres.

¡Llegó a tener tres mil quinientos hijos! Por eso es que la plata no le alcanzaba. Ni había tanta comía para mantenerlos. Y también la guerra acabó con todo. Y también los soldados tuvieron la culpa. Porque se lo comían todo. Los soldados fueron donde el General Gómez y él llamó a Juventico. Y le dijo:

—¡Vete al Baúl! Porque los soldados están desertando. Están muertos de hambre. Y Luis Loreto Lima está armando otro ejército con Arévalo Cedeño.

El muchacho era teniente de la Guardia Negra. No era General, pero era el hombre de confianza del General Gómez. A quien le ponía el ojo era hombre muerto. Tenía tanto poder, que lo que quería lo tomaba. Era él, y todo el mundo le tenía miedo también. Cuando llegó le dieron el parte:

—¿Los soldados se quieren ir?

—¡Sí, es verdad! ¡Todos nos queremos ir!

—¡Pero hay que buscar comida! ¡Así sea debajo de la tierra!

Dice el Comandante enviado:

—Hay que lanzar un decreto. Escriba allí:

“Que todo aquello que está en las tierras de El Baúl, que se mueva y tenga cachos, sea presentado, juzgado y pasado por las armas ante la comisaría del Estado mayor. Quien una vez ejecutado el fallo y colocada la carne en los asadores, deberá probar la carne para saber su procedencia. Y si las vacas o los mautes son de Arévalo Cedeño, se los vamos a llevar al General Gómez de regalo”.

¡Peguen eso, en todas partes y le dan lectura, porque aquí hay mucho analfabeto! Entre ellos, en el ejército.

Y se fueron de pueblo en pueblo, y empezaron a traer chenchenas, terecayas, un cochino y también lo que recogieran. Y le dice el Comandante:

—¿Por qué trajeron eso?

Y responde un soldado:

—Porque tienen cachos mi General, y son bien sabrosos.

—Yo no sé si tienen cacho. Haga un cruzado con todo eso. Y me trae para hacer cumplir la ley, de que todo tiene que pasar por el Estado mayor. Y si el Estado mayor considera, comerán ustedes. Cúmplase.

El Comandante se molestó y él mismo se fue de pueblo en pueblo y empezó a matar gente. Muchos agarraron el monte. Otros se escondieron. Iban como unos forajidos. Eran malvados.

La Guardia Negra llegó al pueblo del Barbasco. Y no encontraron ni señales del ganado.

Los zamuros andaban con miedo, porque ya se los estaban comiendo. Y fueron a quejarse al Comandante. Y los mandó a buscar carne. Ellos revolotearon y buscaron aquí y allá, y encontraron dos sacos de cachos. Y fueron al cuartel a darle el parte:

—Mi Comandante, mire esto.

Y vaciaron los sacos de cacho, y dice el Comandante:

—Aquí hay trampa. ¡Ensillen, que vamos a buscar ese ganado! Ay de aquel que regrese sin una res, so pena de ser pasado por las armas, por el delito de abandono a la moral y a la patria.

Unos compadres que se enteraron de la jugada les dijeron a otros, porque ahí todo el mundo es compadre:

—¡Compadre, guarde el ganado, porque viene la Guardia Negra!

Y la gente empezó a cortar flores de trinitarias y clavellina. Flores de Araguaney, porque era el tiempo del Araguaney. Todo estaba amarillito y bonito. Y empezaron a agarrar las vacas y le pintaron los labios con onoto. Y le pusieron en los cachos flores. Y otros se los cortaron. Y las vistieron con flores de todos los colores. Y a los becerritos los metieron debajo de la cama. Aquellas vacas eran de flores, eran de colores y muy hermosas. Aquello parecía una feria. Y se reían de las cosas que estaban pasando. Y hubo vacas que se vistieron de burriquititas, porque le cortaron los cachos.

El General no sabía nada. Y vinieron los zamuros nuevamente a hablar con él:

—¿Qué pasa?

—¡No tenemos qué comer!

Entonces él le dice a otro, que es un Diablo también:

—Los zamuros vinieron a quejarse. ¡Tienen que recorrer la vaina! ¿Ustedes no comen? ¿Y qué fue lo que consiguieron ellos?

—Que encontramos varios sacos de cachos. ¡Miren!

—¡Hay trampa! ¡Hay ganado escondido! ¡Traiga todo lo que tenga cacho! ¿Me oyó?

Hay allí un hombre, y a ese hombre le dicen: ¡Que viene Ramón Guerra! ¡Y ese hombre es muy malo y es un Diablo! ¡Y les va a comer las vacas!

Una vaca lechera, un becerrito y un maute, que le servía de apoyo para poder sacar un pedazo de queso diario, la mantequillita y el suero. Para comer con los hijos.

La vaca fue a llorarle:

—¡Mire, que me van a convertí en morcilla! ¡Y me van a hacer tal cosa! ¡Y me van a sacar las tripas! ¡Y yo no quiero morirme así!

Y la mujer también:

—¡No!

Y los hijos, también:

—¡No!

Y al becerrito lo metieron debajo de la cama. Y le decían que hiciera silencio. Y le daban pedacitos de pasto por debajo de la cama. Él no hallaban que hacer. Aquel hombre desesperado, caminaba de aquí para allá, y de allá, para acá.

Y dice:

—¡Bendito sea Dios! ¿Qué vamos a hacer? Si eso es lo único que tenemos para comer.

Y escuchan aquel tropel que viene.

—¡Si ese es el General Ramón Guerra que viene! ¡Y nos va a matar!

Y sale para una encrucijada de caminos. Porque el Arismendi y el Baúl son puras encrucijadas de caminos.

Los caminos que van para Calabozos y los que van para Guadarrama.

—¡Lo único que me queda es hacer un pacto con el Diablo!

Es verdad, llega y golpea el suelo tres veces ¡Duro, duro, duro! Y ve que pasa una vaina con cachos a toda velocidad.

—¡Señor Diablo, señor Diablo!

El Diablo está muy asustado y no se acerca.

—¡Señor Diablo!

Y se metió debajo de..., y se subió en un mamón. Era más rápido que una ardilla.

—¡Señor Diablo!

—Esa vaca sí es rara, se subió en ese mamón.

—¿Quién es usted?, le habla el Diablo desde el palo hacia abajo.

—¡Yo quiero hacer un pacto con usted!

—¿Qué, qué quiere?

—¡Pero bájese!

—¡No!

—¡Yo quiero hacer un pacto con usted! ¡Yo tengo una vaca, un maute y un becerrito! Y esta tierra. Yo se la doy con tal de que usted me salve esa vaca. Y los cochinos. A esa vaca yo la quiero mucho.

Y más atrás venían los hijos.

Y le dice el Diablo:

—¿Usted no ha oído a Ramón Guerra? Que será pasado por las armas todo aquello que tenga cacho. Yo que soy un Diablo. Le digo que ese es más Diablo que yo. ¡Mire, allí viene! Él dijo que se llevaran todo lo que tenía cachos. ¿Por qué cree usted que yo estoy aquí en este palo encaramado? ¡Porque al primero que me van a llevar es a mí! ¡Ustedes no me han visto! Y olvidense del pacto. ¡Yo no voy a hacer pacto con nadie! ¡Mire, vamos a ver cómo

se arreglan las vainas! ¡Vamos a subirnos todos en este mamón!

Y se subieron. Y llegó el General y dijo:

—¡Yo vi gente aquí! ¡Yo los vi! ¡Yo vi un carajo con cacho! Si lo encuentran lo preparan aquí mismo, yo tengo mucha hambre.

—¡Sí, pero aquí estaban!, dijo el zamuro:

—¡Sí, pero no huele a muerto! ¡No huele!

—¡Qué muerto el carajo! ¡Yo quiero es carne!

¡Salieron y se fueron! ¡Y los zamuros, iban detrás de ellos!

Dice el Diablo:

—Usted me salvó a mí. Ahora soy yo el que va hacer un pacto con usted. Dígame: ¿qué quiere?

—¡Qué el General no pise más nunca el llano, que se vaya bien lejos!

Bueno, el General Guerra se fue. No volvió más nunca por allá. Y allí están juntos, el Diablo con las vacas.

Del General Guerra no se supo más nada. Unos dicen que se murió. Otros, que el Diablo se lo llevó en guinda. ¡Ave María Purísima!

Informante: José Pachano / José Clemente Guerra.

Colector y versión: José Daniel Suárez Hermoso.

Transcripción: Javier Arquímedes Merchán.

Lugar: Paso Real de San Miguel, El Baúl, edo. Cojedes.

Melquiades Silva: Lo mentaban Ramón Guerra

Mire, yo les voy a decir una vaina, ese Ramón Guerra es un espíritu, y ahora es que tiene historia. Después de la batalla de la Mata Carmelera, donde murió el General Joaquín Crespo, y a quien le compusieron una copla que no le gustó a la familia, porque hablaba mal del difunto y también mal de los zamuros, porque unos dicen que él y que hablaba con ellos, otro dicen que ellos le obedecían. Yo de verdad no sé.

El General Ramón Guerra quedó regado en todo el llano. Llegó a comandar parte de la Guardia Negra del General Juan Vicente Gómez. Malo entre los malos y peligroso entre los peligrosos. En Ospino, predios de Pedro Pérez Pérez, el padre de Pero Pérez Delgado “Maisanta”, mató al pulpero, le quitó el pellejo y lo dejó guindado a la entrada del pueblo. Tan solo porque le dijo que era del partido del General José Manuel Hernández, apodado “El Mocho”.

Él cruzaba el llano de lao a lao. Salía de San Carlos de Cojedes hoy y al amanecer llegaba a San Fernando. ¿Cómo lo hacía? Nadie sabe. Unos dicen que era hijo del Tirano Aguirre y la Mochila de hueso, porque cuando él venía por Acarigua se oían sonar los huesos en San José de Mapuey. Y que yo sepa nunca lo vimos entrar a una iglesia.

Dicen que en la curva de La Guavina de Camoruco, cerca de Apartadero, toda esa gente que se ha matado allí es porque él se la ha llevado. Porque él, cuando venía de Barinas, descansaba en ese lugar. Allí hay una cruz sin nombre. Esa cruz le pertenece. Unos

dicen que él cuida a los que van solitos por esos caminos. Yo no sé.

Informante: Melquiades Silva.

Colector y transcriptor: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Las Mercedes del llano, edo. Guárico.

El cacho del Diablo y el Manare

Para Valentina Bueno.

Había una vez un hombre que no conseguía trabajo, ni nada. ¡Estaba arruinado por completo! ¡Y su mujer no quería nada con él! Es más, ya había hecho maleta para irse con un Musiú. Cará, llega el hombre y dice:

—Si me mato, van a decir que me maté por ella. O que ella me montó cacho. Y eso es muy feo. ¿Qué hago? Dios mío. Me siento tan mal como un perro muerto en la carretera que ni los zamuros se lo comen. ¡Me saliera el Diablo para hacer un pacto con él!

Para ese entonces andaba en un recodo de caminos, y de golpe le sale un hombre. Y le dice:

—¿Me andaba buscando?

Lo miró de arriba abajo. Le miraba la cabeza. Pero no tenía cacho.

—¿Será el Diablo o no será? ¿Y si no es? La mamadera de gallo sí me va a matar.

Se le desaparece el hombre: ¡Este es!

Y aparece vestido como para un campeonato de coleo:

—¿Me buscabas? Diga para que soy bueno. Si es para real, hable rápido porque ya me queda poquito que repartir.

—¡Sí, a usted lo andaba buscando! ¡¿Usted es el Diablo?! ¿No?

—¿Para qué soy bueno?, le dice el Diablo al hombre.

—¡Si usted me pone a mí un chiquero de cochinos bien cercaos, con bastantes piedras y un buen tanque para echarle agua!

Y el Diablo le dice:

—¡Se lo hago! ¡Eso es nada para mí! Pero eso tiene un compromiso.

—¿Cuál es el compromiso?

—Bueno, yo le puedo pagar, bueno, hacerle una fiesta todos los años, matarle uno de esos mautes. O no sé, pues. Si quiere plata, todos los meses le puedo llevar plata.

Pero le dice al hombre.

—¡No, nada de eso! Usted tiene que ponerme a hacer algo que yo no pueda hacer.

—Bueno, hágame el chiquero y el tanque, que después yo le pongo la tarea.

Y le responde el Diablo:

—Tiene tres días. ¡Si no, me lo llevo!

El Diablo le hizo en un ratico el chiquero y el tanque. Se lo cercó y le puso los cochinos adentro.

—¡Vengo dentro de tres días!, le dijo.

El hombre pasó el primer día. Y no podía. Todo lo que pensaba el Diablo lo podía hacer. El segundo día, la misma cosa. Cuando llega la tarde, le pregunta la mujer que lo ve muy desesperado:

—¿Y por qué estás tan triste?

Y él le dice:

—Es que yo hice un pacto chica con el Diablo. Y tengo que ponerlo a hacer algo que él no pueda hacer. Y yo no sé cómo hacerlo. Si no, me lleva.

Y la mujer le responde:

—¡Déjame a mí! ¡Tú te escondi debajo de la tierra!, que mañana le caigo a ese cipote. El que está debajo de la tierra no lo ve nadie.

El hombre se metió en una tinaja. Allí pasó la noche. En la mañanita llegó el Diablo:

—¿Dónde está su esposo?

—¡No, no está! Pero él le dejó esto para que usted le hiciera lo que le iba a hacer, ¡pues! Él me dijo que iba a ponerlo a hacer algo que usted no pudiera hacer. ¿No? Él quiere que usted le llene ese tanque de agua. ¡El que usted le hizo ahí, pué! ¡Con agua! ¡Pero con este manare!

El Diablo se va al río. Mete el manare, lo llena de agua y pega la carrera. Pero cuando iba llegando al tanque, no tenía una gota de agua en el manare. Y volvía otra vez. Y así estuvo hasta las 6 de la tarde. Fue a donde la mujer que estaba haciendo unas tortas de casabe y le dijo con rabia:

—¡Dígale a su marido que me envainó!

Pero si no pudo con el manare, él le dejó dicho, ahora que me acuerdo, que se lo llene con esta torta de casabe.

Y el Diablo le dice:

—¡Dígale que se quede con todo esto! ¡Que ya está perdonado!

Y no volvió más nunca.

Informante: Juan Suárez Hermoso.

Colector: José Daniel Suarez Hermoso.

Transcripción: Ulrike Sánchez Pérez.

Lugar: Fundo: Los Morrones, Guanarito, edo. Portuguesa.

* *Alfredo Ramos: El cacho breve*

Estos cachos breves, que tienen un marcado acento humorístico, y que además, esa es su finalidad, se desarrollan en la zona de Guanarito y vienen a contrastar con una narrativa de temas vinculados a hechos trágicos de sangre, o a una poética de los pactos que se desarrolla en la Curva de las Ánimas. Y aunque sea muy extensa su razón histórica y narrativa, no dejan de ser breves en su extensión. En estas cuenterías se pasa de un color

a otro. Y el auditorio o los receptores lo entienden y lo aceptan. Es más, su naturaleza no afecta el comportamiento de la embustería, porque su base central es el silencio. Esto nos demuestra que la cuentería tiene un color, a veces es plena de luz y otras veces es oscura. Pero lo cierto es que cada narrador entra y sale de esos espacios sin hacer faramalla. Muchas veces pasa sin darse cuenta. Entran y salen de las temáticas sin ser vistos, porque la cuentería es un encuentro social incuestionable.

Alfredo Ramos (2018). “El cacho breve en la cultura del llano y el llanero”. Eje Maisanta de la UBV-Barinas. Ponencia leída en el III Encuentro de Escritores, UBV-Barinas, 2014.

El cacho del Diablo y el pelo

Para Mario Díaz.

Este es otro cuento de pactos, de allá de Guanarito. Es la historia de un hombre que hace un pacto con el Diablo para que lo ponga rico de la noche a la mañana y porque no tenía dinero. ¡No tenía nada! Era muy pobre. Tan pobre, que si desayunaba no cenaba. No encontraba qué hacer, y en medio de la desesperación sale a buscar al Diablo, por aquí y por allá. Y no lo consigue. ¡Carajo! Y empieza a pegar gritos en esa llanura de Papelón:

—¡Señor Diablo! ¡Señor Diablo! ¡Señor Diablo!

Y nada que se le aparecía. Sería a eso como a las doce de la noche cuando se le aparece el hombre. Y se le desaparece también. ¡Ah, buena vaina! El hombre piensa, porque el hambre hace a la gente que sea inteligente. Y se dice: Le voy a poner una carnada.

Le vuelve a gritar:

—¡Señor Diablo, vengo a entregarle el alma! ¡Porque me estorba la vida!

Y aparece el Diablo, bien perfumado:

—¿Me llamaba?

—¡Sí! Quiero hacer un pacto con usted.

—Ah, bueno, eso es conmigo y rápido, porque voy para una fiesta. ¿Qué quieres? Pide lo que quieras, no tengas pena que ya tú eres mi hijo. Yo te puedo dar el mundo si lo quieres. Pide que ando de fiesta.

—Lo mío es poco señor Diablo.

—¡No me digas señor, dime papá!

—Yo quiero un Fundo de ganado, con vacas y toros de todos colores. Cochinos, pavos, gallinas y gansos. Bien cercada, con bastante agua y mucho pasto. Ah, se me olvidaba papá, un carruaje y muchos caballos. Y también un puño de morocotas para comprar comida.

—Las morocotas ya las tienes en el bolsillo. Y mañana como al mediodía, después que eches un sueño profundo, tendrás tu Fundo. No un fundito. No, nada de eso. Un gran Fundo. No vas a tener ojo para contar los animales que te voy a dar.

Y se fue.

El hombre se metió la mano al bolsillo, y en verdad tenía un puño de morocotas bastante grande. Se fue al pueblo y trajo dos bolsas de comida. Pesaban tanto que la mujer tuvo que ayudárselas a meter para adentro. Pasaron la noche feliz y hasta carne asada comieron. Y café con leche con pan de butaque.

El Diablo le hizo el Fundo al hombre como se lo pidió o como él lo soñó.

Cuando despierta, escucha el bramar de las vacas, de los cochinos, el canto de los patos y las gallinas. Mira aquella maravilla. Y el hombre y la mujer no hallaban que hacer con tanta fortuna.

Cuando el hombre queda solo, se le aparece el Diablo nuevamente. Y le dice:

—¡Vamos a cerrar el pacto, cámara! Agarra una rama de espinito, de esa mata que florece en la llanura y se puya el dedo gordo. Y con su sangre hace una señal en la mata de samán. El compromiso, es que usted tiene que ponerme a hacer algo que yo no pueda hacer. ¿Oyó? ¡Porque si no, me lo llevo! Tiene tres días. O se queda en la tierra, o se va.

Llega el hombre y empieza a pensar y a pensar. Y a pensar, pensar, y pensar. ¿Qué cosa no podía hacer el

Diablo? ¿Qué no podía hacer el Diablo? Y no conseguía nada. Llega el segundo día, y el hombre amaneció triste, tan triste que no quiso comer. Ni salió para el patio. La mujer lo mira y le pregunta:

—¿Qué es lo que tú tenei?

Y él hombre le dice:

—¡Bueno, es que tuve que hacer un pacto con el Diablo para poder tener esta riqueza! Y tengo que ponerlo a hacer una cosa que él no pueda hacer.

La mujer se queda pensando y se sonríe.

—¡Déjame lo a mí! Que mañana, en la mañanita, lo voy a poner a hacer algo que él no va a poder hacer.

Ya estaba amaneciendo y al hombre se le salían las lágrimas. Con el canto de los gallos, la mujer fue a orinar y se arrancó el pelo más largo y churrusco que tenía oculto. Y lo guardó con mucho celo entre los senos.

Cuando viene el Diablo, ella lo ve venir y se sonríe. Se mete la mano en los senos y saca el pelo, un pelito chicharroncito, largo, como del tamaño del dedo pequeño. Ella lo miraba y seguía riéndose. El Diablo entró a la casa. Pero no entendía aquella risita. Y le pregunta a la mujer en tono altanero:

—¿Y su marido? ¡Míreme! ¿Y su marido?

Le vuelve a preguntar. Y ella no le responde.

—¡Vine por él!

Ella seguía riéndose y le dice:

—Bueno, él salió. Ya debe estar por regresar. Pero él le dejó aquí esto.

Y le entrega el pelo envuelto en un pañuelo blanco.

¡Mírelo bien, es un pelo y este es el compromiso! Él le dejó esto para que usted se lo enderece. Si usted lo hace, él le dejó dicho que lo venga a buscar a las 6 de la tarde.

El Diablo se metía el pelo en la boca, lo jalaba para aquí y para allá. Lo enderezaba y cuando lo tenía derecho, lo soltaba y se le enrollaba en el dedo.

La mujer se metió a cocinar. Y lo miraba por el huequito de la puerta. Y se reía. ¿Y el Diablo?, estaba allí, pataleando con ese pelo en la boca. ¡Jalaba para allá y jalaba para acá! Y le llegan las 6:30 de la tarde. Ya está oscureciendo. La mujer sale y le pregunta:

—¿Ya lo enderezó?

—¡No!

Le dijo el Diablo con mucha ira:

—¿De dónde sacaron ustedes eso que yo nunca lo había visto?

Y la mujer, que es muy salía, le dice:

—¡Si usted quiere, aquí hay más!

Y se levantó el fustán y le mostró aquel mar de pelos abundantes que se movían con él viento. El Diablo salió soplando y los dejó ricos para toda la vida.

Informante: Juan Suárez Hermoso.

Colector: Juan Suárez Hermoso.

Transcripción: Ulrike Sánchez Pérez.

Lugar: Fundo la Soledad, Guanarito abajo, edo. Portuguesa.

El cacho de la mujer que se convirtió en un pájaro raro

Para Félix Gutiérrez.

Y esta es la historia de un hombre que hace un pacto con el Diablo, porque la mujer recogió las maletas y se le fue. No soportaba tanta pobreza y tenía hambre. Quería tener muchas cosas que él no le podía dar.

Él se fue a un árbol de indio desnudo y lo llamó. El Diablo apareció e hicieron el pacto. El hombre le empeñó el alma. Pensó que todo era sencillo. Y que lo podía vencer con facilidad.

Pero él Diablo que es un ser bellaco le dice:

—Te voy a dar lo que me pidas, pero usted tiene que adivinar cuantos años tengo yo.

Y el hombre que no tenía nada, ni medio partido por la mitad, y preocupado por la mujer, le dice:

—¡Está bien! Trato hecho. Yo se lo adivino. ¿Quién dijo miedo?

Y le dice el Diablo:

—El compromiso es que tú tienes tres días para darme la respuesta. Si no la tienes, yo me lo llevo. Pero yo te voy dar lo que me pida. Piense y pida.

—¡Bueno! Ni modo.

Le dice el hombre, un poco asustado:

—Yo quiero un Fundo que tenga cochinos y animales de todos los tipos.

Y le dice el Diablo:

—¡Eso es conmigo! Los tendrás.

—Que el río que pasa por allá lejos, pase por aquí para que me agarre más valor el Fundo. Y para que la mujer no me corra peligro. Usted sabe señor Diablo, que hay mucho gavilán suelto.

Y le dice el Diablo:

—¡También se lo hago! Antes de la diez de la mañana usted tendrá todo listo. Casa, corrales y chiqueros. Y plata en el bolsillo.

Y así fue. Al amanecer tenía animales de todas las razas. Y el río pasaba frente a la casa.

Fue a buscar a la mujer y le compró ropa. Y compró un caro. Y cuando la mujer vio aquello no encontraba dónde ponerlo. Cantaba, corría, lo besaba. Se sentía muy feliz.

Pasó el primer día. Y el hombre va al pueblo y a otros pueblos, pregunta a todo el mundo, si conocían la edad del Diablo, y nadie dice nada. Cará, empieza a tener miedo. Miedo de verdad. Nadie le daba respuesta, ni los viejos, ni las viejas. Y empieza a buscar. Y se empieza a desesperar. Se decía llorando:

—¡Como que me va a llevar este cipote! Y la que va a quedar afortunada es mi mujer. Y con otro. ¡No eso no puede ser! ¡Yo tengo que disfrutar!

El segundo día en la tarde la mujer se vistió de limpio, se puso encantadora, le hizo un sancocho de gallina. Pero nota que nada lo entusiasma. Piensa que se va morir porque lo mira muy triste. Tan triste, que no quiso comer ni acostarse con ella. Pasó toda la noche en la hamaca, enchinchorrao en la parte de afuera como dicen en el llano. Ella no aguanta más la situación y le pregunta con carácter:

—¿Qué te pasa, chico? ¿Por qué estai tan triste? Ahora que tenemos pa' disfrutá. ¿Te vas a entristecé? ¡Vamos, alevántese, que pa' luego es tarde! ¡Vamos pué!

Y él le responde:

—¡Lo que pasa es que yo hice un pacto con él, vale! Para poder tener todo esto. Por eso es que hay tantos animales en el patio, corrales y potreros. ¡Hice un pacto con el Diablo y no he podido adivinar los años que tiene! Si no lo hago, ¡me lleva! ¡Me lleva, Adelaida!

Y le dice la mujer que era medio bruja:

—¡Vete ahorita y me buscáis miel o castráis unas abejas! Y me traéis todas las plumas de pájaros y gallinas que encontré. ¡Vamos pué, apúrese, que esto es llorando y vistiendo el muerto!

—¡Ay Dios, miel, plumas, pájaros y gallinas!

Y el hombre llegó y le sacó todas las plumas a los animales de la casa. Y en la mañana a los pájaros que encontró. No durmió en toda la noche. Aquello era un plumero muy grande. Imagínense ustedes cinco sacos de pluma. A las cinco de la mañana, la mujer lo llamó:

—¡Ruperto, Ruperto, párate pué! ¡Échame miel en todo el cuerpo!

Ella se puso desnuda en pelota. Él empezó a echarle miel y ella a pegarse plumas.

Estaba oscuro cuando se fue. Y le salió al Diablo por un atajo. Y para que él viera de verdad, se puso con las nalgas pa' el camino. Y el Diablo cuando vio aquello se paró en seco. ¡Qué animal tan raro! Se le acerca y lo toca. Y nota que las nalgas son suavitas y le suenan. Oye que le hablan. Le dicen: ¡Guafa! ¡Guafa! ¡Guafa!

Y el Diablo que es un ser muy curioso y morbosos, las vuelve a tocar. La jurunga profundo. Y se dice para sí: ¡Ay, Dios, tan blandito, y este pájaro lo que come es guafa!

¡Llega y lo agarra, y lo agarra y lo agarra con gusto! Y vuelve a decirse para con él: En 375.000 años que tengo de vida en la faz de la tierra, es la primera vez que veo un pájaro tan raro. ¡Parece que fuera de otro mundo! Quédese ahí quieto, no me tienta. ¡Que yo voy a buscar mi

compromiso! Porque esta alma la necesito en el infierno para que me ayude. Porque si no...

Llega la mujer y se va por un atajo. Y le dice al hombre la edad que tenía el Diablo.

El Diablo venía sonriente. Llegó y tocó la puerta. Miró al hombre que temblaba, tenía mucho miedo, y le dice:

—¿Ya sabe cuántos años tengo? Porque si no, ¡vaya agarrando maletas, que nos vamos!

Y le dice el hombre:

—Usted tiene 375.000 años en la tierra.

Y dice el Diablo batiendo contra el suelo una vara:

—¡Volví a perder! ¿Pero cómo supo?

Y se hizo una sola nube de humo, y aquello quedó hediendo a azufre.

La mujer se metió en el río a quitarse aquel plumero. El Diablo se fue por el camino a ver si se encontraba con el pájaro raro para divertirse. Pero vio un plumero que iba por el río, y se le salieron las lágrimas. Después se dijo: Si me hubiera quedao con el pájaro raro, fuera más feliz.

El hombre quedó rico y la mujer también. Y todavía tienen ganado de ese en Guanarito.

Informante: Juan Suárez Hermoso.

Colector: José Daniel Suárez Hermoso.

Transcriptor: Ulrike Sánchez Pérez.

Lugar: Fundo Morrones, Guanarito, edo. Portuguesa.

La caramilla de huesos

Para Soriana Durán.

Este es el cuento de la espada de oro del Diablo que sale en la sabana de Guanarito:

Prudencio Vázquez era un hombre que vivía en la Curva de Las Ánimas, más allá de Papelón. Saliendo para Guanarito, un día decide ir de cacería, ya que era el cazador más afamado de Morrones. Decide ir a cazar un venado Y según la gente de Las Ánimas, era brujo, porque le echaban plomo al derecho y al revés y no lo podían matar.

Y le dice a su hijo:

—¡Vamos Jacinto! ¡Prepárate!

Y se preparan para meterse al monte. Cuando entran, como a eso de las 7 de la noche, sienten unos escalofríos muy raros. Y empiezan a caminar y a caminar por toda la maleza. Pero como la noche era tan oscura, apenas lograron distinguir unos candiles entre los pajonales.

—¡Ahí está!

Le dice Prudencio a Jacinto:

—¡Métete por aquel lado! ¡Que yo me le meto por este!

Prudencio peló por la escopeta, y le zampa un tiro en el codillo al venado. El venado sale corriendo y cae más adelante. Jacinto, que llega primero, se regresa corriendo hacia su padre. Porque cuando llegó al sitio lo que encontró fue una caramilla de huesos. Regresan a la casa y se pierden en el monte.

Más adelante, consiguen un caballo que tenía una espada de oro en la silla. Jacinto, que iba adelante de su padre, decide tomar la espada.

En eso, comienza a oscurecerse el cielo. ¡Rayos y centellas! ¡Empieza a traquetear desde lo lejos! Parecía que se estaba quemando todo. ¡Hundiéndose! Y el papá pela por la escopeta. Le mete un taco preparado con una cruz de palma bendita.

Y cuando él ve, sale de la tierra el Espanto vestido de negro. Y ve que va a agarrar a su hijo. ¡Y le zampa aquel tiro! ¡Se abre la tierra de golpe! Y Prudencio corre y agarrar el muchacho. ¡El caballo y la espada caen al vacío!

Prudencio y Jacinto quedaron locos en ese monte. Y salieron al día siguiente para echar el cuento, ide por qué estaban vivos!

Informante: Juan Suárez Hermoso.

Colector: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Paso Real de Guanarito, edo. Portuguesa.

Transcripción: Ulrike Sánchez Pérez.

Cacho del cristiano y el indio

Para Michellet Torrealba.

Esta es la historia de un hombre muy pobre que se encontraba desforestando un Fundo en Morrones, allá, en la tierra de Cheo Hernández Prisco. Y cuando está arando, se consigue un entierro de indios. De esas botijuelas que tenían enterradas en ese lugar. Ante aquel tesoro tan grande, el hombre llega y se dice:

—¡Con su die! ¡Agarro todo, el brazaletes del indio y me voy aquí!

Y agarró lo que tenía de oro y se fue. Y el Caporal del Fundo no supo más de él.

Resulta ser que el hombre se fue Guanarito adentro. Huyéndole al muerto. Pero el muerto se le aparecía. Aquel era un indio vestidito de blanco. Y el hombre no encontraba qué hacer, lo veía en todas partes y empezaba a correr. No tenía paz, ni sosiego.

Un día tiene un dolor de barriga muy grande y sale pa' el monte. Porque no había baño dentro de la casa. Y cuando está agachado en el matorral, se le vuelve a aparecer otra vez el difunto:

—¡Vengo por lo mío!, le dice el indio.

No terminó de hacer nada y echó a correr para la casa. Cuando va entrando, el indio está en la puerta.

—¡Acuérdese que vengo por lo mío! ¡Yo tengo que llegarle a Dios con eso! ¡Piénselo! ¡Mañana vuelvo!

Llega la noche y otra vez el hombre en el patio. Esta vez no vio que llegó vestido de blanco. Sino de negro. ¡Que hedía! Y le dice:

—¡Sí usted no entrega eso, yo me lo voy a llevar! ¡Porque no me puedo llevar al otro!

Entonces el hombre dice:

—¿Y usted quién es?!

—¡El Diablo! ¡No me está viendo que soy el Diablo!

Y se desapareció de golpe, dejando un olor a azufre en la casa.

En la mañana siguiente, el hombre agarró camino a Guanarito. Llegó al sitio. Ya estaba cayendo la noche. Se le aparece el indio vestido de blanco y le dice:

—¡Póngame los brazaletes de oro! ¡Porque si no, no le puedo ver la cara a Dios! ¡Y póngame la espada que se llevó también! ¡Para defenderme del Diablo y defenderlo a usted!

Y él Diablo en una esquina:

—¡Usted llegó al sitio! ¡Aquí lo estaba esperando! ¡Ahora me lo llevo yo a usted!

Y se cayeron a pelear los dos espíritus, el del indio y el Diablo. Eso era una polvareda que arrancaban palos y todo. Pasaron por un caño que no lo puede pasar nadie. Así poco a poco. Y volvieron a caer cerquita del cristiano. Y el cristiano no podía correr porque estaba encabrilla. En una de esas, illegó el indio y ensartó al Diablo con la espada! Y el pegó aquel chillido y desapareció. Y le dijo el indio:

—¡Usted vio!! ¡Lo defendí! Ahora le toca enterrar mis huesos. Y desapareció.

Y allí amaneció el cristiano enterrando al indio que había sacado. Y de allí para acá, nadie ha podido sacar ese entierro. Y el lugar es sagrado para el dueño del Fundo.

Informante: Juan de las Rosas Suárez Hermoso.

Colector: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Santa Cruz del Amparo, edo. Portuguesa.

Transcripción: Ulrike Sánchez Pérez.

Aquella batalla del cerro San Miguel en las bocas del río Cojedes

Para Jesús Santana.

El día que Juanito Navarro y Andrés Vera terminaron de componer el tema: “Tardes cojedeñas”, El Ermitaño, un hombre que vivía en una cueva en el cerro, llegó asombrado porque había visto a San Miguel Arcángel y le había preguntado:

—¿Por qué este cerro lleva su nombre?

Sería a eso de las tres de la mañana. Dijo él:

—Quedé ciego cuando apareció aquel hombre tan grande con alas. Abrí los ojos, y vi que descendía del cielo un tropel de caballos muy grandes, que también tenían alas hermosas. Eran muchos caballos. Fueron bajando del cielo uno a uno, donde están las bocas del Cojedes y el Tinaco y empezaron a dar vueltas en círculos. También descendió aquel hombre tan grande y luminoso en un caballo blanco.

Venía vestido de azul celeste. Era un príncipe con escudo dorado. Y en el cincho llevaba una espada que iluminaba al pueblo. Él llegó, pisó la arena del río y se escuchó aquel derrumbe. Como si algo se reventara contra el viento. ¡Y se cayeron los árboles! Y fue un estremecimiento tan grande que salió toda el agua del río, tapó el cerro, las casas y la gente. Y él, como Moisés, se sentó en la piedra más alta y me contó la historia:

—El Diablo era el hijo más querido del Padre Eterno. Y el Padre Eterno un día se fue a visitar a otros mundos, y dejó en el palacio celestial a unos angelitos que eran músicos arpistas, para cuando él regresara y estuviera descansando le tocaran su música celestial.

Eran unos arpistas chiquiticos, que apenas les estaban saliéndole las alas, unos querubines.

¿Qué hizo el Diablo?, aprovechó su ausencia del Padre, agarró a los arpistas y se los llevó para hacer una fiesta. Esos niños nunca habían probado licor, ni comido chimó. Pues los rascó, los pintó con chimó, porque no querían y se embriagaron. Y encontraron unos ritmos musicales diferentes a los celestiales, porque eran muy violentos. Esos angelitos tocaban el arpa para allá y para acá. Y nació el “seis numerado” y “seis por derecho”. Eran unos joropos sabrosos que estaban tocando en las riberas del cielo, dignos de admiración. Porque el talento hay que aplaudirlo. Los querubines arpistas, decían:

—¡Con esta música sí vamos a recibir al Padre Eterno! ¡Aquí se acabó la música celestial! ¡Lo que hay es alegría infinita!

El Padre Eterno llegó temprano porque el día se le hizo corto. Entró a su aposento de silencios y se dispuso a descansar. Llamó a sus angelitos para que le tocaran su música celestial y resultó ser que nadie se apareció.

—Fulano, zutano, mengano, vengan, ya llegué.

Y nada, no estaban. Nadie respondía. Pero nunca falta un chismoso y le dicen al oído:

—Están con el Diablo. Y el Diablo dice que él no se los va a mandar. Que esos angelitos ya tienen alas y son suyos, porque le dicen señor.

El Padre Eterno se molesta. Y le dice a San Miguel:

—¡Anda y me traes a mis querubines! ¡Eso no puede ser! ¿Qué le pasa a ese muchacho? ¡Ahora se volvió loco! ¡Quiere desobedecerme!

Bueno, salió San Miguel a buscar los angelitos de Dios para que le tocaran y le cantaran su música celestial. Cuando llega a la cueva donde vive el Diablo, estaban todos rascaos y tiraos en el suelo, unos de un lado y otros del otro. Él los empieza a recoger y a meterlos en el morral. Cuando los está

montando en el caballo, le sale el Diablo con una espada y le lanza el primer guamazo.

Pero San Miguel, que es un Arcángel muy ágil, hombre rápido y guerrero, ise mueve de aquí para allá y de allá, para acá! Agarra su espada y se fue, dándole, dándole y dándole al Diablo. Mire, sin mentira ninguna, palabrita de Dios, que las costillas le sonaban como un tambor de navidad.

El Padre Eterno escucha aquella grisapa en el palacio. Y pregunta:

—¿Quiénes pelean?

Y le responden unos santos curiosos:

—¡Es el Diablo que está en esas cosas!

San Miguel se trajo a los angelitos sobrios, y a los rascaos los dejó para buscarlos después.

—¿Y los otros?, le pregunta Dios.

—¡Están allá! ¡Ya se los traigo! Le responde San Miguel.

Y dice, espada en mano:

—¡Alístenme el ejército celestial!

Era un ejército bello. Miles y miles de caballos blancos que relumbraban en aquella sabana del cielo. Aquello era espectacular. Eran tres mil caballos blancos, y tres mil soldados con alas, escudos y lanzas.

Pero del otro lado, el Diablo, que siempre fue un vagabundo y sabio, porque bolsa es que cree que otro es bolsa, había aprendido de Dios el arte de crear. ¿Qué hizo?, agarró un avispero. Esas avispas negras que llaman matageas. Las sacó de su casa y dejó ese avispero allí. Al rato tenía tres mil caballos negros. Y tres mil soldados negros con alas, con escudos y espadas negras, que iban a esa gran batalla en la sabana del cielo.

Estuvieron peleando doce horas. A la hora trece, que es la hora de la una, y la hora que espiró Nuestro Señor, las tropas celestiales habían vencido a las tropas infernales. Y vino San Miguel a hacerlo prisionero. ¡Y dale, y dale, y dale espada y lo tumba del caballo!

Cuando va retrocediendo, se tropieza con una estaca, un chuzo que había allí, porque aunque ustedes no lo crean, hasta en el cielo hay trampas, y se vino para abajo el Diablo. Cuando va cayendo, San Miguel, le da aquel guamazo tan grande en la cara que se la cortó en dos toletes. Y la bota del Diablo se le salió porque perdió la gracia de Dios y cayó donde se juntan los ríos el Cojedes y el Tinaco. Y allí quedo la bota de oro dando vueltas, vueltas en el mar de agua.

El Diablo se fue río abajo. Pero los soldados celestiales se fueron tras él. Lo persiguieron. Fue cuando San Miguel se paró en el cerro y no lo dejó subir al cielo más nunca. Pero la bota quedó allí. Y él Diablo se fue descalzo por ese río.

Por eso, si uno encuentra a un hombre con una bota sí y otra no. Hay que tener cuidado. Y si llegan a verlo, mírenle la cara. Y si tiene la cara cortada, ese es el.

Los angelitos cayeron por un lao tratando de salvar sus arpas, y por el otro, tratando de salvar el aguardiente y el chimó. Por eso en la llanura del Baúl hay tantos arpistas, que son esos angelitos que perdieron el cielo, mientras el Diablo estaba peleando con San Miguel Arcángel, y que por borrachos se vinieron guindado en la capa del Diablo.

Informante: Juanito Navarro.

Colector: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Ateneo de Calabozo, edo. Guárico.

Transcripción: Víctor Modesto Nieves.

Amado Lovera: Conversa sobre esa batalla del cerro San Miguel de las bocas del río Cojedes y la bauleñidad

Lo cierto es que el pueblo estaba de este lado del cerro. Y después se mudó. Yo no sé ¿Por qué? Yo no sé. Era un pueblo hermoso y con una iglesia. Un pueblo que siempre fue de pescadores. Pero en ese espacio del llano, en esa significativa encrucijada de los ríos: El Cojedes y El Tinaco, hay mucha historia, buena y mala, de placeres y de tragedias. Ríos cantados por Ramón Villegas Izquier, José Antonio Borjas Nieves, Vicentico Rodríguez y Manuel Nadiel. Yo no sé qué tiene El Baúl, creo que eso es su Bauleñidad. Que cuando agarro el arpa yo siento esa querencia que gira en la gente. Ellos son como un arpegio amoroso. Un punto de encuentros sociales y culturales, plenos de historias y acontecimientos sorprendentes. Historias vivas y personajes legendarios e inolvidables, que se fueron haciendo con el tiempo un mito que muchos recuerdan.

Carmelo Medina me decía el día de ayer que por allí pasó Federman antes de masacrar al ejército del gran cacique Paraima. Yo no sé realmente si eso fue cierto, porque yo no soy historiador. Yo simplemente soy un músico, y dentro de ese mundo tan grande y maravilloso, soy un arpista.

Pero lo que sí sé (decían mis padres), es que allí se cometió una gran matanza de indígenas de todos los llanos durante la colonización española. Pero también, en la Independencia pasó el General Páez, y después Guzmán Blanco, y en el siglo XX vimos pasar a Arévalo Cedeño, Luis Loreto lima, a Pedro Pérez Delgado y a Alfredo Franco.

Y se celebró la llegada del vapor El Meta en 1855. En la unión de esos ríos han pasado hechos que se fueron haciendo leyenda, como la muchacha que vivía en la casa

de alto y fue salvada por la virgen del Carmen. Y después ella, por amor, se convirtió en una tragedia y enlutó al pueblo. Pero también el día que el legendario don Jorge Noche sacó un carro que venía dando vueltas por ese río con gente adentro.

La composición del tema musical: “Tardes cojedeñas” por Andrés Vera y Juanito Navarro, es una de las inspiraciones más hermosas de la llanura cojedeña, y nació allí. Otro momento glorioso fue cuando Julio Jaramillo grabó el tema, lo difundió y después lo cantó en esa calle. Allí se encontraron Silvio Cancines, Cándido Herrera, Inés Carrillo, Juan Esteban García y Lionzo Vera, grandes maestros y arpistas.

Son las cosas que se dicen y no se creen.

También en fechas recientes vimos en la prensa que un rayo mató a un canoero. Unos dicen que son cosas del destino, otros, que allí está enterrada la bota de oro del Diablo que calló después de esa batalla con San Miguel Arcángel y que él lo está esperando en el cerro. Dicen, y no me consta, que por allí se llega derechito al cielo. Yo no sé. Esos son los misterios hermosos del folclore, de nuestro folclore. De nuestra bauleñidad como dice Carmelo Medina. Por eso, todos los 15 de noviembre salen los atarrayeros a buscar la bota de oro, que según la leyenda está enterrada allí. Y a ver si le quitan la tragedia al pueblo. Yo nunca se la he visto, pero hay otros que sí, esa debe ser la tradición.

Colector: José Daniel Suárez Hermoso

Transcripción: José Daniel Suárez Hermoso

* Esta ponencia fue presentada por el maestro Amado Lovera en la I Jornadas de Cultura e Identidad Comunitaria, organizada por el grupo de sistematización “Morocota Cultural” de la Misión

Cultura-UNESR. Este evento se realizó en la sala Simona de Castro, de la Compañía Regional de Teatro del estado Cojedes, el 20 y 21 de octubre del año 2006.

La mujer del arcoíris

Para Andreina Alcántara.

Esta es la historia de un demonio que vive en las tierras del río Coaherí. Una historia de purita verdad. Un hecho que les pasó a María Emeteria Arteaga y a su hija, cuando estaba lavando en él río. Desde ese día todos dicen: —¡Recojan los muchachos que viene el arcoíris!

Los encerraban toda la tarde de noviembre, porque el demonio y el arcoíris son hermanos y se encuentran. Y les tienen miedo, porque es un caballo que tiene dos cabezas. Todos aseguran, que una es como un guacamayo y nace en Paraima. Y la obra tiene una cola azul, verde y naranja y nace en el río Tirgua.

—Ese bicho es un encanto muy peligroso, dice la gente.

—Lo vemos en el cielo en el mes de noviembre.

—¡Es un demonio y tiene la virtud de encantar!

Un día, Emeteria estaba lavando y vio que un arcoíris con forma de caballo retozaba en el río. Venía y se acercaba donde ella estaba lavando. Y él no se fue de allí hasta que ella no se fue. Ella hasta le acarició la crin: una crin azulita y rosada. Y llegó a pensar: Es un amiguito muy hermoso.

Aquello le pareció muy gracioso. Tan bonito, que al otro día se trajo a todos los niños para que vieran aquel hermoso caballo de colores que bebía agua en él río donde ella lavaba.

Cuando los niños llegaron, le preguntaron por el caballo:

—¿Dónde está el caballo?

Y ella les respondió:

—Cuando caiga la tarde lo verán. Es bien bonito. Bonito de verdad.

Y se puso el tiempo como si fuera a llover, y hasta caían gotitas como en una resolana. Los niños se bañaban con mucha emoción, porque había mucho calor. Uno de los niños, vio que llegaron miles de mariposas de colores. Y eran tantas que ellos no se veían. Y después llegaron pájaros que se fueron al cielo, e hicieron aquel hermoso arco de colores.

Empezó a llenarse de colores el río. Otro niño mira que los colores vienen por el cielo. Y que los pájaros y las mariposas los traen. De pronto aparece un hermoso y gran caballo de colores en el medio del río. La niña lo vio y quiso agarrarlo. Y se fue metiendo en el agua para estar más cerca de él. Iba a lo más profundo, al pozo, siguiendo aquel gran colorido en forma de caballo que la llamaba.

La madre siguió lavando muy despreocupada. Cómo iba a imaginar que aquel caballo de colores era un demonio. ¡Más nunca! Un caballo que le estaba llevando y encantando a sus hijos. ¡No, eso no podía ser posible! Eso no pasaba por su mente.

Al rato, no ve a la muchacha. La busca desesperadamente por todas partes. Y lo único que mira es mucho colorido, mariposas y pájaros de todos los colores.

Mira y no la encuentra. Cuando la ve, ella va río abajo, hacia el pozo. Va en la boca enorme de un caballo de colores. Un caballo que la está sacando del agua y se la está tragando y llevando con el viento.

El caballo ya va a alzar el vuelo. Cuando ella con mucha agilidad se la arranca, y la pone de espalda al caballo. Y le dice:

—¡No voltees, que te quiere llevar!

El arcoíris se estremeció con rabia. Se puso azul y morado. Y ha podido caer aquel trueno tan grande que estremeció la montaña. Y comenzó a llover, y a llover. Llovió tanto esa tarde que siguió toda la noche. Y duró lloviendo cuarenta días y cuarenta noches sin parar. Hasta que se fue llenando la llanura de agua. La casa y los corrales no se veían. Y las vacas y los caballos se los tragó el río.

El caballo de colores se lo llevó todo. Quedaron con una mano alante y otra atrás. Y no se ahogaron porque se subieron al cerro. De ella no se supo nada más nunca. Dicen que no volvió a levantar cabeza. Y por donde pasa, lleva una estela de colores encima. Y le dicen:

—¡No la mires, que esa es la mujer del arcoíris!

Informante: Yamilka Suárez.

Colector y versión: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Fundo La Palmita, San Carlos, edo. Cojedes.

Transcripción: Ulrike Sánchez Pérez.

El día que San Rafael pisó Arismendi por mandato de Dios

*Para Orlando José Suárez Hermoso,
creador y cultor de la poética oral religiosa del río Cojedes.*

Resulta que el Padre Eterno, que quiere a todo el mundo con infinita pasión, quería saber de aquel hijo que se le había extraviado en la llanura. ¡Quería saber del Diablo! Quien andaba desandando por las tierras de Arismendi en parrandos de pesqueros y en medio de una hombrería avariciosa. El Padre Eterno, con su bondad e amor infinito, quería protegerlo de aquellos hombres. ¡Que eran malos, malos de verdad! Y él como recién llegado en esas tierras era como un niño inocente.

Y como todo padre amoroso con los niños, él quería cuidarlo. Porque en esa llanura había mucho brujo y gente que lo buscaban para hacer pactos con él. Y eso podía comprometer el prestigio de su hijo, quien no había dejado de ser celestial y se estaba convirtiendo en dueño de hatos y fundos con ganados de todas las razas. Y que, además, él los firmaba en su hierro, con su firma celestial HC, que significa hijo caído. Y eso no debe ser. Porque los celestiales no pueden tener bienes en este mundo terrenal. ¡Ave María Purísima! El Padre Eterno es estricto de verdad con todos sus hijos. Muy estricto.

Este cuento tan bueno se lo debo a Catalina Mújica, una bruja de Arismendi que encontró la botella del Diablo. Y me decía:

Era una botella de color azul como el cielo. Que cuando uno la movía se llenaba de licores jamás vistos e inagotables. Aquello manaba un chorrito de aguardiente blanco que eso daba gusto. Y si se colocaba en el viento, era mejor. ¡Ave María Purísima! Salía de ella música, joropos maravillosos y hasta un San Rafael.

Imagínense ustedes que Catalina, antes de perder la botella, hizo un baile en las tierras de Calabozo que duró siete días y bebieron siete días sin parar de la misma botella. ¿No te digo yo? Hasta bailaron con gusto. Aquella fue una fiesta tan grande, tan grande, que se sintió en todo el llano del Guárico y Apure.

Pero nos quedamos dormidos y la ternera se quemó. ¿Y la botella?, desapareció. Qué buena vaina. Por eso, cuando escucho un “seis por derecho”, un “seis numero”, un “pajarillo” o un “San Rafael”, yo salgo corriendo a ver si doy con la botella para seguir parrandeando. Pero no ha querido dejarse ver.

Ese día, yo andaba por el río Cojedes, calle arriba y calle abajo. Buscando unas gallinas negras que se me habían esgaritao. Y cuando me doy cuenta, estoy en la vuelta del Caño Iguede. ¿Cómo llegué? Nunca supe, ni nunca sabré. Imagínese usted, de Arismendi al Caño Iguede. ¡Eso es largo! ¡Bien largo! Y allá fui a tener. Y fue cuando vi que mis gallinas negras iban rumbo al Baúl. ¡Me asusté! ¡Qué buena vaina, parecían un zamuro volando por la tierra!

Ella metió la mano en la hoya, y sacó una totumita de café y siguió diciendo:

—¿Esas gallinas qué hacen aquí? Si estamos tan lejos. ¿Cómo llegaron? Debe ser que hay una casa que me las está cebando.

Busca, y mira. Y lo que ve son soledades. Se queda mirando el cielo y oye una voz que le habla:

—¡Hija, vete de aquí! Da siete pasos hacia atrás y te vas. Deja, que las gallinas saben el camino. Cuando llegues a

tu casa, ellas estarán sesteando. Da vuelta y vete por el primer camino que encuentres.

Ella era terca y no lo hizo. Se decía: son presentimientos. Una bruja no debe tener presentimientos.

Se fue caminando y llegó a Arismendi. Cuando llega, busca el pueblo y no está. Sino una playa larga. ¿Y el río? No está. Ella se pregunta y se responde: ¡Me quieren arrancar del mundo!

No había terminado de hablar, cuando llegó una brisa tan grande que le dio tantas vueltas, giros, que le quitó toda la ropa del cuerpo. Y quedó ella como Dios la trajo al mundo. Ahí sí le dio miedo de verdad. Agarró arena, se fue tapando su cuerpo y se escondió en la playa del río, que para encontrarla había que echar ojo. Se quedó dormida. Y nunca supo cuánto tiempo estuvo debajo de la tierra. Solamente recuerda que fue despertada por la música de un San Rafael bien sabroso que venía de lejos. Y el frío de un pescado muy grande que le hacía cosquillas en los pies.

Ella fue saliendo de la tierra como si saliera de un gran vientre. Sintió hambre, mucha hambre. Fue al fogón, a las piedras, a lo único que le quedó de la casa, y buscó leña, lo encendió y asó aquel hermoso pescado.

Un pescado que crecía cuando se avivaba el fuego. Era tanta el hambre que tenía que no se dio cuenta de eso.

Cuando terminó de comerse aquel pescado tan grande, tuvo la sensación de que estaba siendo vigilada. Y es cuando mira a un hombre joven y fornido, vestido con un traje púrpura, capa y botas con escamas de pescado en los pies.

Aquella contemplación hizo que se quemara el resto del pescado, y que saliera un olor a sahumero que perfumó la llanura.

—¡Qué muchacho tan hermoso!, dijo ella.

Y le dio pena hablarle porque estaba completamente desnuda.

Aquel hombre empezó a pescar sin anzuelos y sin tarraya. No tenía nada. Pero pescaba. Y al rato le caían los peces en los pies. Y ella escuchó el sonido de un arpa, muy bonito, muy limpio el sonido de aquel joropo, era un San Rafael. Y después un tropel de caballos y vacas mugiendo que venían por el cielo.

Ella se dijo: No puede ser posible. Yo parezco medio pendeja. Voy a buscar esa ropa con calma, además que me puede ver ese hombre, quien no la había visto y estaba contemplando la belleza de la llanura.

Ella vio que el hombre recogió del suelo la botella que ella había perdido. Agarró las vacas que venían por el río. Las puso chiquiticas. Y las fue metiendo en la botella.

Ella se volvió a decir: Ahora entiendo. Ahora comprendo.

A ella le habían dicho que no comprara ganado en Arismendi, porque ese ganado era del Diablo. Y ella no lo creía. Y vio que este hombre agarró la botella y fue metiendo a todas las vacas que estaban llegando. Después el hombre desapareció.

Y al cabo de cierto tiempo vio que otro hombre venía caminando por el borde del río. Era un hombre con porte de campesino, con una bota sí y otra no. Descalzo de un lao. Y pegando gritos. Llamando a su vacada:

—¡Ajaaaa, ajaaa, jaa!

Fue cuando el hombre escuchó algo bramando. Buscó y vio que sus vaquitas estaban metidas en la botella. Se enfureció tanto que agarró piedras y se las tiraba encima. Tratando de reventar aquella botella. Y no podía partirla. Le daba con palos. Y no la podía reventar. Y aquellas vacas no dejaban de bramar.

Y gritó tan fuerte, que estremeció la llanura:

—¡Venga pa' que nos matemos!

Y, suiss, llegó el hombre vestido de purpura. Recogió la botella y fue sacando a las vacas que tenía prisioneras.

Ella miró que no pelearon, que se abrazaron y se sentaron en el playón del río, que hablaron un buen rato. Y cuando voltea, los hombres habían desaparecido. ¿Y las vacas? No se volvieron a oír.

Y así fue como San Rafael y el Diablo hablaron en las tierras de Santa Cruz de Arismendi, según Catalina Mujica.

Catalina después de todo aquello quedó asombrada. Llegó a Arismendi buscando el pueblo y el pueblo estaba intacto.

Se paró en el lugar donde se reunieron aquellos hombres y le dio un gran sueño. Y cuando despertó estaba en su casa, haciendo una taza de café mostrenco. Y desde ese día no salió más nunca a buscar las gallinas negras. Porque las gallinas tampoco salieron del alero.

Informante: Catalina Mujica.

Colector y versión: José Daniel Suárez Hermoso.

Lugar: Casa de la Cultura de Arismendi, edo. Barinas.

Transcripción: Javier Arquímedes Merchán.

Bibliografía

- ARETZ, Isabel (1975). *Manual del folclore venezolano*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- COLMENARES DEL VALLE, E. (2001). En el espejo de la memoria. Barinas: Ediciones de la Asociación de Escritores de Barinas, Venezuela.
- MEDINA LÓPEZ, I. (2013). 100 cachos: antología de la narrativa fantástica oral de Cojedes. San Carlos: Ediciones: Coordinación de Postgrado y la Coordinación de Investigación Unellez.
- MORA PIRELA, J. (2002). Apuntes históricos de Santa Bárbara de Barinas. Ediciones de la Asociación de Escritores de Barinas, Venezuela.
- SALAS DE LECUNA, Y. (1985). El cuento folclórico en Venezuela. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- QUINTERO LÓPEZ, A. (2012). Conversaciones sobre la cultura del llano. Trabajo no publicado. UBV-Núcleo Barinas.
- UNDA, Y. (2000). Lo llanero en tres aproximaciones. Ediciones de la Asociación de Escritores de Barinas, Venezuela.

Epílogo

Las fantásticas y maravillosas embusterías de José Daniel Suárez Hermoso⁴

PRECISIONES INICIALES

En primer lugar, esta ponencia no es el resultado de una “relectura”, sino de la re-audición (*sic*) de cincuenta y cinco relatos orales de una personalidad también reconocida en los eventos caraqueños donde se re-crea (*sic*) y difunde la literatura que se transmite boca-oído. La observación no implica una “crítica al congreso crítico”, sino la constatación de que en este tipo de encuentros ha ido paulatinamente desapareciendo la “tradicional” mesa dedicada a la Literatura oral. Más que considerarlo una carencia, espero que se deba, por fin, a la tan ansiada integración de esta modalidad de arte verbal a la Institución Literaria.

En segundo lugar, cumplo con la formalidad teórica de informar que la Literatura oral no es necesariamente ni anónima, ni ágrafa, ni tradicional. El concepto contemporáneo elaborado y explicado por Zumthor (1991, p. 34): “consideraré como oral toda comunicación poética en la que la transmisión y la recepción, por lo menos, pasen por la voz y el oído”, es sumamente amplio, pese a que apunta a la esencia de la modalidad de difusión tratada. El texto que pasa por la voz y el oído puede tener autoría individual

4 Ponencia realizada en el II Congreso Crítico de la Narrativa Venezolana: “Inventando los días”. Instituto de Investigaciones Literarias, UCV. Porlamar, sede del Programa Nueva Esparta, 5-7 de diciembre de 2012.

y, en el caso de que provenga de la tradición, el intérprete le imprime su estilo personal al texto re-creado. Por lo tanto, cada vez que se divulgue o analice un relato, una poesía o cualquier otra manifestación de arte verbal oral, debe asentarse el nombre de su ejecutante performativo. De hecho, en algunas de sus *embusterías*, José Daniel Suárez Hermoso informa el nombre de quien le contó el cuento, pues él suele reunirse con otros narradores “a ver quién echa el embuste más grande”. El texto también pudo haber sido escrito previamente y oralizado después, si sus rasgos semánticos, semióticos, culturales y formales lo permiten. Por otra parte, todo texto literario concebido para ser escuchado puede escrituralizarse y devolverse a la re-creación oral. En cuanto a la condición de tradicionalidad, particularmente, el relato oral, puede ser “embusteriado” siguiendo o no las convenciones heredadas.

Para finalizar con esta precisión teórica, aclaro que la gran mayoría de los cultores de la Literatura oral ni son ágrafos ni analfabetos funcionales, sino docentes e incluso profesionales universitarios, como el re-creador de las *embusterías* de las que pretende tratar esta comunicación.

Nacido en Tinaquillo en 1958, además de ser poeta escritural y dramaturgo con obra publicada, fundador de la Escuela de Teatro de San Carlos (estado Cojedes), Licenciado en Educación y en Gerencia y Producción de Eventos, estudiante de la Maestría en Literatura Venezolana, y tesista de quien esto escribe, este currículum no le impide ser cantor y recopilador del género poético-musical llamado parranda central, específicamente parranda cojedeña, y re-creador de narraciones orales firmadas por su voz.

EL GÉNERO EMBUSTERÍA

Si toda literatura escrita posee su poética, los cultores de la Literatura oral también tienen la suya: son capaces de

definir géneros y subgéneros, incluso la estructura de los que cultivan, pero no dentro de la cultura del manual de reglas separada del texto (*cultura de gramáticas*: entiéndase *poética* en la acepción académica) sino desde la misma cultura de textos donde las reglas están codificadas en el mismo texto (Lotman, 1998, p. 125). Entonces: mientras Todorov (1974) inicia su *Introducción a la literatura fantástica* con un capítulo dedicado a los géneros literarios para precisar el género fantástico, José Daniel Suárez Hermoso textualiza en algunos de sus cuentos la definición genológica de los relatos que crea (inventa) y re-crea:

Este es un cuento que yo se lo estoy dedicando a todos los cople-ros de la llanura, sobre todo a mi gran amigo José Vicente Rojas, porque esto es verdaíta verdaíta, *pura verdad, de pura cepa de la verdad. Y no hay embustería que no tenga verdad, porque las verdades se juntan y la embustería es una verdad muy laaarga*. Así pues me lo dijo a mí el poeta Pedro Felipe Sosa Caro, que la verdad era algo muy largo. (Cursivas nuestras).

La cita anterior está tomada de la presentación del cuento “Pescador del río Apure”. El narrador, amparándose en el criterio de autoridad, establece un pacto ficcional con el oyente, quien, por su elemental campo externo de referencia sabe que “un embuste no es verdad”, pero se hace cómplice temporal del cuentista, “jugando” a creer no solo en la “verdad” del embuste, sino en la definición del género *embustería*.

Darío Villanueva (en Pozuelo Yvancos, 1993, pp. 145-146) explica el pacto ficcional comparándolo, precisamente, con el juego:

También el pacto de ficción se realiza como juego donde el lector tiene el principio hermenéutico de la relación de una doble conducta. Esa doble conducta de la que se nos habla representa, en lo que la *epojé* literaria se refiere, que al leer un texto artístico y por lo tanto ficcional, aceptemos como aserciones o juicios auténticos lo que se nos cuenta, al mismo tiempo que existe un *décalage*, una

desconexión genética absoluta entre ello y la auténtica realidad. Quiere esto decir que la aceptación por el lector del “pacto de ficción” condiciona automáticamente su actitud hermenéutica, siendo el juego el punto de intersección entre aquel poeta y esta actitud.

Suárez Hermoso, en su definición metaficcional del género *embustería*, no solo recurre al oxímoron embuste-verdad (*epojé-décalage*), sino que, sobre la base de este juego, identifica el género con el tipo de narración que él, casi con exclusividad, crea o re-crea: “las verdades se juntan y la *embustería* es una verdad muy laaarga”. Es decir: la estructura sintáctica de una *embustería* (un cuento) está constituida por un conjunto de episodios “verdaderos”. Si se toma en cuenta que la hiperbolización de la realidad es una característica de sus cuentos, cada “verdad” de la *embustería* refuerza el oxímoron provocando un pacto ficcional *in crescendo*.

En algunos de sus cuentos, Suárez Hermoso va completando la definición metaficcional del género *embustería* de forma fragmentaria no siempre al comienzo. Generalmente, reitera el oxímoron *epojé-décalage*, pero de vez en cuando añade alguna característica nueva. En “El desafío de un llanero”, relato donde el narrador protagonista cree ser engañado por un hombre de aspecto siniestro, casi diabólico, escuchamos, después de la sospecha inicial, una nueva afirmación caracterizadora:

Yo pensé que era un hombre que me estaba jugando una embustería, porque aquí en el llano se juegan embusterías. Esto que les estoy diciendo es un cuento purito, *de purita verdad, no de parecencia, porque no se va a parecé a ningún otro. Entonces, no es un cuento de parecencia, es un cuento purito.* (Cursivas nuestras).

En el juego del pacto ficcional, las *embusterías* de Suárez Hermoso son, además de “verdaderas”, originales. En una conversación personal (2012, enero 29), el autor,

cuya experiencia actoral es amplísima, nos aclaró la relación entre los calificativos “purito” y “parecencia”: “mis cuentos no tienen parecencia porque son orales y aunque cuente muchas veces el mismo cuento, cada *embustería* es distinta a la otra. Siempre son cuentos *puritos*, pues”. Por otra parte, la aseveración: “en el llano se juegan embusterías”, no se refiere a las bromas comunes, sino al grupo de narradores que suele reunirse ante un público para “caerse a embustes a ver quién echa el embuste más grande”, es decir, para contar cuentos pertenecientes al género *embustería*, siempre previa advertencia de su “purita verdad”.

En el “Cuento del ratón Miguelito”, el autor sustituye *embustería* por *mentira*: “porque uno cuenta este cuento y la gente piensa que esto es mentira”. Pese a su origen y difusión oral (Suárez Hermoso concibe sus cuentos específicamente para ser “echados” y escuchados en *performance* directa), la advertencia, que lleva implícita la condición de veracidad, refleja la conciencia de todo narrador sobre el producto que ofrece: una elaboración artística de la realidad, no la realidad misma. De ahí que estas recurrentes llamadas de atención sobre el tipo de texto oralizado funcionen como fórmulas que convocan al oyente para establecer el pacto ficcional. Y esta sustitución hecha desde la cultura de textos no dista mucho de la definición gramaticalizada que la versión digital del DRAE (2001) ofrece de “embuste” en su primera acepción: “mentira disfrazada con artificio”, y toda mentira es un brevísimo relato falso. Si esa mentira, además, se “disfraza” con “artificios verbales”, tenemos un género literario: las *embusterías*.

Pero en el “Cuento de don Roso Álvarez”, Suárez Hermoso avanza algo más: proyecta la enunciación en el enunciado identificando narrador testigo con un personaje presentado, a su vez, como modelo de narrador (embustero) y como protagonista, con el fin de reforzar

la definición del género tanto a nivel metaficcional como ficcional propiamente dicho:

Uno de mis maestros fue don Roso Álvarez. Don Roso Álvarez vivía aquí mismo, bajando de San Carlos hacia el pueblo del Charal. Era un hombre *muy embustero, muy embustero*, carajo. A mí me parecía que la vaina como que no era tanto así, pero uno siempre termina *creyendo en lo que uno es y uno también termina siendo lo que tiene que sé*, porque así es la providencia. (Cursivas nuestras).

“Uno siempre termina creyendo en lo que uno es y uno también termina siendo lo que tiene que sé”: un embustero, es decir, un narrador, o en términos de Suárez Hermoso, “un echador de embustes”. Pese a la duda inicial (“a mí me parecía que la vaina no era tanto así”), el narrador (“uno”) asume la condición de embustero con el fin de demostrar la tipología del cuento (*embustería*) mediante la trama protagonizada por el maestro.

Las citas anteriores demuestran la textualización metaficcional de la poética del autor, característica de la Literatura oral; sin embargo, en una de las “autoantologías” de formato digital sonoro donde Suárez Hermoso firma los relatos con su voz, se encuentra un breve archivo que sintetiza su poética, ya gramaticalizada, es decir, externa al texto ficcional. La autora de este trabajo ha titulado el archivo “Cuentos puritos”:

Bueno, como ustedes pueden ver, estos son cuentos puritos, de purita verdad. Porque la embustería son cuentos de purita verdad que no tienen parencia, porque lo purito no es parencia. *Son maravillosos porque vienen de la maravilla del mundo y toda la maravilla del mundo no tiene parencia. (...)* ¿Y qué es una embustería? Una verdad muy larga, muy laaarga, muy larga.

A la reiteración de las características del género, esta vez Suárez Hermoso añade una muy significativa: “son maravillosos porque vienen de la maravilla del mundo”, y el mundo es para este narrador la naturaleza llanera, que

constituye el referente de sus relatos. La cita del “Cuento del ratón Miguelito” transcrita más arriba (“uno cuenta este cuento y la gente piensa que esto es mentira”) continúa así:

Pero cuando uno vive en la naturaleza del llano, cuando uno escucha el canto de los pájaros, el saltar de la ardilla, los ratones saltando, los pájaros cantando, las corocoras pasando, el mochuelo, y abre los ojos y uno ve aquello lleno de venaos, de churros, de cachicamos, uno llega y dice: “¡Caramba! *El mundo es diferente*, la naturaleza es bonita, es bella y está en uno y *uno es naturaleza*”. (Cursivas nuestras).

Según la versión digital del DRAE (2001), “maravilla”, en su primera acepción es: “suceso o cosa extraordinarios que causan admiración” y en su segunda: “acción y efecto de maravillarse”. Quienes tengan la suerte de escuchar las *embusterías* de Suárez Hermoso, experimentarán que el narrador manifiesta su admiración por la naturaleza no solo mediante detalladas descripciones sensoriales, sino también con los variados matices de su voz. Es decir, se sentirán “maravillados” gracias a la acción y efecto de maravillarse causado por sus relatos.

Con el fin de definir la esencia del cuento, Guillermo Meneses (1984) en el “Prólogo” a su *Antología del cuento venezolano*, explica la petición que uno de los califas de *Las mil y una noches* le hace a su cuentista: una historia “jamás oída” y “lo más maravillosa”:

Entendemos por [maravillosa] que la narración será en sí misma la demostración de un enigma (así se trate de un antiguo enigma), la portentosa realización de un milagro (*así sea un milagro de todos los días*), la asombrosa afirmación del misterio que une los dos polos de una verdad venerable (*así sea una verdad habitualmente aceptada y conocida*). (p. 7. Cursivas nuestras).

El universo referencial de las *embusterías* (el mundo de la naturaleza) es, para Suárez Hermoso, *diferente* de por sí, causa admiración; por lo tanto, sus relatos son

esencialmente maravillosos, porque demuestran los enigmas y milagros en el misterio del pacto ficcional, es decir, en la unión del polo de la mentira con el polo de la “purita” verdad, gracias a la verosimilitud del relato. Por otra parte, y aunque el narrador no lo explicita en su definición de *embustería*, el referente cultural del llano contiene un mundo pleno de creencias sobrenaturales tradicionalmente “aceptadas y conocidas” como “verdades venerables” que contribuyen al pacto ficcional en la medida en que el oyente inmediato del contexto de difusión no las pone en duda: solo se maravilla porque cada *embustería* oral, así sea la misma sobre la misma “verdad”, no tiene “parecencia”, es “purita” o “jamás oída”, como exigía el califa.

Es obvio que la caracterización de “maravillosos” desde la poética textualizada que de sus relatos hace Suárez Hermoso no coincide con la poética gramaticalizada de la narrativa fantástico-maravillosa canónicamente expuesta por Todorov (1974). Pero cuando Suárez Hermoso afirma en el “Cuento del ratón Miguelito”: “la naturaleza es bonita, es bella y está en uno y uno es naturaleza”, se está refiriendo a la consubstanciación que en su contexto cultural se establece entre “naturaleza” física, racional, y naturaleza espiritual, capacitada esta última para transformar (embusterear) la primera en ficción. En dicho contexto, es “natural” que la “maravilla del mundo” considere como racionales hechos calificados como irracionales por mentalidades culturales externas.

Ahora bien, cuando Meneses afirma que la característica de “jamás oída” “implica la diferencia entre el cuentista popular, el que repite, el que sirve de documento a los folcloristas y el artista de obra personal” (p. 8), parece olvidar que el punto de partida para prologar su antología es, precisamente, una recopilación escrita de relatos de tradición oral, que

antes de ser un libro fueron una tradición y tuvieron una vida independiente del signo escrito. Y las siguen teniendo, como todas esas creaciones populares que ya existían antes del escritor que las recoge y seguirán existiendo después de él, pues no le debieron su vida ni fueron las hijas, sino las madres, de su libro. (Cansinos Assens, 1954, p. 13).

Sin embargo y afortunadamente, el narrador Meneses (p. 8), haya o no conocido el estudio preliminar con el que Cansinos Assens presenta su traducción del *Libro de las mil y una noches*, considera que la “historia jamás oída” depende de “la capacidad creadora del cuentista”: “es importante no solo lo que se cuenta sino cómo se cuenta”. Algo más adelante adjudica esta capacidad, precisamente, al “recopilador árabe [que] pretende contar un cuento de los cuentos de su pueblo” (*idem*) y no al “artista de obra personal”. Ese recopilador, artista “impersonal” (la expresión es nuestra), “demuestra que conoce los trucos, habilidades y fórmulas indispensables para realizar el *milagro del arte* con el instrumento narrativo”. (p. 9. *Cursivas nuestras*).

Conviene destacar, por una parte, que Suárez Hermoso no “pretende”, contar “los cuentos de su pueblo” porque sus referentes llaneros (geográficos, naturales y culturales), al ser intencional y efectivamente explícitos, son reconocidos como identitarios por su “pueblo” receptor; por la otra, al concebir sus *embusterías* para ser escuchadas, conoce las “habilidades” de su “instrumento narrativo”, heredadas de una tradición oral similar a la que heredaron los recopiladores de lo que en Occidente conocemos como *Las mil y una noches*.

Su “habilidad” no concierne solo a la larga experiencia performativa que como actor posee para “maravillar” al oyente en vivo, sino a “la noción de construcción” (formalistas rusos *dixit*) del relato que recrea (reconstruye), pues, “la cualidad de maravillosa historia que aceptamos

como característica del cuento supone que en este género literario el autor no solo debe exponer enigmas, misterios y milagros, sino que debe resolverlos” (*idem*). El “aceptar” como característica del cuento “la cualidad de maravillosa historia” no es otra cosa que la aceptación, por parte del receptor, del pacto ficcional. Aunque Suárez Hermoso no lo exprese abiertamente en su poética metaficcional, la sintaxis de las *embusterías* evolucionan desde el planteamiento sucesivo de uno o varios misterios, (entiéndase expectativas) hasta su respectiva resolución.

LA EMBUSTERÍA FANTÁSTICO-MARAVILLOSA

Todorov (1974) caracteriza el relato fantástico por la vacilación o la duda, tanto del personaje que vive experiencias no coincidentes con la racionalización de lo extraño o sobrenatural, como del lector; vacilación o duda que evidentemente está intencionalmente construida o elaborada estéticamente por el narrador. En el caso de las *embusterías* de Suárez Hermoso, el término definidor del género establece un pacto ficcional entre el narrador oral y su auditorio o narratario, donde la vacilación consiste en la *ironía* del mismo término, entendiendo por ironía: “el procedimiento ingenioso por el que se afirma o se sugiere lo contrario de lo que se dice con las palabras, de forma que pueda quedar claro el verdadero sentido de lo que pensamos o sentimos” (Estébanez Calderón, 1999, p. 575). El verdadero sentido de las *embusterías* de Suárez Hermoso es *echar mentiras que parezcan verdades según la coherencia verosímil del relato*.

Todorov (p. 53) afirma: “lo fantástico, más que ser un género autónomo, parece situarse en el límite de dos géneros: lo maravilloso y lo extraño”. Si bien los relatos de José Daniel Suárez son, en principio, (auto)calificados como maravillosos, género en el cual ni los personajes ni el lector dudan de los acontecimientos sobrenaturales experimentados (“deben decidir si lo que perciben proviene

o no de la *realidad*”, Todorov *dixit*), la extrañeza o las dificultades que dichos acontecimientos ocasionan en las *embusterías* son resueltas por el personaje y/o narrador protagonista dentro del mismo espacio del mundo posible del relato, después de las dudas, vocalizadas a veces con sonoras interjecciones, frecuentemente con expresiones escatológicas como “¡carajo!, hasta alcanzar clamores extremos que se ubican en el campo semántico de “Dios mío, ¿y qué hago yo ahora?”.

En “El cuento del tigre y el remolino” (en otras versiones titulado por el mismo autor como “El tigre y el ventarrón”), el narrador protagonista, después de que un remolino le volara la casa, encierra, con mucha dificultad, por cierto, “al ventarrón” dentro de una botellita, que era lo único que le había quedado en la mano, y la arroja al río. Pero los caimanes empezaron a jugar fútbol con el envase y se parte la botella y queda libre el ventarrón y se llevó el río pa’l cielo, ahora los pescaos están arriba y el agua está arriba y yo no jayo cómo echarle agua a las vacas. Sí, señor, ese es el *problema que yo le traigo a todos*. (...). ¡Carajo! y empieza la gran calamidad pa’ mí. ¿Cómo le doy agua a las vacas que tengo ahí?

(...) Agarré una puya y dije: “esa vaina que está allá arriba debe maná pa’ bajo”. Agarré la puya y empecé a puyá el río, a puyalo, a puyalo, a puyalo y empezaron a caé goticas, carajo, entonces... ¿no? pasé... pasé siete días puyando, puyando el río y ahora eso es una nube. (...) Y así fue cómo yo empecé a vivir de ese río que anda por el cielo en to’ a la llanura.

Como se lee (como se escucha), el problema de la hidratación del ganado, planteado ante el oyente, es resuelto con un recurso *indudable*, por la lógica interna de la “maravilla natural” hiperbolizada: la influencia de los vientos sobre las aguas es de todos conocida y las nubes son concentraciones de agua; por lo tanto, no resulta extraño que un potentísimo ventarrón pueda desplazar un

río hacia el cielo y que la racionalidad del protagonista provoque la lluvia con los medios a su alcance.

Desafortunadamente, los característicos cronotopos de este tipo de eventos nos impiden reproducir el audio o citar *in extenso* las *embusterías* de Suárez Hermoso como herramienta de apoyo para la definición de su género narrativo en el espacio de esas fronteras entre lo extraño y lo maravilloso que, según el mismo Todorov (p. 57), generan subgéneros transitorios: lo extraño puro, lo fantástico extraño, lo fantástico maravilloso y lo maravilloso puro. Después de haberlas no solo reaudicionado varias veces, sino de haber disfrutado de las performances narrativas de su propio re-creador, concluimos que las *embusterías* podrían pertenecer a dos subgéneros transitorios: al fantástico maravilloso y al maravilloso hiperbólico.

Al primero, porque se trata de relatos “que se presentan como fantásticos y que terminan con la aceptación de lo sobrenatural” (p. 65), como sucede en “El cuento del tigre y el remolino” y en “El cuento de la vaca Amaranta”, donde el narrador protagonista, su dueño, no sabía que ella, al sufrir un ataque de ira, podía volar, “echar fuego por el rabo”, ni mucho menos pensaba que Amaranta, como líder de una revuelta, les enseñaría a las otras vacas la misma sobrenatural estrategia para... incendiar todo el llano. Al dueño de la vaca no le queda otro recurso que aceptar la situación y, con el fin de salvarse de la cárcel, les pide a las vacas (dragones a la inversa) que hagan un “contorno” (de fuego) en el aire para convertir el río Apure en un caudaloso hervido de pescado que los llaneros recogían en sus sombreros: aceptación de lo sobrenatural. La duda o el asombro ante lo extraño la vocaliza el narrador protagonista de esta forma: “¡Amaranta! ¿Por qué me hiciste eso, Amaranta? Eso me da mucho sentimiento, muuucho sentimiento. ¡Si yo te quería mucho,

Amaranta! ¡Me van a meté preso! ¡Ahora tú me tienes que ayudá a resolvé este problema!”.

Pertencen al subgénero maravilloso hiperbólico porque los fenómenos “embusterios” por Suárez Hermoso “son sobrenaturales solo por sus dimensiones, superiores a las que nos resultan familiares” (p. 69). En “El cuento del invento” (un invento puede ser un embuste y en la ciencia muchos inventos surgen del “embuste creativo”): “Amadio Quintero Losada era, carajo, un hombre facurto. Yo lo vi, carajo, levantá setenta mautes y ponerlos de un sitio pa’ otro nada más que con una oración. Ensalmaba en el Guárico y mataba gusanos en El cajón del Arauca”. Aunque es evidente que el personaje es un hechicero que controla poderes sobrenaturales, las características cuantitativas y espaciales de las realizaciones de Amadio hiperbolizan la “facurtad” de cualquier brujo.

El tigre masaguarito, personaje que ocasiona las tribulaciones del narrador protagonista de “El cuento del tigre y el remolino”

era gooordo, gooordo y medía cincuenta metros. (...) Tenía muchas pintas, que cuando cruzaba la carretera, carajo, parecía esa vaina que se prende para que los carros se paren. (...). Era un tigre que manejaba gandolas, sí, ese conocía las cincuenta y seis velocidades de un carro de esos y vaciaba las vacas en un fundo llamado El Quitapesares y entonces ahí agarraba el cuatro y empezaba a hacé la fiesta.

Pero en las *embusterías* de Suárez Hermoso lo maravilloso hiperbólico no solo se manifiesta en las “dimensiones superiores” de los seres u objetos representados, sino en la recomposición de los elementos del mundo real en el mundo posible del relato. La hipérbole como figura retórica trasciende la descripción pormenorizada y deviene en el principal rasgo sintáctico—semántico que caracteriza el conjunto de las *embusterías* re-compuestas a partir de “la maravilla del mundo”, cuyas dimensiones y características

se extienden, transfieren o invierten para maravillar sin causar extrañeza gracias al pacto ficcional.

Lubomir Dolezel (1997, p. 77), en su búsqueda de una “semántica no mimética de la ficcionalidad”, encuentra que “una alternativa radical a la mimesis sería una semántica de la ficción definida en un marco de mundos múltiples. La semántica mimética será reemplazada por *la semántica de la ficcionalidad de los mundos posibles*”.

La segunda de las tres tesis que el autor mencionado deriva del modelo de los mundos posibles dentro de la semántica ficcional dice así:

El conjunto de mundos ficcionales es ilimitado y variado al máximo. Si los mundos ficcionales se interpretan como mundos posibles, la literatura no queda restringida a las imitaciones del mundo real. (...) Sin duda, la semántica de los mundos posibles no excluye de su ámbito los mundos ficcionales similares o análogos al mundo real; al mismo tiempo, no tiene problema en incluir los mundos más fantásticos, muy apartados de los contradictorios con la “realidad”. (p. 80).

La tercera tesis reza:

Los mundos ficcionales son accesibles desde el mundo real. La semántica de los mundos posibles legitima la soberanía de los mundos ficcionales frente al mundo real. Sin embargo, al mismo tiempo su noción de accesibilidad ofrece una explicación de nuestros contactos con los mundos ficticios. Para ese acceso es necesario atravesar las fronteras del mundo, transitar del reino de los existentes reales al de los posibles ficcionales. (p. 82).

Las *embusterías* de Suárez Hermoso siempre parten del mundo real: del contexto socio-económico-cultural llanero y de su toponimia (“la experiencia del autor”, Dolezel *dixit*). Parten de su identidad. Pero también parten desde su capacidad para acceder al mundo ficcional de sus relatos a través de los canales semióticos (Dolezel *dixit* otra vez) del texto narrativo, dada su competencia genética (imaginativa) para recomponer (construir) un universo ficcional

con los elementos de su experiencia racional, tangible, real. Suárez Hermoso crea un mundo posible solamente con su capacidad verbal para concebir una estructura narrativa verosímil aunque “irreal” y con su íntegra expresión oral (voz, gestos, proxémica) que son los canales semióticos a través de los cuales conduce a su auditorio al textual mundo posible de lo fantástico maravilloso y de lo maravilloso hiperbólico.

Almoína de Carrera (1990) en *El héroe en el relato oral venezolano* clasifica nuestros relatos orales según la función arquetipal cumplida por el héroe. La quinta y última clasificación se presta para añadir otro rasgo a la caracterización genológica de las *embusterías* de Suárez Hermoso: “Yo, el héroe de la contingencia”:

Partiendo de la idea de que no se le puede pedir a la literatura verdad o *mentira*, hemos agrupado una serie de relatos que llamamos *contingentes* y que son los relatos *contemporáneos*. Son contemporáneos en el sentido de la relación que se establece entre la narración, el narrador (el autor personaje) y el auditor; donde todos están inmersos o cercanos a la realidad que se cuenta. Son, así mismo, verosímiles con respecto a la realidad concreta, comprobable, exacta, de conocimiento común. (...) En este caso, el narrador se implica en la narración, obligando al auditor a comprometerse, a su vez, con el relato. (...) Estos relatos *contingentes* tienen una estructura más fluida, de factura más libre, más creativa. Cada relato es un texto original. Generalmente, siguen un orden cronológico, pero permiten alteraciones en la sucesión temporal, desplazamientos figurados en el espacio, incorporación de elementos mágicos en el orden lógico, atribuyéndoles poder efectivo, es decir, realidad convincente, pero sin romper el orden racional, sino más bien, integrándolos a él. (p. 65).

La realidad “concreta, comprobable, exacta” en las *embusterías* contingentes de Suárez Hermoso transita en sus relatos desde el conocimiento común del llano hacia la ficcionalización del mismo, dado que ese “conocimiento común”, donde están inmersos el narrador, la narración

y el auditor, participa contextualmente de una “realidad” en la que lo sobrenatural forma parte de la vida cotidiana. En el estado Cojedes, la aparición de “La Bola de Fuego” puede ser una contingencia que altera el transcurrir de la vida “real”, así como cuando en el universo (en los mundos posibles) de las *embusterías* textuales de Suárez Hermoso, el narrador protagonista del cuento “De cómo yo me metí en La Bola de Fuego” describe su percepción de lo sobrenatural.

No queremos terminar esta comunicación sin informar que lo fantástico maravilloso y lo maravilloso hiperbólico se expresan verbalmente en las *embusterías* de Suárez Hermoso mediante imágenes de gran plasticidad cromática: por ejemplo, en “El cuento de Roso Álvarez” las “matas de metras” se describen así:

Cirilo llegó allá cuando él vio unas matas gruesitas en la pata, parecían un palito hacia los lados, con hojitas de caraota y de caperuza. Unas con bejuquitos que se entorchaban y empezaban a brotar, porque el fruto de la vaina brota hacia fuera. Eran metricas de todos los colores. Metricas de carey, metricas blancas, azules, rojas, anaranjadas, todos los colores.

MARÍA DEL ROSARIO JIMÉNEZ,
Universidad Central de Venezuela.
maria.r.jimenez@ucv.ve

Referencias bibliográficas

Directas:

SUÁREZ HERMOSO, J. D. (2013). Registros sonoros de cincuenta y cinco relatos orales narrados por el autor sin fines comerciales y concedidos a la investigadora solo para estricto uso académico [2 DVD]. San Carlos, estado Cojedes, Venezuela.

Indirectas:

ALMOINA DE CARRERA, P. (1990). *El héroe en el relato oral venezolano*. Caracas: Monte Ávila Editores.

CANSINOS ASSENS, R. (1954). “Estudio literario-crítico de Las mil y una noches”. En el *Libro de las mil y una noches* (Vols. I-III). (pp. 13-412, Vol. I). Madrid: Aguilar.

DOLEZEL, L. (1997). “Mímesis y mundos posibles”. En Antonio Garrido (comp., intr. y bibl.): *Teorías de la ficción literaria* (pp. 69-94). Madrid: Arco/Libros.

ESTÉBANEZ CALDERÓN, D. (1999). *Diccionario de términos literarios*. Madrid: Alianza Editorial.

LOTMAN, I. M. (1998). “El problema de la ‘enseñanza de la cultura’ como caracterización tipológica de la cultura”. En *La Semiosfera II* (pp. 125-134). Madrid/València: Cátedra /Universitat de València.

MENESES, G. (1984). Prólogo. En *Antología del cuento venezolano* (pp. 7-13). Caracas: Monte Ávila Editores.

POZUELAO YVANCOS, J. M. (1993). *Poética de la ficción*. Madrid: Editorial Síntesis, S.A.

TODOROV, T. (1974). Introducción a la literatura fantástica. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.

ZUMTHOR, P. (1991). Introducción a la poesía oral. Madrid: Taurus.

José Daniel Suárez Hermoso:

Nació en Tinaquillo, estado Cojedes en 1958. Sus padres y abuelos son cultores y poetas populares, miembros de una comunidad de regios compositores de décimas, tonos, tórtolas, bombas de aprecio y desprecio, y cantos de parranda a lo divino y a lo terrenal, cuyas acciones culturales son promovidas por su abuelo Juan Evangelisto Hermoso López, uno de los creadores de la poética oral religiosa venezolana y fundador de parrandas.

Junto a Víctor Julio Sánchez, Pedro Narea, Juan Campos, Blas y Carmelo Campos, Hemmo José Suárez Campos, Noé Escalona Arteaga, Pedro Arteaga, Roso Peñalosa Álvarez, Eliseo Sequera, Isabel Teresa Hermoso Mercado, Félix Argones, María de los Ángeles Sequera, María de los Reyes Suárez, Abel Antonio Suárez, Gerónimo Suárez, Juan Mercado, Catalina Mercado, Miguel Suárez, Carmelo Afanador, José Clemente Guerra, Melquiades Silva, Juan Suarez Hermoso y María Josefina Velázquez, promueven la narrativa oral popular de temas sagrados y humorísticos. Y es conocida por sus contemporáneos como las Escuelas de los poetas de Belén y Cerro Azul, quienes realizaban cantos, rezos y letanías en velorios de angelitos, difuntos, santos reconocidos y aparecidos. A este encuentro cultural se le suman las conversas sobre temas políticos, históricos, difuntos y espantos, sin dejar de ser animados por la revolución azul del Mocho Hernández, el partido liberal y las luchas contra las dictaduras. La casa fue un centro de religiones sincréticas, de cuenterías y de peregrinaciones espiritistas a los dominios de María Lionza de Sorte, donde se encontraban con Apolinar Campos, Nicanor Ochoa

y Francisco Figueroa, grandes maestros del espiritismo venezolano.

A los 15 años emigra a la ciudad de Valencia y prosigue estudios de bachillerato en el liceo Martín J. Sanabria, donde cursa estudios musicales en la Coral filarmónica de Carabobo bajo la dirección del maestro Federico Núñez Corona y William Alvarado. En 1974 ingresa al teatro Universitario de la UC, bajo la dirección del maestro Miguel Torrence, en cuyo elenco inicia su carrera como actor, dramaturgo, director y arreglista. Prosigue estos estudios en el Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral-Celcit, y en el Instituto de Cooperación de la Embajada de España y el Centro Venezolano del ITI, con los maestros Athaulpa del Chiopo, Orlando Rodríguez, César Rengifo, Juan Carlos Gené, Boris Koslowski, Umberto Orsini, Verónica Oddó, Vladimir Peskin y el narrador oral Gastón Céspedes.

Durante la década del 70 se vincula a la revista *Poesía* de la UC, y al Grupo literario “El Techo de la Ballena”, allí conoce a Dámaso Ogaz, Carlos Contramaestre y a Caupolicán Ovalles. En 1978, representa a Venezuela en la IV Sesión Mundial de Teatro de las Naciones. Posteriormente, comparte ideas estéticas y creadoras con Eugenio Montejo, Carlos Contramaestre, Teófilo Tortolero, Alejandro Oliveros y Laura Antillano.

En 1979 funda con Isaías Medina López y Francisco Javier Frías Vilera, el grupo literario Nuevo Tramo. En 1984, institucionaliza la escuela Estatal de teatro del Estado Cojedes, que venía funcionando desde 1975. Y obtiene el Premio nacional de Teatro de Provincia.

En 1986 conoce a Pilar Almoína de Carrera y a Gustavo Luís Carrera con quienes comparte sus experiencias como narrador oral popular.

Es un poeta surrealista, con más de doce obras poéticas impresas y reconocidas por la crítica. Es ensayista y

dramaturgo. Con cuarenta obras teatrales escritas y estrenadas, hecho que le hace acreedor del Premio Regional el Arte, San Carlos (1986), Premio Nacional de poesía Enriqueta Arvelo Larriva y la orden Ezequiel Zamora, Unellez (1989), Premio Municipal de Poesía, San Carlos (1993), Orden Andrés Bello en segunda Clase y orden Mérito al trabajo (1999), Premio Cada día un Libro (2003, 2004, 2005). Como dramaturgo, sus obras: “El canoero del Caipe”, “Maisanta El Americano”, “Ezequiel”, “Matilde Arcángel” y “El Jinete que se llevó la tarde” fueron escenificadas por la Compañía Nacional de Teatro en Coproducción con las Compañías Regional de Teatro del Estado Cojedes y del Teatro Orlando Araujo de Barinas. En unión de los maestros Pedro Luna y Héctor Campos Ochoa, compone las óperas “Ezequiel y Bolívar, el sin segundos”. Es ensayista, investigador y compilador de la narrativa oral venezolana. Con estudios de letras y Posgrado en la UCV, Educación en la Uners y Gerencia de Producción Teatral en la Unearte, de quien es cursante del Doctorado en Artes y Culturas del Sur. Así como docente del CREA Amado Lovera, San Carlos-Cojedes. Por sus grandes méritos artísticos y académicos, la Unellez le concede la Orden Regional de la Cultura, en su única clase. Actualmente, imparte docencia de literatura oral venezolana, en el Diplomado de Etanave, Cenal del MPPPC.

El volumen forma parte de una colección de 120 cuentos orales rescatados en encuentros de embusterías y cuenterías a todo lo largo del llano venezolano, como trabajo de investigación titulado “El diablo en el relato oral fantástico de Cojedes, Portuguesa y Barinas”, realizado para el Instituto de Investigaciones Literarias (IIL), de la UCV.

Embusterías del llano venezolano y otros cuentos de camino
se imprimió
en la imprenta Bicentenario de Carabobo
de la Fundación Editorial El perro y la rana
en junio de 2023
Caracas - República Bolivariana de Venezuela





La compilación *Embusterías del llano venezolano y otros cuentos de camino*, constituye un auténtico ejemplar de la magnífica, valiosa y rica cultura oral y folclórica del extenso llano venezolano. En una palabra, representa la literatura y la identidad venezolanas. En el género de la cuentería oral, específicamente, el subgénero de la *embustería*, en cuya dramatización el narrador es relator y protagonista, y su *performance* de la mentira fantástica e hiperbólica de esa sobrenaturalidad y cosmovisión mágico realista no es sino el *universo referencial* que hace parte de la vida cultural y social donde los oyentes comparten y disfrutan en comunidad las dimensiones de una realidad tan concreta como anecdótica. Las leyendas que recrea este libro recogen el sustrato de la memoria, la historia y la vida cotidiana. Lo dice el compilador: “El embustero se limita a plasmar la contemplación y el deslumbramiento que le entrega el mundo”. Por eso, el cuentero sabe que *embusterear* es un delicado, difícil y ancestral arte que invoca la magia de la palabra creadora.

JOSÉ DANIEL SUÁREZ HERMOSO (Tinaquillo, Cojedes, 1958)

Músico, cantor, poeta, narrador oral, ensayista, investigador, dramaturgo, actor, docente, promotor cultural y recopilador del folclore y de la narrativa oral llaneros. Licenciado en Educación. Cursó la Maestría en Literatura Venezolana en el Instituto de Investigaciones Literarias de la UCV. Institucionalizó la Escuela de Teatro de San Carlos (Cojedes, 1984). En los 70 funda junto con Isaías Medina López y Francisco Javier Frías el grupo literario Nuevo tramo. Autor de obras de teatro. Ha sido galardonado con el Premio Nacional de Poesía Enriqueta Arvelo Larriva (1989), y el Premio Municipal de Poesía (San Carlos, Cojedes, 1993), entre otros.

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

